

Pavorosa elección

POP

O.C. TAVIN.

5
DHS



O. C. TAVIN

PAVOROSA ELECCION



OBRAS PUBLICADAS DE O. C. TAVIN

EN F. B. I.:

- «La redada», núm. 10.
- «¡Traidor!», núm. 17.
- «Persecución», núm. 24.
- «Trampas mortales», núm. 30.
- «Secuestro», núm. 35.
- «A la desesperada», núm. 41.
- «Armour, expulsado», núm. 47.
- «Misterio en Viena», núm. 54.

- Núm. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
 » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
 » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf. Manz.
 » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
 » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
 » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
 » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
 » 28.—DOCTOR X, por Alf. Manz.
 » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
 » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 » 32.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 » 33.—ENTRE REJAS, por Alf. Manz.
 » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 » 39.—PALFSTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
 » 43.—TINIEBLAS, por Alf. Manz.
 » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
 » 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
 » 48.—
 » 49.—LA MAFIA, por Alf. Manz.
 » 50.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
 » 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
 » 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John L. Martin.
 » 53.—¡ACUSADO!, por A. G. Murphy.
 » 54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
 » 55.—EL GENIO DEL MAL, por A. Benet.
 » 56.—HOMBRES ARMADOS, por Jack Brooklyn.

En preparación:

LA BESTIA ESCARLATA.



SAN BERNARDO, 68. - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.^a edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.^a edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.^a ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.^a edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.^a edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
(2.^a edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
(2.^a edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.^a edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.^a ed.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.^a edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.^a edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.^a edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.^a edición.)
» 14.—LA REBELIÓN DE LOS MUERTOS, por Alar
Benet. (2.^a edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy. (2.^a edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.^a edición.)
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.^a edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
(2.^a edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.^a ed.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO,
por Alf Manz. (2.^a edición.)

I



ASEABA lentamente por las inmensas naves de la fábrica, donde se hallaban en diferentes etapas de fabricación los cazas a reacción, los grandes bombarderos y prototipos especiales, aún en período de estudio y pruebas. Ésta era su misión: la de vigilante de todo el personal de la Corona Aircraft, actualmente encargada de la fabricación de aviones de guerra por cuenta del Departamento de Guerra.

Figuraba como empleado de la empresa, simplemente, y sus atribuciones parecían limitadas a evitar en lo posible el que obreros de una sección abandonasen sus trabajos momentáneamente para ir a otra, a charlar con ellos, perdiendo así tiempo y quizá dando con ello origen a una fabricación defectuosa y más cara de lo previsto. Así, Thomas Rothman tan pronto estaba en «Montaje», como en

«Motores», como en «Pruebas», como en «Planos», siempre con las manos a la espalda, la pipa en la boca y con el semblante apacible, sereno y ponderado. Si un obrero de «Montaje» era hallado por él en otra sección que no era la suya, Rothman se ponía ante él y le sonreía, guiñándole un ojo. El obrero, confuso, balbucía una excusa y se reintegraba acto seguido a su trabajo. Porque Rothman, al decir del personal, tenía la extraña y temible facultad de saberse de memoria cuál era el sitio y la sección a la cual pertenecía cada obrero, técnico, montador, delineante, oficinista, ayudante de ingeniero e ingeniero de la fábrica. Y la empresa tenía más de dos mil personas trabajando a un ritmo febril.

En su tranquilo deambular, Rothman se detuvo ante la plataforma-elevador para el montaje de los grandes aviones de bombardeo, con motores de turbinas «Etiwanda». Encima y dentro del cuerpo del avión en construcción, varios obreros trabajaban con las remachadoras eléctricas, que sonaban como ametralladoras, uniendo las planchas de aluminio. Dos de ellos consultaban un plano parcial del aparato, y por eso Rothman se separaba poco de allí y no perdía de vista a los obreros del plano, que indicaban a los otros los trabajos a realizar.

Subió a la plataforma lentamente y se acercó a los obreros, observándoles sin decir una palabra. Vestía el «mono» reglamentario, y Rothman, con su tranquila mirada, casi indiferente, como si cumpliera con su obligación desganadamente, fue examinándoles disimuladamente. No parecía que dentro de los bolsillos de los «monos» guardasen papeles, que podían ser copias de los planos que tenían en las manos. Éste era el trabajo, realmente, que ejecutaba Rothman en la fábrica. Agente especial del F. B. I.,

su misión era la de vigilar una posible infiltración, de espías que copiasen los planos o tomaran nota de la fabricación de aviones de guerra. Y aunque la vigilancia había de extenderse a los dos mil obreros, técnicos y oficinistas del establecimiento, en realidad solamente había de extremarla en ciertas secciones e individuos. Allí donde se instalaban piezas que constituían un secreto militar, y en la sección de planos, donde se archivaban centenares de ellos, con el despiece y los dibujos parciales. Un obrero que se dedicaba a perforar planchas de aluminio o montaba trenes de aterrizaje no

requería mucha vigilancia por parte de Rothman. Pero sí el deliniente que sacaba copias en ferroprensa de planos parciales de dispositivos secretos, o los técnicos que manipulaban con ellos, instalándolos.

Sonó a poco la sirena, señalando la hora de abandonar los talleres. Cesó el ruido de las remachadoras, de los motores eléctricos que movían las plataformas-elevadores, las poleas y grúas. Y el personal, apresuradamente, fue a entregar ante los almacenes, especie de garitas de acero con ventanas de rejilla metálicas, sus herramientas y planos, que eran confrontados por el capataz y guardados cuidadosamente. Pasaban después a los lavabos y vestuario, para encaminarse seguidamente a las puertas de la fábrica, de postes de acero con alambradas, donde los guardianes les cacheaban y revisaban su documentación.

Rothman, en aquellos instantes, era cuando tenía que tener más abiertos los ojos y estar en contacto con los vigilantes secretos de la fábrica para atender a los vestuarios, donde los encargados de dar y entregar las prendas, sacándolas de los armarios metálicos, eran revisadas minuciosa y rápidamente.

Uno de los obreros, un técnico de «Montajes», se acercó a Rothman, que se encontraba, las manos a la espalda y fumando su pipa, ante las paralelas por dónde pasaban al vestuario. Era de mediana estatura, de unos treinta y dos años de edad, y su rostro era poco expresivo, de facciones delgadas, con pronunciada nariz. Rothman le miró cuando él le hizo un gesto amistoso, sonriendo, y le dijo en tono respetuoso:

—Señor Rothman, tengo algo que decirle, particularmente, y de cierta importancia y urgencia...

—¿A mí? —replicó el agente especial en tono afable, quitándose la pipa de la boca y mirándole fijamente—. Hable, entonces...

—No quisiera hacerlo aquí, señor Rothman —se excusó el técnico, sacando un paquete de cigarrillos y encendiendo uno—. Lo que tengo que decirle requiere un buen rato de charla. ¿Querría usted aceptar que tomemos una copa en el bar del aeropuerto? Le llevaría en mi coche.

—No hay inconveniente, Bassett —concedió Rothman, volviendo la pipa a la boca—. ¿Se refiere a algo de la fábrica?

—Sí, señor Rothman. Entonces, le espero ante la puerta sexta y

saldremos juntos, ¿verdad?

—Conformes. Espéreme cinco minutos.

Rothman hubo de aguardar que la oleada de obreros y oficinistas abandonase la fábrica por las numerosas puertas y ocupasen los coches y autocares que les llevarían a Los Ángeles y condados inmediatos. Había terminado la jornada de la tarde.

El técnico montador Bassett le esperaba ante la puerta sexta, charlando con uno de los gigantescos vigilantes, que llevaba a la cintura el revólver.

—Como usted tiene su coche, Bassett, y yo el mío, mejor será que vayamos cada uno en el suyo al punto de la cita —dijo Rothman al técnico cuando éste fue cacheado y revisada su documentación, yendo hacia el aparcadero de coches.

—Bien. Ya sabe, señor Rothman. En el bar interior del aeropuerto.

El agente especial siguió con su «Pontiac» al «Ford» de Bassett. No alcanzaba a comprender Rothman qué le querría decir aquel hombre, que llevaba tan sólo cuatro o cinco meses en la Corona Aircraft como técnico montador de motores de turbina. Le había vigilado, como a todos aquellos que empleaban planos parciales, y no había encontrado en él nada sospechoso. Parecía fijarse mucho en su trabajo, consultando los planos con gran persistencia y demostrando inteligencia en su labor. En fin, pronto sabría para qué quería hablar con él.

El Corona Airport estaba entre la carretera que conducía a La Sierra y Ontario Avenue, en el circuito 71, y tan sólo a unas dos millas de la fábrica y de la población de Corona.

Los dos coches se detuvieron ante la puerta sur del recinto, frente al bar interior. Se bajó Bassett y fue a abrir la portezuela del de Rothman con un gesto amable.

—Vamos al fondo —dijo al agente especial.

El bar interior estaba poco concurrido a aquella hora. Solamente, ante una mesa, lejos del mostrador, estaban dos hombres, que se levantaron al ver avanzar a Rothman y Bassett, quedando en pie.

Rothman casi se detuvo al contemplar a uno de aquellos hombres, reflejándose en su rostro gran asombro. Bassett le miró, sonriente, y le empujó suavemente.

—¡Esto sí que es una buena casualidad, Rothman! —exclamó uno de los dos que estaban ante la mesa, tendiéndole la mano con gesto decidido—. ¡Cuántas veces me he acordado de ti, camarada! ¡Siéntate, hombre, siéntate!

El que había hablado tendría unos treinta y ocho años y era alto, grueso, hercúleo. Tenía el pelo rojizo, despeinado, y sus ojos azules miraban burlones, sarcásticos. Su rostro no era simpático debido a la expresión cínica, al rictus de su boca, en gesto siempre desdeñoso, cruel. Y vestía un buen traje, pero de un color lila escandaloso, con mangas muy estrechas la americana, y talle exagerado. El otro, que había permanecido silencioso, aunque sonriendo también burlonamente, podría tener unos cuarenta años y era de mediana estatura, ancho, fuerte. Todo en él causaba la sensación de brutalidad, de tosquedad, incluso su mirada fija, de persistencia molesta, como si lo que viese ante él tardase mucho en reflejarse en su cerebro. Su rostro era macizo, como tallado en piedra, con la chata nariz de boxeador y los ojos hundidos bajo las espesas cejas.

Rothman estrechó de mala gana la mano de aquel hombre, que se llamaba Peter Carounth, lo recordaba ahora.

—No podía imaginarme, muchacho —dijo Carounth, dándole un manotazo en un hombro, mientras le metía en la boca un cigarro puro, riendo—, que te habría de encontrar aquí... ¿Recuerdas aquellos malos ratos en la retirada de las Ardenas, Tom? ¡Cómo nos zurraron los alemanes, muchacho! Bueno, éste —señaló a su acompañante, ya todos sentados ante la mesa— es Tim Kulier, un buen amigo y mi jefe.

—¿De qué? —preguntó secamente Rothman, dejando el cigarro sobre la mesa.

Tim Kulier no hizo ademán de tenderle la mano. Le miró al joven de arriba abajo, como estudiándole lentamente rasgo por rasgo del rostro.

Bassett estaba silencioso, y cuando la camarera se acercó para preguntarles que deseaban tomar, pidió «*whisky*».

—Me dedico a la explotación de patentes, Rothman —dijo, después de aquel impertinente examen, Kulier. Y lanzó una carcajada seca, sin alegría alguna.

—Y yo le ayudo —dijo Carounth, riendo también—. Bueno,

camarada. Es el caso que teníamos que hablarte los tres, y como Bassett te veía todos los días, a él le encomendamos el trabajo de traerte para que charlemos como buenos amigos. Queremos llevarnos bien contigo, camarada. Y sabemos que eres un agente especial de ese Bureau de Investigación, o como se diga...

Rothman estaba muy serio, mucho más serio de lo que en él era habitual. Carounth fue soldado con él en la pasada guerra. Pertenecían al mismo pelotón. Y en la batalla de las Ardenas, casi al final de la guerra, ocurrió algo muy trascendental para él, Rothman. ¿Lo sabría aquel Carounth? Por lo pronto, no ignoraba que pertenecía al

F. B. I.,

y esto ya era bastante desagradable. Un agente secreto que deja de serlo es algo irrisorio. Si lo sabía Carounth, no había duda que antes lo había sabido el mismo Bassett, el empleado de la Corona. Allí había algo extraño, entre aquellos tres hombres, que le tenía ya muy preocupado. Ya iría saliendo...

—Sabemos eso, Rothman, y sabemos que tu misión en la Corona es la de vigilar que no haya infiltrados, espías ni saboteadores —siguió Carounth con acento de profunda convicción.

Kulier y Bassett afirmaron con sendos gestos. Después cogieron las copas de «*whisky*» que les llevó la camarera y comenzaron a beber lentamente, observados silenciosamente por el agente especial.

—Pues sobre este asunto queríamos hablarte, Rothman —dijo Carounth, después de encender un cigarro puro con gesto ostentoso. Tú eres un buen chico, un excelente camarada, según pude apreciar cuando luchamos juntos en la guerra. Los camaradas de guerra se conservan siempre como buenos amigos. No en balde afrontan juntos los mayores peligros y se ve la muerte tan cerca...

—Ve al grano, Peter —dijo rudamente Kulier, dando con la copa sobre el mármol de la mesa—. Al amigo Rothman hay que decirle las cosas como son, sin tonterías.

—Lo iba a hacer, jefe —repuso Carounth en tono suave—. Verás, Tom... Pues nosotros tres estamos asociados en un asunto bueno de veras. Da muchos miles de dólares. Y hoy hay que vivir gastando mucho si se ha de vivir regularmente. Tú, como agente especial del F. B. I.

—¿Quién te ha dicho que yo soy eso, Carounth? —preguntó secamente Rothman.

—Joven, no perdamos el tiempo en escaramuzas —cortó rudamente Kulier, mirándole hoscamente—. Cuando nosotros le decimos que usted pertenece al

F. B. I.,

es porque esto es verdad, y haría el tonto negándolo. Por eso mismo le necesitamos a usted. Sigue, Peter, y te repito que vayas al grano.

—No lo niegues, en efecto, Rothman —siguió Carounth, mientras lanzaba una densa columna de humo azul de su cigarro—. Y por eso, como ha dicho el jefe, te hemos llamado. Hay una buena posibilidad para ti de ganarte buenos miles si nos ayudas. Tu trabajo sería el más sencillo, el menos expuesto.

—Sigue, Carounth —dijo Rothman, un poco pálido, mientras le miraba fijamente. Desde que conoció a aquel hombre, en la guerra, siempre pensó de él que era un tipo de malos antecedentes morales, aunque realmente luchó como los buenos y se portó con él como un servicial camarada. Ahora se planteaba un asunto de candente interés para él, con aquella confesión que estaba haciendo el excombatiente, y era menester saber hasta dónde irían a parar con sus proposiciones, que ya comenzaba a adivinar.

—Queda poco, camarada —dijo Carounth después de mirar de reojo al impaciente Kulier. Bassett escuchaba con interés, sin intervenir, en su papel de modesto colaborador—. Tú estás en la Corona en un puesto envidiable para nuestro plan. Gracias a tu vigilancia sobre el personal, y a que eres listo, es imposible obtener ciertos datos y planos interesantes...

—Sigue, sigue —dijo Rothman, mientras sonreía sarcásticamente—. Me haces mucha gracia, Peter. Sigue, hombre...

—No veo que esto tenga esa gracia que tú dices —refunfuñó Carounth, un poco azorado—. Lo que queremos de ti es que facilites a Bassett el que saque de la Corona ciertos planos, el que pueda hacer unas fotografías en microfilm y le sea posible presenciar ciertas pruebas de motores que son secreto militar. Ya se te iría diciendo lo que necesitamos.

—A cambio de eso, tres mil dólares al mes y un tanto por ciento sobre lo que produzca la venta de esos informes y planos —terminó Kulier en tono decisivo—. Puede calcular todo, Rothman, en seis u

ocho mil dólares al mes. Ni aunque fuese usted el jefe superior del F. B. I., llegaría ni a la mitad de esos ingresos. Somos claros y leales, muchacho.

—Yo sé que usted puede hacerlo sin exponerse a nada, Rothman —dijo al fin Bassett, sonriendo amablemente—. Yo puedo ir de sección en sección, como técnico, y nadie me niega ver planos y examinar dispositivos. Lo que no puedo hacer, sin que usted no me lo permita, es guardarme esos planos y datos o sacar una fotografía. No tiene mucho que pensarlo, Rothman...

Rothman guardó silencio durante largos segundos. Naturalmente, no pensaba en la importancia, verdaderamente impresionante, de la oferta que le hacían ni en la facilidad de que, mediante su complicidad, podrían encontrar aquellos hombres para sacar planos y datos sobre la fabricación de aviones de guerra, con sus dispositivos ultramodernos de lanzamiento de bombas atómicas, dirección por ondas, sin piloto, motores a reacción de tipo hasta la fecha desconocido y tantos secretos más. No pensaba en la traición que le proponían hiciese, sino por qué se dirigían a él, y en aquella forma tan descarnada y también tan expuesta, si él no aceptaba, quedando al descubierto en sus propósitos. Consideraba incluso temeraria la conducta de aquellos granujas, a quienes habría que tomar por idiotas... o por muy listos. Esto es lo que había que averiguar todavía. ¿Qué sabían de él para confiársele de aquella forma? ¿Lo sabían todo, y de ahí el que sin trabas hablasen, considerando que él no podía negarles nada? ¿Lo sabían todo?

—¿Y si me niego a eso, Carounth? —dijo, al fin, el agente especial en tono suave, contemplando a su interlocutor con un gesto malicioso—. ¿Y si desde aquí os llevo a nuestro cuartel de City Hall como espías?

—Está pensada esa posibilidad, muchacho —contestó rudamente Kulier, pero sin demostrar inquietud alguna—. Tome otra copa más, amigo. Le digo que contábamos con su gazmoñería; pero tenemos una medicina para curarle de ella. Y es que usted no puede hacer nada de eso que dice. Ni se niega a ayudarnos, ni nos lleva a City Hall detenidos, ni discutirá mis órdenes. ¿Está claro? No hay opción, señor... ¡Daniel Homer!

—Sí, Daniel Homer —afirmó Carounth en tono quedo, cogiendo

una mano del agente especial y apretándosela fuertemente—. No tienes opción, como ha dicho el jefe. Tú nos ayudas, por las buenas, y recibes tu parte en el negocio. No pensemos en que te niegas, porque entonces el

F. B. I.,

va a recibir una comunicación muy curiosa. Que su agente especial Thomas Rothman no se llama así, sino Daniel Homer. Que se cambió de nombre porque es un estafador perseguido por la Ley. Que durante la guerra, en la batalla de las Ardenas, se cambió la documentación con un soldado muerto, que se llamaba Thomas Rothman, dejándole la suya, con lo cual el estafador perseguido murió... Y ten en cuenta, Daniel, lo que ahora sería para ti si el

F. B. I.,

se enterase de eso, y si además se le dijese que tú asesinaste a aquel Rothman, aunque sea mentira. La ruina, la deshonra, la cárcel... y quizá la silla eléctrica. Por eso no te vas a negar a ser nuestro socio y ayudarnos, ¿verdad?

Rothman, o Daniel Homer, lívido, bajó la cabeza pesadamente, fija la mirada en el mármol de la mesa. Efectivamente, lo sabían todo, y por eso le hablaban de aquella forma. Porque podían hacerlo y porque sabían que por ello no se exponían a nada malo. Le tenían bien cogido.

—La cosa no tiene mucho que pensar, Rothman. Le seguiremos llamando así —murmuró Kulier, mientras bostezaba fuertemente—. Ya lo sabe todo. Seis mil al mes, entre unas cosas y otras, y tan amigos y leales camaradas. Yo soy un «boss» aceptable, muchacho, siempre que no huela que se me pretende traicionar o comerme el terreno.

Rothman levantó la cabeza. Cogió la botella, llenando la copa de licor, y la vació de un solo trago. Y encendió el cigarro habano que había dejado en la mesa. Dijo con voz cansada después, encogiéndose de hombros:

—Sería, en efecto, idiota negar todo eso. He intentado entrar en el buen camino, pero está visto que cuando uno tropieza de verdad es imposible levantarse. Estoy en vuestras manos... Y menos mal que, ya que uno se lanza por dónde no quisiera, ha de encontrarse con una compensación...

—Desde luego, Tom —afirmó Carounth con entusiasmo—. Ya

has oído al jefe. Tendrás mucho dinero, vivirás como nunca lo soñaste y trabajarás sin exponerte. No sabes lo que me alegra que pienses prácticamente, hombre. La honradez no da de comer hoy día, chico.

—Usted no tendrá otra cosa que hacer —dijo Bassett en tono conciliador— que guardarse los planos y datos que yo le indique. A mí me registran, pero no a usted. También me guardará la pequeña máquina de hacer fotografías después que yo la use. Soy ingeniero y sé lo que nos interesa.

—¿Y a quién va todo esa documentación? —preguntó Rothman, qué estaba más tranquilo y volvió a beber cuando Kulier le ofreció.

—¡Pregunta impertinente! —exclamó el «boss», dando un puñetazo sobre la mesa, pero sin demostrar enfado—. No le interesa nada de eso, muchacho. Usted cumple con su obligación, sin pretender saber más de lo que le digamos, ¿entendido? Si se sale del reglamento, no doy por su vida ni la colilla de ese habano que se está fumando.

—Quedamos, entonces, Rothman —dijo Carounth, contemporizador—, en que usted sé va a poner de acuerdo con Bassett, que es el que elige los planos y datos que nos interesa obtener. Debe usted obedecer en todo, ¿eh?

—Bajo pena de muerte —refunfuñó Kulier—. Y nada de hacer juegos de manos con lo que le pida, dando planos falseados o datos erróneos. A Bassett no le engañará usted ni a mí tampoco, se lo advierto.

—Es una buena advertencia, desde luego —ratificó Bassett sonriendo con aire de superioridad—. Soy un buen técnico en materia de aviación y sé lo que nos conviene tener en nuestras manos. Mire, mañana haremos una fotografía del dispositivo de lanzamiento de bombas atómicas del aparato «Tr. 16». Yo pediré los planos en la sección correspondiente. Usted me acompañará, como vigilándome, que es su obligación, y allí me entregará la pequeña cámara para microfilm, que yo le daré antes de que entremos en la fábrica. Antes de que entre el personal, usted me esperará, en el aparcadero de coches, y le daré mi cámara fotográfica. — ¿Entendido?

—Entendido —murmuró Rothman débilmente—. Y yo la sacaré a mediodía y se la entregaré, ¿no?

—Naturalmente —afirmó Bassett, riendo—. Teniendo usted cuidado de no sentir curiosidad por su mecanismo, no sea que se estropee, o salgan veladas las fotografías. Esto sería muy peligroso para usted, porque podríamos creer que intenta traicionarnos.

—¿Tiene usted novia, Rothman? —preguntó repentinamente Kulier, el «boss».

—No. Estoy completamente solo en el mundo.

—Mejor para usted. Las mujeres son indiscretas y a veces le hacen a uno llevar un camino que no se desearía seguir. Y cuidado con los amigos, los compañeros del

F. B. I.

Nosotros no le daremos graves preocupaciones. Cuando las autoridades militares quieran enterarse de que esos inventos han sido copiados en el extranjero habrán pasado años quizá. Tome otra copa, camarada —dijo el «boss», cuyo rostro se mostraba un poco más afable. Y sacando la cartera, muy abultada, tomó varios billetes, que puso debajo de la mano de Rothman—. Mil dólares, para que vea nuestro deseo de hacerle mejor la vida. Esta noche se divierte de lo lindo con chicas guapas. ¡Ya verá lo hermoso que es llevar siempre encima un par de miles!

Rothman se levantó, poniéndose el sombrero. Se había guardado los billetes cuidadosamente y su rostro, aunque más pálido, estaba sereno, tranquilo. Los demás le imitaron, mirándole curiosamente. Parecían muy seguros de que el agente especial, comprendiendo la imposibilidad de soslayar la situación en que le habían colocado, sería un «socio» más en la organización, por la cuenta que le tenía.

—Si desea verme, vivo en la villa «Setos», en Colorado Street, 245, Pasadena —dijo Kulier, entregándole con toda tranquilidad una tarjeta—. Y éstos —señaló a sus hombres— viven conmigo. Ya hablaremos en otras ocasiones, muchacho, y nos divertiremos de lo lindo. Este «gang» —añadió riendo siniestramente— no es en nada parecido a éstos donde se mata por menos de nada a un camarada o están conspirando los hombres por querer llegar a la jefatura. Yo pago bien y soy uno más a repartir, aunque cobro más, naturalmente. Mi trabajo es... diplomático, ¿sabes?

—Hasta mañana, Rothman —dijo Bassett al agente especial—. Me espera en el aparcadero, a las nueve menos cuarto, en la fila cinco, donde yo dejo mi coche.

—Perfectamente. Hasta mañana.

—Adiós, Rothman. Esta noche diviértase, se lo aconsejo. Comprendo que todo esto le habrá sorprendido un poco, pero debe pensar que es una sorpresa agradable. No piense en traiciones, en la patria, en la deslealtad al

F. B. I.,

y todas esas monsergas de gentes estúpidas, que a veces son una tapadera para encubrir peores acciones que la que usted va a cometer —dijo Kulier, dando una amistosa palmada en un hombro al joven.

Rothman salió del bar con paso un poco inseguro y la mente como embotada. No acababa de darse cuenta exacta de todo lo que le había pasado en aquel breve rato que estuvo con aquellos hombres de charla. Era como si le hubiesen dicho que su novia, la adorada Zenia, que le estaría esperando ya, acababa de fallecer o había sido asesinada. Una sensación igual, de atolondramiento, estupor, incredulidad... Se daba cuenta, sí, de que su desgracia, al menos de momento, era irreparable. A la mañana siguiente habría de facilitar el que Bassett fotografiase los planos del dispositivo de lanzamiento de bombas atómicas del aparato «Tr. 16». Después vendrían otras peticiones de aquellos bandidos. Estaba bien cogido, a no ser que fuese a ver al inspector Hamilton y comenzase por confesarle todo aquello de su estafa, su cambio de personalidad por estar perseguido por la justicia y todo lo demás. El inspector Hamilton era un hombre excelente, pero severo, recto y quizá inflexible ante el caso aquel. Por lo pronto, quedaría expulsado del F. B. I.,

y entregado a las autoridades que le buscaban como delincuente común.

Subió a su coche y salió a la carretera general a toda velocidad. Pensó en Zenia, su novia, que todo lo sabía y a quién ahora tenía que hablar con el corazón en la mano. Zenia era inteligente, fuerte, decidida...

Por 1,25 pesetas

LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO
MEJOR:

Un cuaderno de
AVENTURAS DEL F. B. I.

II



ENIA era, efectivamente, una hermosa mujer de rubia cabellera, color claro. Su porte era distinguido, naturalmente, no necesitando apelar a las mil artes femeninas para realzarlo. Generalmente llevaba un traje sastre, que resaltaba su busto erguido, proporcionado, su estrecha cintura y las anchas espaldas. Un rostro lleno, sin grasa por parte alguna, con labios gordezuelos, sensuales, sin «rouge», y la maravilla de sus ojos, grandes, rasgados, con inmensas pestañas. Cuando miraban, en cualquiera de las múltiples expresiones que es capaz de mirar una mujer que se sabe bella, aunque no quiera especular con su belleza, aquellos ojos azules claros hablaban con más expresión que las palabras que pudiera emplear para mostrar su alegría, su pena, su entusiasmo, su amor o el odio. Zenia Clancy, pues, era una

espléndida mujer de veinticinco años, que, cuando quería, no aparentaba más de quince o diecisiete. Pero si la necesidad la obligaba, como «Policewomen» de la Metropolitan Police de Los Ángeles, entonces sus rasgos fisonómicos se endurecían, sin dejar por ello de ser menos bella, para parecer una espléndida matrona de pasados los treinta y cinco años, todo energía, decisión, coraje. El ser agente femenino llevaba implícito tales cambios en la personalidad de la joven, como a todas las «policewomen» les sucedía. Algunas habían llegado casi a prescindir en absoluto de todo encanto femenino, comportándose como rudas agentes, tanto en su presencia física como en su trato y forma de pensar.

Zenia escuchaba, los codos sobre la mesa y el mentón suave, pero firme, apoyado en las finas manos, que parecía imposible pudiesen desarrollar en un momento dado singular fuerza y destreza. Frente a ella, Rothman hablaba reposadamente, ambos brazos apoyados en la mesa mientras jugueteaba con la vacía copa que contuviera un «*whisky*» con soda. Estaban en el café Sausalito, situado en Ocean Avenue, en Santa Mónica. La espléndida avenida, brillantemente iluminada, que corría a orillas del Pacífico, estaba muy concurrida, como asimismo todos los restaurantes y clubs nocturnos, que comenzaban a llenarse. El Sausalito pertenecía a la clase intermedia de aquellos establecimientos, y a él iban a cenar con frecuencia Zenia y Tom Rothman. Daba su gran terraza al mar, y una pequeña playa y a un malecón donde anclaban, a un extremo, yates de recreo, balandros, gasolineras. El dueño del Sausalito, un francés, que cocinaba maravillosamente, había adquirido una excelente reputación por sus «menús», jamás mediatizados por la influencia desdichada de las espantosas mezcolanzas yanquis. Y con ellos los salones del Sausalito siempre estaban llenos, porque además los precios eran moderados.

La brisa del mar jugueteaba con los rizos de la cabellera de Zenia, que, absorta en escuchar a su novio, no paraba en ello la atención. Rothman hizo un alto para llamar a un camarero, después de mirar la hora en su reloj de pulsera.

—Di lo que quieres —entregó la carta a Zenia, que fue dictando al camarero distraídamente. Tom fumaba pensativo, frunciendo el ceño. Cuando el camarero se alejó ella puso una de sus manos sobre las de su novio, estrechándosela suavemente mientras le miraba con

ternura.

—Todo está bien madurado y han considerado igualmente las probabilidades, que pudieras tener de resistirte a sus designios o engañarles —murmuró Zenia pensativamente—. No son nada torpes, en efecto. El hecho de que ese Bassett sea nada menos que ingeniero impide el que se les pueda entregar datos y planos falseados, como asimismo el que esté empleado en la Corona, a la vista de lo que desea y sabiendo lo que le interesa. Es un asunto grave, Tom querido...

—Ellos han debido emplear bastante tiempo en planear este golpe —reconoció Rothman pensativamente, contemplándola a ella con fijeza, como si a cada palabra suya— buscarse un gesto de asentimiento o disconformidad de aquella mujer inteligente, astuta, serena y ponderada en todos sus actos, excepto cuando se entregaba a su gran amor por él. —Y luego, el que Carounth haya sido mi camarada de guerra y se enterase de lo que me pasó colma la medida.

—Y el que sea un bandolero, y el que haya ingresado en una banda que se dedica a hacerse con datos secretos militares para venderlos al mejor postor, y el que hayan venido aquí... —dijo ella lanzando un suspiro de agobio, encogiéndose de hombros—. Ya viene la cena, querido mío. Ahora no pienses en nada sino en lo bueno que estará el «ragout» que nos traen. ¿Serás capaz de no haber contado con mi gran genio para ayudarte, pobre muchacho atemorizado? —agregó riendo mientras se echaba hacia atrás para permitir que el camarero pusiese los platos, cubiertos, copas y botellas sobre el mantel, siguiendo la fuente, cubierta con una campana metálica—. Somos dos para todo, Tom...

—Hasta cierto punto solamente —gruñó Tom, poniendo el plato de ella para que el camarero sirviese—. ¿Tienes mucho apetito?

—¿Por qué no? No te permito que tú no lo tengas... por eso. Bebe de este Chablis, y si dentro de cinco minutos no te sientes optimista no vuelvas a mirarme a la cara.

La orquesta del establecimiento, un sexteto de italianos, comenzó a lanzar a la pura atmósfera melodías napolitanas y trozos de ópera de Verdi y Mascagni. Ambos comían casi silenciosamente. Aquella noche la felicidad de sentirse juntos parecía estar empañada por la latente inquietud que les embargaba. Acostumbrados ambos a

enfrentarse con duras realidades, con problemas de resolución tan urgente como radical, con choques psicológicos, pasiones desatadas y hasta con hechos en los que la tragedia y el drama eran los preponderantes, calibraban justamente la importancia del problema que se le planteaba a Tom con aquella terrible imposición de los «gángsters». Era él el afectado, no una persona ajena que pidiese auxilio a los defensores de la Ley. Y esto era lo penoso, después de tanto luchar por reivindicarse de «aquello» cometido años antes. Zenia pensaba también, con creciente angustia, en el apuro en que su Tom se veía. Tan experta como él, solamente veía oscuras nebulosidades en aquel asunto maldito que tan caro le iba a costar a él y, por ende, a ella.

El segundo plato, un pastel de «*chantilly*» con fresas, todo helado, casi quedó intacto en los platos. La desgana no les permitió sino probarlo, afirmar que estaba exquisito y batallar un poco al tratar mutuamente de endosarse lo que ya su estómago no admitía. Miráronse tristemente, incapaces de ocultarse el uno al otro sus propios sentimientos y angustias, y solamente estuvieron de acuerdo en acabar la botella de champán, aunque no les infundiese, como en otras ocasiones, aquella chispeante alegría y optimismo.

Pagó la cuenta Tom y salieron del restaurante, montando en el coche de él.

—¡Son las once! —dijo Zenia mirando su reloj de pulsera—. Vamos a un sitio donde no haya músicas, gentes bulliciosas... Tenemos que acordar algo de lo que hay que hacer. Mañana por la mañana has de enfrentarte con esa situación. Bassett llevará la máquina fotográfica y tienes que dejarle que haga lo que quiere.

Tom condujo el coche por Ocean Avenue, hacia el Norte, costearlo la carretera por lugares maravillosos, bajo la clara luz de la luna.

—No estoy dispuesto a prestarme al juego de esos canallas —murmuró roncamente él mientras aceptaba un cigarrillo encendido de Zenia—. Pase lo que pase...

—Precisamente yo estaba pensando todo lo contrario, querido —rebatía la joven, lanzando el humo del tabaco ligeramente por entre los sonrientes labios—. Estás un poco nervioso, Tom. ¿Quieres que te razone por qué debes prestarte al juego con ellos?

Rothman se encogió de hombros. Sí que estaba muy nervioso, no

un poco. No veía salida a su embrollo más que, dándoles la batalla a aquellos hombres con todas sus consecuencias. Y poniéndose, desde luego, frente a frente de ellos. A la mañana siguiente detendría a Bassett y avisaría al inspector para que echase la zarpa a Carounth y Kulier. Después vendría su confesión plena y acataría resignadamente las consecuencias que sobreviniesen.

—El

F. B. I.,

ignora tu doble personalidad —comenzó Zenia en tono tranquilo—, porque no sabe tampoco que cometiste aquel hecho, ni por qué, penado por la Ley. Yo misma te aconsejé, cuando me lo dijiste, que dejases pasar el tiempo así, mientras ibas pagando tu deuda con el Banco de Houston. Ellos van recibiendo tus remesas anónimas y saben que quieres cumplir como un hombre honrado, aunque la Ley te ha declarado culpable y por ello te persigue. ¿Cuánto te queda por pagar?

—Unos tres mil dólares. En seis meses quedaría todo saldado... menos la cuenta con la Policía de Texas. ¡Ah! no te dije que me han dado esos tipos mil dólares para tenerme seguro...

—Pues entonces los envías al Banco y serán solamente dos mil los que debes. Yo puedo entregarte quinientos cuando cobre mi paga. No debe remorderte la conciencia emplear ese millar en liberarte de la deuda, querido.

—No me entregarás nada tuyo, Zenia —replicó abruptamente él—. Ya sabes que siempre te lo he rechazado, y ahora con mayor motivo. Pero el pago no es lo que más me preocupa. Es lo otro, la denuncia y el que la Policía me considera en rebeldía. ¡No tengo escape! Por eso, lo mejor es afrontar esta situación cara a cara y confesar mi delito.

—Y el

F. B. I.,

pensará que es ahora, cuando te vea con el agua al cuello, cuando confiesas, lo cual te concede muy poco mérito. No soy partidaria de que lo hagas ahora, sino cuando tengas tu deuda pagada y el Banco pueda atestiguar que has cumplido bien y por ello retira la denuncia. El que cometieses el desfalco por pagar las deudas de juego de tu padre, evitando que fuese a la cárcel, no es que sea muy... pero tiene un fondo noble, hasta cierto punto. Ahora no

debes ir ante el inspector como culpable. Por otra parte, se te presenta la ocasión de verificar un servicio estupendo, qué es este que esos tipos te impulsan a cumplir. ¿No te parece?

—¡No me parece, no! —exclamó Tom airadamente—. ¿Quieres decirme cómo voy a hacer callar a esos hijos del diablo no siendo a tiros? Y mañana mismo... Y después habré de cantar ante el inspector mí «*mea culpa*».

—¡Pues no y no! —gritó ella destempladamente. Anda, para ahí y charlaremos, majadero... Parece mentira que seas un agente experimentado y hasta con un poco de sentido común.

Tom metió el coche, saliendo de la carretera, por un suave declive de la colina, en la que crecían los altos pinos olorosos. Se bajaron del «Pontiac» y fueron a sentarse, cogidos de la mano, sobre unas rocas. A sus pies, bajo el acantilado oscuro, el mar batía ruidosamente la masa de basalto, levantando nubes de espuma. Estaban en el pintoresco rincón de Palisades, cerca del pueblo de dicho nombre, y desde allí se divisaba la claridad producida por las innúmeras luces de Los Ángeles, las sombrías colinas de Beverley, a la izquierda, con sus puntos de luz como trepando por la montaña, y el esplendor del arco iris de Santa Mónica, donde millares de anuncios de neón, en sus edificios, se reflejaban en las quietas aguas de la bahía.

Zenia y Tom contemplaron abstraídamente aquellas maravillas conjuntas de la Naturaleza aliada con el genio del hombre.

—¿Estás más tranquilo? —inquirió ella después en tono suave, atrayendo la cabeza de él y besándole en los labios casi maternalmente—. ¿Podrás escucharme sin protestar ni decir tonterías?

—Haré la prueba. Pero por mucho que me quieras convencer...

—Borra esa idea de tu imaginación, haz el favor. Harás lo que yo pienso, que es lo mejor.

Naturalmente, voy a ayudarte en este lío. Y voy a hacerlo con todas mis fuerzas y con la inteligencia, poca o mucha, que Dios me ha dado. ¿Les dijiste que tenías novia? ¿Y que era yo?

—Les dije que no, al preguntármelo. Pero tú no te meterás, Zenia, te lo advierto —rezongó tercamente él—. Pudieras correr un serio peligro...

—¡Pobrecita de mí, inexperta muchachita de cuento de hadas!

—exclamó Zenia en tono burlón, juntando poéticamente las manos mientras miraba al estrellado cielo como si estuviese en éxtasis—. Como nunca me he enfrentado a perversos hombres, ni corrido peligro de que me metieran una bala entre pecho y espalda... ¡Oh, Tom, estás insoportable! Pues mira, he aquí mi plan, y esto es lo que se hará si en algo estimas mi cariño. Tú no estás en condiciones de mejorarlo ni de proponer otro que sea medianamente aceptable. Mañana por la mañana, cuando Bassett te espere en el aparcadero, haces exactamente lo que te han ordenado. Te entrega la máquina fotográfica, le pasas a la fábrica, le permites que vea el plano y lo fotografíe... Y, en fin, haces todo aquello que cumpla a un hombre que se ha aliado con ellos para llevar a cabo, sin titubeos, sin que noten tu repugnancia a cumplirlo. Eres uno más de la banda. No, no arrugues el ceño... Y yo entraré en acción. Me verás, hablarás conmigo y no me conocerás hasta que ellos te presenten a mí. Habrás de cerrar los ojos, veas lo que veas, y fingir indiferencia absoluta hacia mí y lo que haga, te guste o no te guste. No se trata de acabar con ellos, cosa fácil al parecer, sino de llegar hasta la médula de la organización. Si el verdadero «boss» es Kulier, mejor; si no lo es y hay un hombre en la sombra debemos ir por él. Hay que saber quién compra esos planos y para quién son en definitiva.

Tom la contempló admirativamente. Sí, ella iba mucho más allá de lo que él había pensado respecto a aquel asunto. No se trataba de detener o quitar de en medio a aquellos bandoleros cínicos, sino de algo mucho más hondo y trascendental. Zenia pensaba en las posibles ramificaciones de aquella banda, obrando en diferentes establecimientos dedicados a la fabricación de armamento, en los laboratorios secretos, en los arsenales y factorías, tal vez dentro del mismo Pentágono, allá en Washington.

Se levantó agitadamente, luchando contra la idea de que su Zenia pudiera entregar su vida generosamente por él y por aquella causa. Sabía cómo era ella y el valor y decisión que ponía en el cumplimiento de su deber. Y cómo la muerte no la arredró jamás.

—Juntos los dos, Tom —murmuró ella rodeando con sus brazos el cuello de él y besándole ardientemente—. Seremos siempre invencibles teniendo un mismo corazón y una sola inteligencia.

Tom la apretó contra él, hundiendo el rostro entre el cabello de oro de la joven, suave como la seda. Sonreía mientras pensaba que

sería vano tratar de disuadir a su novia del plan trazado. Era tan terca como bonita, pero también tan enamorada de él, hasta límites como aquél, como impetuosa y ardiente en sus decisiones. Tenía que dejarla hacer aquello, pero ya pondría cuántos medios estuviesen a su alcance para evitar las peligrosas derivaciones en su misión.

Poco hablaron ya del tema que ocupaba la imaginación de ambos. Ella no quiso decirle más sobre lo que haría. Ya lo iría viendo, aunque debería de obedecerle en todo cuanto le recomendó. Fingiría ser uno más de la banda aquélla. Aunque viese lo que viese, no debería de asombrarse ni menos salirse de su papel. Ella lo necesitaba así, y, desde luego, era una mujer que sabía lo que tenía que hacer en todas las ocasiones.

Volvieron lentamente a Los Ángeles. Y cuando él la dejó a la puerta de su casa, en el 125 de Slauson Avenue, esquina a South Park, eran cerca de las dos de la madrugada. Después Tom dirigió el coche por las calles ya casi desiertas, en el centro de la ciudad, hasta dejarlo en el garaje, en Compton Avenue, cerca de su casa.

A la mañana siguiente, a las nueve menos cuarto, Rothman, dentro de su «Pontiac», fumando nerviosamente, en la zona donde estaba el aparcadero de coches de empleados y obreros de la Corona Aircraft, esperaba la llegada de Bassett. Como siempre, llevaba la pistola en la funda de la axila, y de vez en cuando, con la mano diestra, acariciaba la culata del arma mientras pensaba que su deber era el de meter una bala en la cabeza de aquel canalla, en vez de convertirse en su secuaz para realizar el más innoble de los oficios al margen de la Ley, como era el de facilitar a potencias extranjeras y enemigas ayudas para ganar una guerra, todo ello por americanos.

Una sombra oscura, ante la ventanilla del coche por la que miraba la llegada de los autos de obreros y empleados que llegaban, le sacó de sus meditaciones.

—Buenos días, Homer. Bueno, Rothman —dijo Bassett suavemente, con voz veladamente burlona—. Tenga el chisme. No lo toque, ¿eh? Hasta luego. Hacia las diez se acerca a mí y ya hablaremos.

Rothman recibió la diminuta máquina fotográfica, cromada, y se la guardó en un bolsillo de la americana. Bassett se alejaba ya, en

busca de las grandes puertas metálicas ante las que estaban los guardas armados que examinaban la documentación de todo el que entraba en la factoría.

Él lo hizo cuando ya nadie había ante las puertas. Saludó al guarda, que no le exigió su documentación. Y cruzó el patio inmenso, con jardines, rodeado de un alto muro. Fue después a su despacho, donde firmó la entrada, y bajó seguidamente a las enormes naves, comenzando su monótona labor de vigilancia, las manos a la espalda y ojo avizor. Ahora con el extraño pensamiento de que quizá no fuese Bassett el único espía que hubiese entre los dos mil obreros y empleados de la fábrica.

Pasó por la sección de montajes donde trabajaba Bassett, sobre una gran mesa con planos parciales y muestras de piezas que examinaba detenidamente, quizá grabando en su memoria las características para luego reproducirlas en anotaciones. Rothman le miró fijamente, dándole el otro la espalda, y hubo de contener el terrible impulso de sacar su pistola y dejarle allí mismo acribillado a balazos.

Se volvió Bassett y le miró de reojo, sin hacerle caso. Poco después miró la hora en su reloj de pulsera y volvió a su trabajo.

Continuó su tranquila ronda el agente especial. De vez en cuando se cruzaba con los vigilantes de la fábrica, nombrados por la Corona, y se sonreían, deteniéndose para charlar unos instantes y comunicarse si había alguna novedad. Para los obreros y empleados de la Corona, Rothman no era un vigilante de la casa, ni menos un agente del Gobierno, sino un «Supervisor» encargado de controlar los sistemas de fabricación y el régimen de trabajo de obreros y empleados. Vigilar las condiciones en que trabajan todos, velar por la higiene de los servicios, constatar la asistencia en casos de accidente y el que los capataces y maestros de taller, ayudantes e ingenieros diesen un trato correcto a sus subordinados. Por ello Rothman era bien considerado por todos, creyéndole un benefactor más que ninguna otra cosa.

A las diez menos cinco se acercó a la sección de montajes donde trabajaba Bassett, que era jefe de un grupo de técnicos, y éstos de treinta o cuarenta obreros a su vez.

El espía cogió un plano y lo miró. Después se dirigió a uno de sus ayudantes, de forma que le oyera Rothman:

—Voy a Planos por el dispositivo A. B. Smith.

Y se dirigió al piso superior, donde estaba enclavada la Sección de Planos. El agente especial fue tras él, siempre con las manos a la espalda.

Cuando llegó al mostrador, donde un empleado entregaba contra recibo firmado, los planos a ingenieros, ayudantes y jefes montadores, Rothman le hizo un gesto aprobatorio para que el plano A. B., le fuese entregado a Bassett. Después, lentamente, le acompañó hasta una sala con grandes mesas y sillones altos, donde se estudiaban y se ordenaban los ferropusiatos que hubiera que sacar del total del plano o parte de él.

—La máquina, Rothman —dijo Bassett en tono seco, duro.

La sala estaba sin nadie más que ellos dos. El agente especial sacó la cámara y se la entregó silenciosamente. Bassett había fijado el plano a un tablero, con chinchetas, y encendió un potente reflector, elevando el tablero un poco. Con la cámara en la mano buscó rápidamente la mejor posición para hacer la fotografía.

—Vaya a la puerta por si viene alguien —le dijo a Rothman, que, muy pálido, brillantes los ojos de rabia, le veía actuar—. Tosa si hay peligro.

Bassett oprimió tres veces el resorte, en diferentes tomas de vista, por si alguna fotografía saliese defectuosa. Sonrió triunfalmente cuando hizo un gesto a Rothman para que se acercase. Le entregó la maquinita, diciéndole:

—¿No es estupendo esto, camarada? Acaba de ganarse usted otros mil dólares. Vaya esta tarde, cuando salga de aquí, a casa de Kulier, ya sabe. Si no fuera por usted, que entrará y sacará la máquina, sería imposible este trabajo. Ande, guárdese la y tenga cuidado de no hurgar en ella. Recuerde lo que le dijo el jefe respecto a una traición...

—No me interesa fastidiarles, amigo —dijo Rothman sonriendo amistosamente—. ¿Me dará los mil esta misma tarde? Esto es lo principal para mí...

—Seguramente. Pero aunque así no fuera, tenga la seguridad de que Kulier le pagará hasta el último centavo.

—Mejor será que la máquina me la quede yo y esta tarde, cuando vaya a verle, me dé los mil contra entrega de este chisme. No es que desconfíe, pero en las primeras operaciones haremos las

cosas «al contado», ¿no? —repuso Rothman, sonriendo astutamente.

Bassett rió ante la desconfianza del agente especial. Tuvo así la seguridad, que era lo que buscaba Rothman, de que la ambición era lo que movía al nuevo asociado a traicionar al

F. B. I.,

y a los intereses nacionales. Sacó su cartera y extrajo de ella varios billetes grandes, que alargó a Rothman.

—Los mil, amigo. Estaba previsto el que usted desconfiara. Ya ve que no hay motivo para ello. Somos... honrados.

Rothman, los contó y se los guardó sin decir una palabra. Después, Bassett tomó algunas notas en un bloc y llevó el plano al mostrador, entregándoselo al empleado.

—¿Cuándo necesitará más planos o datos, amigo? —inquirió el agente especial mientras acompañaba al técnico hacia la nave—. Por mi parte...

—Ya le avisaré. Tenemos que ver cómo salen las fotografías, luego de ampliadas. Pero no se preocupe por sus ingresos, Rothman. Va a vivir usted como un Rockefeller.

—¿No tienen ustedes aquí a algún otro camarada, Bassett? Lo digo por si le pesco haciendo algo raro y me veo obligado a echarle mano. Mejor será que me lo advierta y así iremos de acuerdo.

—Estoy solo en la Corona. Entré aquí por recomendación de...

—calló, mirando mientras sonreía al agente especial. Éste se encogió de hombros.

—No me interesa saber cómo entró ni por qué medios. Ustedes me pagan bien y lo demás allá cada cual. Pero tenga ojo con dejarme al descubierto, porque yo también sé defenderme, ¿eh? Bueno, hasta luego. A la salida le entregaré la máquina ésta.

El agente especial, las manos a la espalda, fumando su pipa tranquilamente, reanudó su ronda.

Rothman y Bassett se miraron, cuando el primero pasó después varias veces en sus rondas por la nave de montajes, como dos buenos compinches, puestos en todo de acuerdo. El agente especial tentaba también su cartera, en el bolsillo interior de la americana, mientras pensaba, que, a aquel paso, recibiendo los miles de dólares como el día anterior y el presente, podría pagar la vieja cuenta con el Banco de Houston, quedando libre, en parte, de su culpabilidad por el desfaldo que hiciera hacía años. Aquellos bandoleros, sin

saberlo, le estaban preparando rápidamente el camino para acometerlos después a muerte.

III



ESPUÉS de más de una hora de espera en Colorado Street, en Pasadena, un poco más abajo de la «Villa Setos», donde vivía Kulier, Zenia comenzó a desesperar de que aquel hombre saliese por la mañana de su magnífica villa, rodeada de un jardín que ella calificó como «de ensueño». Estaba dentro de su viejo «Dodge», modelo 39, fumando pausadamente mientras su mente perfilaba el plan que durante la anterior noche había concebido.

Hacia las diez y media vio cómo la verja de hierro de la mansión se abría lentamente, mientras que un «Packard» se acercaba con lentitud por la asfaltada carretera, dentro del jardín. ¿Iba a salir por fin aquel hombre?

Puso en marcha el coche y, lentamente, le dejó ir, carretera

abajo, mientras asomaba la linda cabeza por la ventanilla.

¡Era Kulier, y guiaba él el coche! La descripción que de él le hiciera el querido y apurado Tom concordaba exactamente.

Aceleró la marcha del «Dodge» y, antes de que el «Packard» le alcanzase, ella lo detuvo y se bajó muy rápidamente, yendo al capó y levantando la tapa. Con una llave inglesa retorció uno de los conductos de entrada de gasolina al carburador. Y, mirando de reojo al «Packard» que se acercaba a poca marcha, se plantó en la carretera, con un gesto de desesperación, las manos sobre la cintura. Iba vestida con pantalones de color marrón oscuro, un jersey a rayas azules y blancas, muy ceñido al torso, y un bolero amarillo estrepitoso, que resaltaba su pecho erguido. Y zapatos de ante, de color gris, sin tacón. Tampoco llevaba medias.

El «Packard», conducido por Kulier, se detuvo unas yardas antes de llegar ante el «Dodge», y asomó la cabeza el «boss» riendo groseramente.

—¿Me bajo, monada? ¿No quiere andar el abuelo?

Ella se volvió desdeñosamente, sin abandonar sus manos de la cintura, y volvió al capot, metiendo la rubia cabeza dentro. Kulier, regocijado y admirado, vio aquella parte del cuerpo que mostraba la joven, muy ceñida por los pantalones de hombre. Y la cascada de su cabello maravilloso cayéndole por la espalda. Se bajó y, lentamente, fue al lado de Zenia, que no pareció notar su presencia.

—¿Tiene gasolina? ¿Y aceite? —preguntó Kulier metiendo a su vez la cabeza dentro del capot, curioseando, no el motor, sino el rostro de ella que aparecía rojo de indignación—. Es con lo que suelen andar estos chismes, se lo advierto...

—¿Y con qué andaría usted para marcharse de aquí cuanto antes, si puede saberse? —replicó ella en tono adusto, pero apartándose para que él se pusiera a gusto—. Se va usted a manchar ese traje tan precioso...

Kulier llevaba un traje de seda color malva, maravilloso por su estrambotismo, su corte achulado, como la corbata, del mismo color, con grandes rosetas rojas. Y su camisa, blanca, con hojas de parra enormes, moradas.

Sonrió despectivamente y quitó la llave inglesa a Zenia, que lanzó un suspiro de desahogo.

—Que se va usted a manchar, Clark Gable... —le dijo en tono

zumbón, sonriéndole hechiceramente—. ¿Entiende usted de esto, acaso?

—Lo que veo es que si me sigue mirando no daré con lo que tiene este carcamal —rezongó él, volviéndose para contemplarla de frente—. ¡Qué cara, Dios Santo! Usted es artista de cine, no lo niegue...

—Si lo llegase a ser... —suspiró Zenia, sosteniendo la mirada cínica de él con estoicismo.

—Vaya por Dios, nenita. ¿Es usted de las que hacen cola ante los estudios para una plaza de... de qué?

—De ingenua. Es lo que mejor me va. ¿Tiene usted alguna recomendación, señor, señor...?

—No, cariño. Me gustaría poderla ayudar —sonrió, mientras la pasaba una mano por la cara. Ella echó atrás el cuerpo, pero sin mostrar enfado por el atrevimiento—. Bueno, este cacharro no anda. Tiene roto ese conducto de la gasolina, como verá. ¿Adónde iba?

—Al estudio de la «Century», por si me llega la vez, que lo dudo.

—¿Y a nada más que eso? —Se volcó literalmente él sobre la joven, que no se apartó, ladeando solamente la cabeza... ¿No tiene nada más que hacer después?

—¡Oh, nada más que eso! ¿Le parece poco ver cómo se van los ahorros sin encontrar nada en qué ganar para... bueno eso a usted no le importa, me figuro? Si me pensaba llevar al estudio, acepto. Avisaré a la estación de servicio que vengan a recoger el coche y lo reparen.

—Claro que sí. Sube, monada. ¿Cómo te llamas? ¿Linda? ¿Rita? —La cogió de la cintura y la llevó hasta el «Packard», haciendo que se sentase a su lado.

—Zenia. Pero me llamaré Cleopatra si me contratan, como yo espero, de primera estrella. Me dijo el otro día Zukor que... —Le dio un manotazo, no muy fuerte, cuando él inclinó la cabeza para besarla—, oye, querido, pon las manitas sobre el volante y arranca, o me bajo. No es que estés mal —le miró de pies a cabeza mientras sonreía maravillosamente, mostrando su blanca dentadura y los labios, de sensuales labios—, pero no me acabas de gustar, si no te ofende el que sea tan sincera.

Riendo, Kulier, arrancó, tomando Colorado Street abajo, hacia

Hollywood.

—Ya te gustaré, descontentadiza. —En cambio, tú eres estupenda, chiquilla. Es raro que no te haya visto hasta ahora. ¿No vas por «Memphis», o «Arcadia», en Los Ángeles? ¿Vives por aquí?

—No me preguntes tanto, haz el favor —replicó ella displicente—. Yo vivo mi vida y a nadie le importa. Aún no me has dicho ni cómo te llamas, ni si puedes recomendarme a algún director de los buenos. A lo mejor eres accionista de la «Metro», o la «Century»...

—Nada de eso, cariño. Me llamo Tim Kulier y vivo de la renta. Y mis amistades son de lo mejor. Diplomáticos...

—Ya sé. Eres mayordomo en algún consulado, ¿no? —replicó riendo ella, y se fue al otro lado del asiento, huyendo de la amenaza de él, que, riendo con toda su alma, intentaba abrazarla, dejando el coche sin dirección—. Estate quieto, Tim, o me bajo...

—¡Qué estupenda eres, Cleopatra! —rugió él, rojo de placer, mirándola ansiosamente—. Y qué buenos amigos vamos a ser...

—Poco a poco. Si te portas siempre como ahora, me parece que de hoy en adelante no te voy a conocer cuando nos volvamos a ver. No te he engañado al decirte que soy una ingenua, una tonta, al estilo del siglo pasado. Mamá me enseñó grandes cosas buenas —lanzó un suspiro mientras sus ojos se cubrían de lágrimas—. Después, el contacto con esas pérdidas de los estudios, las groserías de los «managers», los directores y ayudantes... No, no soy lo que pudieras creer, Tim. Siempre he deseado tener un amigo, un amigo en el buen sentido...

—Lo seré yo, monada. Verás, yo soy bastante alegre y me agrada expansionarme, pero ¡caramba! ya verás qué bien nos entendemos —la cogió por un hombro, intentando de nuevo abrazarla. Ella, con los dedos índice y pulgar, le apretó el antebrazo. Kulier lanzó un berrido de dolor, jurando como un condenado mientras la miraba con infinito asombro.

—Te dije que te estuvieras quieto, querido Tim —murmuró Zenia contemplándole con ternura, lleno de guasa el rostro—. Eres muy impulsivo y eso no me gusta. ¿Te hice demasiado daño? No me digas...

—¡Maldita seas! —rezongó Kulier, pugnando por sonreír mientras estiraba y encogía el brazo—. ¿Qué diablos me has hecho?

Zenia se inclinó y le besó en la sudorosa frente.

—Perdóname, Tim... Lo hice sin saber que te causaría tanto daño. No sé dónde te apreté, la verdad. Sería en algún músculo de esos. ¿En paz?

—En paz. Pero prefiero tus besos a eso de antes. Oye —acortó la marcha del coche—, ¿tienes verdadero interés en ir al estudio? Me apuesto a que no te contratan hoy ni mañana ni casi nunca. ¿Cuánto te dan cuando trabajas?

—Diez dólares. Y no me los voy a perder si me llaman, comprenderás. Anda, llévame, que si no, la semana que viene voy a tener que alimentarme de cactus del monte. No hay más remedio que coger lo que le dan a uno...

—Que no vamos, encanto. Yo tengo un empleo para ti, y mejor remunerado —replicó Kulier, deteniendo el coche y volviéndose hacia Zenia—. Dijiste antes que necesitabas un hombre que fuese buen amigo, y todas esas cosas...

—Pero también te dije que yo no soy como esas; ya sabes. Mamá me enseñó muchas cosas buenas —volvió a bajar la cabeza con tristeza, apoyando después lánguidamente una mano sobre el brazo de él, apretándoselo suavemente—. Dime en qué puedes emplearme, pero ya sabes. Buenos amigos solamente...

—Descuida, Cleopatrilla de mi alma —susurró Kulier, besándole la mano casi respetuosamente—. Vas a ser... ¡mi acompañante!

—¡Hum! Eso me huele a lío, Tim. ¿Acompañarte a qué y para qué? Querrás decir secretaria, ¿no? Eso ya me gustaría más. Camaradas...

—Exactamente, cariño. Secretaria, camaradas. Alegría, buen humor, bailes, teatros, cines, paseos —en yate y en coche... Y siempre conmigo...— dijo con entusiasmo Kulier, sin dejar de sobar la mano de Zenia con creciente nerviosismo.

—¿Siempre, Tim? ¿Quieres decir que de día... y de noche? ¿Qué he de vivir contigo? ¡Eso sí que no! ¡Oh Tim, mamá me enseñó...!

—Muchas cosas muy buenas, ya lo sé, niña. Pero yo te voy a enseñar a vivir a lo grande, a divertirme, a vestir bien, a gastar en joyas, en coches...

—Pero no viviré contigo, Tim, te pongas como te pongas —insistió Zenia, roja de pudor, mirándole con los ojos llenos de lágrimas—. Al menos, por ahora. No te conozco bien todavía. Tienes cara de buen chico, y lo serás; pero una de las cosas que me

decía mamá era que no me fiase nunca de los hombres, y menos de los que tienen carita de santos.

—Yo tengo carita de santo, y además lo soy, niña —repuso Kulier, que estaba pasando un rato delicioso con aquella linda muchacha, entre avispada y tonta de remate, a quién creía ya tener en el «saco». Con eso podría desprenderse de Lucy, la lagarta y ya más que pelma amiga, con sus treinta y cinco años, que, cuando estaba sin maquillar, parecían cincuenta. Zenia era una deliciosa criatura, y, desde luego, era la primera vez que un hombre, pensaba, la trataba como él la estaba tratando, deslumbrándola con su coche, sus promesas, que pensaba cumplir, de rodearla de lujos y hacerla ver que con él todas sus angustias económicas iban a tener fin.

—Vamos a ir a mi oficina, pequeña —siguió él después de un rato de charla, en la que ella fue la que más habló, con volubilidad encantadora, alternada con visajes, guiños de ojos y sonrisas que electrizaban al «boss», de mente oscura, pero intenciones claras—. Está en Beverly Boulevard. Me cuesta 500 mensuales; pero aquello es digno de un rey, ya lo verás.

—Y ¿qué haces en esa oficina, querido? ¿Qué clase de negocios tienes? —inquirió ella dulcemente. Bajaban ya hacia Los Ángeles por la carretera de cuatro pistas, con una hilera en el centro de macizos y flores.

—Pues... de varias cosas —repuso él, todavía desconfiado, pero halagado por la admiración con que ella le miraba, creyéndole un magnate de alguna de las más poderosas industrias—. Ya te dije que trato mucho con diplomáticos. Uno tiene un buen círculo de amistades, nena...

—¡Ya sé! Eres un alto empleado del Departamento de Estado, ¿no? —aseguró Zenia con renovada admiración por aquel palurdo con figura de gorila, que repelía a ordinariez—. A lo mejor el subsecretario. ¡Cuánto me agradaría que me presentases a Acheson...!

Kulier rompió a reír, enternecido por la ingenuidad de aquella deliciosa muñeca, muertecita de hambre, que iba a ser suya, muy suya, porque iba sintiendo por ella una extraña sensación jamás presentida. Veía claramente, a través de su obtuso cerebro, que era una mujercita pura, no obstante frecuentar los estudios de cine,

donde la perversión y el vicio sentaban sus reales. Y el hambre, la penuria económica, que la atenazaban, como a tantas otras desdichadas, haciéndolas caer en manos de canallas y explotadores. Él la trataría bien, hasta que se compenetrase con su forma de ser, con sus actividades, envolviéndola en una atmósfera de vértigo y esplendidez. Quizá fuese una gran colaboradora... Muchas veces echó de menos a la mujer bella y astuta, que supiera engatusar a ciertas personas en trabajos de espionaje, Lucy era una perfecta idiota, sin inteligencia, sin tacto, siempre emborrachándose y mostrando los más torpes deseos.

—No, nenita, no. Yo no soy del Departamento de Estado. Pero soy amigo de diplomáticos, de cónsules y agregados extranjeros. Ahora es un poco difícil explicarte a qué me dedico, pero ya lo irás sabiendo, y hasta me ayudarás, ¿verdad? a resolver papeletas. Una hermosa mujer, lista y elegante como tú, me valdrá mucho.

—¿Qué sueldo me darás? —inquirió Zenia, apoyando su cabeza en un hombro de él. Kulier suspiró, sintiendo hervirle la sangre en las venas.

Pero se acordó de aquel terrible dolor en el brazo de un rato antes.

—Lo que tú quieras, princesa mía. Si me tomas un poquito de cariño, yo no tendré dinero; lo tendrás tú todo —repuso con voz quebrada por la emoción—. Y gano mucho mucho...

—Quererte, quererte... —susurró Zenia, restregando su cabeza dorada sobre el hombro del encalabrinado Kulier—. ¡Oh Tim, yo no sé mentir, y por eso te digo que, como hace una hora que te conozco solamente...! Pero mi mamá me decía que el cariño, el amor, entra mejor cuando hay agradecimiento por el hombre; cuando él mira por una con entusiasmo y desea para ella lo mejor. Tú, Tim, no haces más que hablarme de buenas cosas, de dinero, de joyas y coches. Yo no quiero tanto, querido; pero me siento inclinada a... eso que tú dices, ya ves. Lo digo sin querer y no debes aprovecharte de ello.

—¡Eres la nena más encantadora que he visto en toda mi asquerosa vida! —rugió Kulier, resollando como un león enjaulado. Y apretó la marcha del coche, que ya entraba en Beverly Boulevard, conteniendo los deseos de estrecharla entre sus poderosos brazos, aun a costa de que ella le dejase manco con aquellas temibles llaves

de *jiu-jitsu*—. Vamos, pequeña. Después comerás conmigo. ¡Deja eso de los estudios, idiota! ¡Tú ahora eres para mí, por Cristo vivo!

Sonrió Zenia misteriosamente cuando bajó del coche ante un edificio de enormes proporciones, de gran lujo, con departamentos para oficinas. Kulier le guió hasta el ascensor y subieron al piso número seis. Abrió la puerta con llavín y la invitó, con un gesto almibarado y orgulloso, a entrar.

Zenia se quedó realmente deslumbrada al contemplar aquel *hall*, que más bien parecía un museo. Muebles seraton, ingleses; porcelanas de Sajonia y japonesas, cuadros auténticos flamencos e ingleses, de buenas firmas. Y una alfombra persa, en la que los pies se hundían hasta casi los tobillos. La gran araña de Bohemia estaba encendida —la encendió él al entrar— y lanzaba múltiples destellos diamantinos de sus innumerables cristales de roca tallada.

—¿Es... tuyo todo esto, Tim? —preguntó, mientras giraba sobre sí misma, admirando aquellas riquezas, ninguna de las cuales tenía allí su lugar adecuado—. ¡Dios mío! ¡Esto vale millones!:

—¡Je, je!... —rió él, rojo de satisfacción—. Pasa, pasa a mi despacho...

Zenia renovó su admiración, muy abiertos los maravillosos ojos al esparcir su mirada por la mesa, en la que brillaba más la plata oxidada, los adornos de marfil y nácar que la misma madera de sándalo. La escribanía, de oro seguramente, con la carpeta de piel de «écrassé», con cantoneras de oro asimismo. El tresillo, de olorosa piel de cerdo; la alfombra de nudo, imitando un Corot maravilloso de colorido...

Se sintió cogida por un brazo, delicadamente casi, y obligada a sentarse en el sofá, que pareció hundirse, para luego subirla suavemente, con un leve suspiro, el almohadón. Kulier, radiante de satisfacción, la cogió ambas manos, y con verdadera unción se las besó. Era la primera vez que hacia aquello, siempre calificado de cursi y gazmoño por él. Con Lucy jamás lo hubiera hecho, desde luego. Ni con aquella otra Pearl ni con Nitty o Jassy, la hebrea, que se le fugó con un italiano, llevándole cincuenta mil dólares en joyas y el coche...

—Éste es mi despacho, nena —dijo resollando, brillante su mirada mientras contemplaba a Zenia, que dejaba vagar su mirada por la gran estancia. Se levantó la joven y fue al ventanal,

contemplando los jardines del Echo Parle, rodeado de una hilera de coches vacíos. Él fue a su lado, cogiéndole por la cintura, pero delicadamente, y la miró intensamente. Estaba sollozando quedamente ella, levantando su pecho maravilloso convulsivamente.

—Me asusta todo esto, Tim. Me asustas tú... —dijo entre hipos, volviendo la cabeza para no mirarle—. No me vas a querer como debe ser. Ya ves, soy tonta, ¿verdad? porque tú nunca te propasarás ni serás como otros, los de los estudios, que piden a gritos, o lo toman a la fuerza, ciertas cosas...

Kulier lanzó un bufido de indignación, apretando los enormes puños. Rugió con voz entrecortada por la emoción:

—¡Maldita sea, tú me estás volviendo del revés, te lo juro!... Bueno, quiero decirte que no debes pensar mal de mí, ¡narices! Seremos muy buenos amigos, y antes me dejo matar que causarte un disgusto, nena. Es que no sé explicarme bien...

—Te comprendo, Jim —ella le puso ambas manos sobre las solapas de la americana mirándole intensamente—. Quieres decir que jamás me tratarás mal, que nunca me ocultarás un secreto, que me admitirás como tu secretaria, tu confidente, tu camarada... Y quién sabe, Jim, querido, después...

—Eso es lo que quiero, cariño, ese después... —murmuró ahogadamente él volviendo a besar las manos bellas de Zenia—. Oye: ¿tú tienes familia a quién contar... cosas que son secretos para mí? Negocios, claro, pero secretos, reservados. Esto es importante.

—No tengo ni un gato, ni un perro a quién considerar como verdadero amigo, Jim. Ni padres, ni tíos... —murmuró ella tristemente. Pero si no te fías de mí, nada me digas. Cuando dos personas se proponen quererse, la confianza es indispensable. Lo decía mamá, y tenía razón...

—Tu mamá era muy lista, ¿eh? —rezongó Kulier en tono de fastidio—. Algo así como un código de moral, vamos.

Sonó en la puerta de nogal, con cuarterones dorados y plateados, un leve golpecito.

—¡Pasa, Peter! Es mi segundo. Quiero decir mi secretario —murmuró quedamente Kulier.

Carounth penetró en el despacho. Se quedó parado, mirando con cierto asombro a Zenia. Después lanzó una mirada maliciosa a su

jefe, sonriendo burlescamente. Kulier, copiando un gesto de alguno de los diplomáticos, que tenían relaciones con él, se adelantó gravemente, tomando de la mano a Zenia, que bajó la mirada, un poco ruborosa.

—Zenia, éste es Carounth, mi seg... mi secretario particular. Tú, Peter, esta chica es Zenia Cleopatra...

—Zenia Clancy, solamente, Tim —corrigió graciosamente la joven, pugnando por contener la risa—. Nos hemos hecho amigos, Carounth, y quisiera serlo también de usted. Parece simpático...

—Bien, bien —rezongó Kulier secamente—. ¿Qué hay, Peter? ¿Telefoneó Bassett?

—Tanto gusto, Zenia —dijo Carounth sin hacer caso a su jefe, mientras contemplaba de pies a cabeza a la joven, que sonrió con picardía—. ¿Decías?

Kulier no estaba acostumbrado a que ninguno de sus hombres se hiciese el desentendido cuando él los hablaba, y menos si era para admirar a la mujer que él elegía como suya. Así, cuando Carounth quiso darse cuenta, estaba cogido por las solapas de la americana y zarandeado rudamente mientras la faz, roja de ira del «boss», casi pegada a la suya, rugía con trémolos coléricos:

—¡Cuando yo te hable, te hincas de rodillas, Peter, o te aplasto! ¿Te gusta esta mujer? ¿Mucho? —Le volvió, sin soltarlo, para que el lívido Carounth mirase a Zenia, y después lo volvió hacia él—. ¡Pues es mía, mía, y tú te habrás de relamer la cochina lengua, pensando qué rica está, pero nada más!

Le dio un tremendo envite, que le hizo caer sobre un sillón, contemplándole fijamente, como enloquecido, la mano diestra sobre el bolsillo trasero del pantalón, donde debía guardar la pistola. Zenia, inmóvil, muy tranquila, sonreía como si se supiese de memoria todas aquellas actitudes y vocabulario de aquellos hombres. Después se acercó mimosamente a Kulier, poniendo una mano sobre uno de sus hombros.

—No me gusta que te pongas así, Tim —le dijo suavemente—. Y yo no te he dicho que sea tuya... todavía. ¿Por qué lo dices tú?

—Quita, nena —murmuró Kulier, pasándose una mano por la sudorosa frente, sin dejar de mirar hoscamente a Carounth, que permanecía sentado, como apabullado por el terror y la confusión, pero mirándole con odio infinito—. Yo sé lo que me digo. Y tú no

debes decir a mis hombres si son simpáticos y todas esas majaderías... ¡Vamos, Peter, levántate y contesta a lo que te pregunté!

—Sí, jefe. Hablé con Bassett. La cosa estaba hecha. ¿Se puede hablar delante de ésta? —Indicó con la mirada a Zenia.

—Claro que sí, animal. Zenia es mía, ¡mía! y, por tanto, manda como yo aquí —respondió Kulier con enorme orgullo, cogiéndola por la cintura y apretándola contra él—. ¡Dame un beso, que vea ese bicho que eres mía!

Zenia, humildemente, se puso en puntillas y besó en los labios a Kulier, que rugió como fiera satisfecha, sonriendo perversamente mientras lanzaba una mirada de triunfo a Carounth.

—Vaya, ahora todos contentos —dijo después, yendo a sentarse ante su mesa. Sacó de un cajón una caja de habanos y, cogiendo uno, se lo arrojó a Carounth, que lo agarró al vuelo, sonriendo servilmente. Zenia se sentó sobre el brazo del sillón donde estaba Kulier, colocando uno de sus brazos alrededor de su cuello.

—¿Le dio los mil a Rothman, o en qué quedó la forma de pago? Ése es un muerto de hambre y hará lo que me convenga...

—Se los dio, jefe. No parece tonto, y Bassett se los entregó, Luego, cuando salgan de la fábrica, a las siete, irán a casa los dos —replicó Carounth, mientras lanzaba una densa columna de humo del habano—. Oye, telefoneó Lucy hace un rato. Quiere verte...

—¡Al diablo con Lucy y con su asquerosa tía! —exclamó coléricamente Kulier, escogiendo cuidadosamente un cigarro—. Ésa ha acabado de saquearme y de emborracharse con mi dinero. ¿Bebes tú, Zenia? ¡No beberás más que lo que yo te dé, o te rompo una costilla!

Rió la joven, tirando de una oreja, sin respeto alguno por aquella fiera de hombre, a quién se había metido en el «saco», con mucho más efectividad de lo que él pudiera suponer.

—Ni bebo ni gasto ni quiero a nadie como no sea a ti, y, por ahora, tampoco. Pero supongo que si podré tener hambre, mucha hambre, y me prometiste que me llevarías no sé dónde —contestó ella riendo, con aquélla su risa contagiosa.

Kulier y Carounth rieron también, olvidando la escena borrascosa de antes.

—¿Tienes ya hambre? Me apuesto a que no habrás desayunado,

pobrecita —exclamó Kulier, levantándose y enlazando con su brazo la cintura de la joven, que a su vez le cogió de un brazo. Kulier se apresuró a soltarla, mirándola con cierto, temor—. ¡Vamos a comer a la playa de Hermosa, mil demonios escalfados! Tú también, Peter. Quiero celebrar dignamente el tener una novia como esta nena. Avisa por teléfono, Peter, al restaurante de Paccioli que nos pongan un banquete de lo bueno. Voy al cuarto de baño, Zenia. Espera un poquito, ¿quieres?

Salió canturreando Kulier. Carounth telefoneaba ya al restaurante, mientras contemplaba a hurtadillas a Zenia. Ésta se sentó sobre la mesa, mostrando sus piernas, dentro de los pantalones. Una de las veces, jugueteando, le dio a Carounth, que sonrió azoradamente. Terminó de hablar él y quiso apartarse de Zenia, por si llegaba su jefe; pero ella le cogió de un brazo, zalamera.

—Me gustas tú más que Tim —le dijo quedamente, mirándole fijamente, mientras las aletas de su bella nariz se movían agitadamente—. Ese hombre es un burro... Y si yo hubiese sido un hombre, un hombre de veras, y me pega otro delante de una mujer, ¡no lo cuenta!

Carounth se puso lívido de rabia, apretando los puños y mirando a la puerta con odio espantoso.

—Hay que tragar, encanto —dijo sordamente—. Yo soy más hombre que él, pero ahora no me conviene... más que tragar y aguantarlo. ¡Dame un beso como el que le diste a él! —pidió quedamente—, estrechándola contra su pecho. —¡Anda!

Zenia le besó, ruborosa, humilde, y se bajó de la mesa, yendo al ventanal, donde se pasó la mano por los labios como si se quisiera quitar las huellas de los labios del «gángster». Carounth fue a sentarse en el sofá, fumando su habano y silbando alegremente, lleno de orgullo.

—¡Vamos a Hermosa a banquetearnos! —gritó Kulier, entrando en el despacho. Olía queapestaba a colonia fuertemente perfumada, y se había peinado cuidadosamente—. Vete a arreglarte un poco, nena. Tendré que comprarte unos vestidos, ¿eh? Así estás estupenda, pero no basta.

La acompañó el mismo Kulier, que nuevamente pretendió abrazarla, pero con precauciones. Más no pudo evitar el que ella,

sonriendo irónicamente, le oprimiese casi levemente un bíceps con dos dedos. Y el hombre hercúleo, enfebrecido, se dobló hasta dar con una rodilla en tierra, aullando como si estuviesen rompiéndole el brazo poco a poco.

—Te dije que las caricias cuando yo quiera, querido Tim —exclamó Zenia con voz queda, reconcentrada, mientras le hacía retorcerse como una anguila, gritando a voz en cuello.

—¿Qué os pasa? —gritó Carounth, apareciendo en el pasillo, asustado—. ¿Qué le haces, Zenia?

Ella soltó su presa con un gesto orgulloso. Kulier se incorporó, dándose masaje en los músculos. Baja la cabeza, realmente aterrado, fue pasillo adelante y abrió la puerta del cuarto de baño, mostrándoselo a Zenia con un gesto. Y ella, compasiva, le besó en la sudorosa frente, dándole un cachetito en una mejilla.

—Nada, Peter, nada —dijo la joven riendo—. Es que le dio un calambre. ¿Verdad, querido? Anda, vete al despacho y aguárdame allí.

—¡Maldición! ¡Así es como me gustan las mujeres! —exclamó Kulier, mientras se masajeaba el brazo, empujando delante de él al burlón Carounth—. ¡Te digo que es la mujer más desconcertante que he visto en mi maldita vida, Peter! Lo mismo parece una criatura de quince años, a quien se la puede engañar de cualquier manera, que una real moza que te da un guantazo que te deja K.O. ¡Ésta no la suelto yo ni por un millón de dólares!

—Si ella te quiere, por supuesto —murmuró Carounth con sorna, recordando el beso que ella le dio, y sintiendo en su corazón cómo se le entraba una extraña pasión por aquella mujer tan contradictoria, pero tan hermosa, que besaba coma jamás él lo recordara en otra mujer.

—¡Me mato con el que pretenda birlármela, Peter! —rugió Kulier, dándole un empujón a su segundo—. ¡No sueñes en eso, te lo aconsejo!



¡DIBUJOS ESTUPENDOS!
¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!
¡PRESENTACION EXQUISITA!
Sólo en
AVENTURAS DEL F. B. I.

IV



OBRE las ocho de la tarde. Bassett y Rothman, cada cual en su coche, llegaron ante la Villa Setos, de Pasadena, donde vivía como un nabab Kulier. Estaba con él Zenia, vestida con uno de sus varios trajes hechura sastre, que hacía resaltar su esbelto y maravilloso cuerpo, y el téntrico Carounth, devorando con la mirada a la joven, aunque a hurtadillas, pues el «boss» sentía ya feroces celos.

Se levantaron los tres cuando el agente especial y Bassett se presentaron en el gabinete —un derroche de lujo en decorado, en muebles, en adornos, aunque sin el menor gusto en la colocación y distribución—, y Kulier se adelantó, risueño el semblante, haciendo un gesto a Zenia para que se pusiera a su lado.

Rothman palideció cuando vio a su novia allí, en medio de

aquella pandilla de bandoleros, sonriente y, al parecer, encantada. Sabía él de la astucia de Zenia y de su agudo ingenio y dominio de nervios. Era una de las mejores «policewomen» de todos los Estados Unidos, y su hoja de servicios estaba llena de felicitaciones, obtenidas merced a sus relevantes hechos como agente secreto de la Metropolitana. Pero Rothman encontró sencillamente asombroso el que en tan breve espacio de tiempo ella hubiera logrado infiltrarse en aquella banda de espías. Ciertó que Zenia unía a su talento una belleza espléndida, que sabía explotar plenamente cuando era necesario.

—Hola, Rothman —dijo Kulier, tendiéndole una mano, el rostro radiante de satisfacción—. Ya me he enterado de que se ha portado como un buen chico, diablos... Y que le han dado los mil —rió estentóreamente, mientras señalaba un sillón al agente especial—, porque tenía cierta desconfianza, ¿eh? Bueno, eso no me ofende. Pero ya aprenderá que soy hombre de palabra. ¡Ah! Le voy a presentar a mi novia... Ésta es Zenia Cleopatra —volvió a reír groseramente, poniendo una mano sobre un hombro de ella, que le miró severamente. Él se apresuró a retirarla—. Y este nuevo colaborador es Rothman, un buen elemento.

—Me alegro... —murmuró el agente especial con voz un poco trémula, haciendo una inclinación de cabeza.

—Y yo. Parece usted simpático, Rothman —dijo ella, sonriéndole con infinita picardía. Kulier arrugó el ceño. Aquella muchacha encontraba a todos los hombres simpáticos, y eso era reventante para su carácter. Habría de llamarle la atención sobre tal extremo a aquella mocosa.

Carounth rió con pésima intención, mirando de reojo a su jefe.

—Ten, Kulier —dijo Bassett, entregándole un paquetito que contenía el rollo de película impresionado en la fábrica—. Hay que, revelarlo enseguida para ver si ha salido bien. Bueno, ¿se puede hablar... delante de esta señorita? No me la has presentado, jefe.

—Ya sabes: Zenia, mi novia. Éste es Bassett, uno de mis colaboradores —murmuró el «boss» de mala gana—. ¿Y ha habido alguna dificultad para hacer el encargo, Rothman? ¿No desconfiarán si repetimos el ensayo?

Zenia, fumando tranquilamente, miraba a todos menos a Rothman, que seguía pálido, lleno de agitación ante la audacia de

su novia. Comenzaba ya a maldecir tal audacia al ver cómo aquel patán decía que Zenia era su novia con aquel aplomo. Un hombre como Kulier era seguro que no guardaría consideración alguna ni respeto por ella, y si no había pretendido aún llevar las cosas a ciertos extremos, para él muy naturales, no tardaría en hacerlo.

—No ha habido dificultad —replicó secamente el agente especial—. Pero lo que no me parece muy bien es el tener que entregar a Bassett la máquina ni recibirla de sus manos cada vez que se necesite. En una de éstas nos pescan y se acabó todo.

—¿Quiere usted decir que se debe prescindir de Bassett? —inquirió Kulier, arrugada la frente por el esfuerzo mental que estaba haciendo—. No me conviene por ahora, muchacho. Tengo más confianza en Bassett que en usted. Soy así de claro.

—Yo creo que Rothman tiene razón, querido —dijo Zenia suavemente—. Sí...

—¿Qué sabes tú de todo esto, nena? —interrumpió Kulier secamente—. Dile a Petra que nos traiga bebidas con hielo, y no te metas en lo que no entiendes.

Zenia se levantó, ofendida, y tocó un timbre en la pared. Volvió a sentarse, desdeñosa. Kulier la miró aturdidamente, pesaroso de haberla tratado así. Ella dijo después, en tono hiriente, helado:

—Lo sé tan bien como tú, Tim. Por lo que he oído, Bassett y Rothman toman fotografías de algo que está prohibido tomarlas, ¿no? Algo que está en una fábrica. Y tiene razón Rothman al decir que es imprudente entregarse uno a otro la máquina delante de vigilantes. Es trabajo para uno solo. Hay o no hay confianza. Rothman parece que lo ha hecho bien, y advierte honradamente dónde está el peligro, que yo también veo. Y te advierto, Tim querido, que no me asusta el pensar que tus negocios sean... extraños —añadió, riendo encantadoramente—. Solamente los idiotas son los que mueren de hambre, como yo. Pero gracias a ti...

Kulier, con la boca abierta, en clara actitud de estupidez, se la quedó mirando aun después que ella terminó de hablar. Bassett, Carounth y Rothman se miraron, sonriendo burlonamente. Petra entró, y Zenia la ordenó trajese licores y hielo, además de tabaco.

—Bueno, ¿qué dices tú a este discurso de la niña, Bassett? —murmuró al fin Kulier, sonriendo casi paternalmente—. Como pico, tiene lo suyo. Y que nos ha oído bien, la condenada —lanzó una

risotada llena de jocunda admiración por Zenia, que le contemplaba como si fuese un gozquecillo ladrador.

—Yo puedo decirle a Rothman lo que necesito, y, en efecto, sin necesidad de ir los dos a la sección de planos y sacar las fotos, con el peligro de que nos pesquen en una ocasión, él puede sacarlas. Todo depende que lo quiera hacer —añadió mirando torcidamente al agente especial—. Pero yo no cobraré menos por eso, desde luego. Soy el técnico, el que veo lo que conviene elegir y el que aprueba si Rothman hace bien las cosas.

Zenia estaba llenando las copas de «*whisky*» con trocitos de hielo. Cogió una de las copas y se la llevó a Bassett, que alargó la mano. Ella, con disimulo, sonriéndole hechiceramente, bebió un poco de la copa y se la entregó, mirándole con extraña expresión. Bassett palideció un poco, envolviéndola en una mirada fogosa. Y buscó el lado por dónde ella había bebido, apurando de un trago el licor.

Rothman había observado toda la maniobra, y lanzó a su novia una mirada furiosa. A su entender de enamorado, se estaba propasando Zenia en su papel.

—Dices bien —murmuró Kulier, recogiendo la opinión de Bassett, que no le hacía caso, entregado a devorar con la mirada a aquella muchacha que, al parecer, sentía por él cierta predilección—. Con tal de que Rothman lo haga bien... Yo soy claro, muchacho —se volvió hacia el agente especial—. Sabes que estás en nuestras manos, y sé que te conviene estar con nosotros. Pero los agentes del F. B. I.,

sois de la piel del diablo, y tengo entendido que por nada del mundo traicionáis a vuestro deber. Tú eres diferente, claro. Un delincuente común, un desfalcador perseguido por la Policía... ¿Qué opinas tú, Carounth? Yo haré lo que me dé la gana, pero quisiera saber si lo que me da la gana concordará con vuestra opinión.

—Jefe: yo creo que si Bassett le pide a Rothman un determinado plano o documento, es decir, la fotografía, y si Rothman la entrega, y si Bassett comprueba que es lo que pidió, la cosa no tiene malicia. Rothman cumple con su deber y debe tener nuestra confianza —dijo Carounth, con su lenguaje exento de delicadezas—. Pero si Rothman empieza a dar excusas, a sacar malas fotos y no nos

agrada lo que hace, ya sabes... —Hizo un gesto expresivo, llevándose una mano a la garganta, como si la fuese a dar un tajo.

—Yo no digo nada —farfulló agriamente Rothman, encogiéndose de hombros—. Lo que dice Carounth es lo positivo. Yo respondo con mis acciones. Si alguna vez veo que no se puede sacar lo que se quiere, se lo digo a Bassett, y esperamos la oportunidad. O puede intervenir él para comprobar lo que digo yo.

—La cosa está acordada —intervino en tono enérgico Zenia, tirando de Kulier para que se sentase a su lado, en un diván—. Bebe, querido. Estamos dando demasiadas vueltas a un asunto que no tiene dudas. Rothman hará lo que te interesa por ganarse el dinero y porque no le busques un conflicto, ya que es agente del

F. B. I.

¡Ya decía yo que tenía cara de ser agente especial! Los escogen guapos, elegantes y fuertes. Eres estupendo, Rothman —rió jubilosamente al ver la cara hosca de Kulier.

Rothman sonrió débilmente. Zenia estaba haciendo cosas extrañas. Quizá buscando gresca entre los hombres por culpa de ella, con sus coqueterías.

—Oye, rica —dijo Kulier, poniendo una de sus manazas sobre un brazo de la joven y mirándola, furiosamente—. No me da la gana que andes diciendo tonterías a mis hombres, ¿entendido? Tú no tienes que atender a nadie sino a mí, que te he sacado de la miseria y has comido caliente hoy gracias a mí, no a estos camaradas. Ellos tienen sus amigas, que les dicen majaderías; pero ¡tú a nadie se lo dirás sino a mí, y maldito si me hace falta que lo hagas delante de ellos! ¡Aquí, el que manda soy yo, y tú no vas a revolucionarme el cotarro!

Rothman apretó ambas manos sobre los brazos del sillón, conteniendo los deseos de aplastar a puñetazos aquella cara de bestia, que parecía querer devorar la de Zenia, que estaba impertérrita, sonriendo fríamente.

—Toda tu vida te acordarás de eso que me has dicho de que me has sacado de la miseria y que hoy he comido caliente gracias a ti, cerdo maldito —contestó con voz helada la joven, mirándole con desprecio—. Si yo me hubiese querido lanzar a cierta clase de vida antes de ahora, estaría casada con el vigésimo hijo del Agha Kan, idiota.

Rothman, Bassett y Carounth, a una, rompieron a reír estruendosamente, sin parar antes en la cólera de Kulier, que no sabía si sulfurarse más aún, pegando a aquella descarada, que le ponía en ridículo, o reírse con sus secuaces, tomándolo todo a broma. Y es que Zenia era mucho más lista que él, lo notaba a ojos vistas, y le dominaba en todos los terrenos. Incluso en el físico, porque había que ver qué llaves aplicaba, dejándole a uno inutilizado en absoluto...

Rió sin ganas, llevando la corriente a Zenia y a sus hombres. Y ella se levantó, alisándose la falda y mostrando parte de una de sus maravillosas piernas, más arriba de lo normal.

—¿Te vas? —preguntó con asombro Kulier, levantándose también—. Supongo que...

—¿Qué es por eso? No, querido, no. Tú nunca me ofenderás por mucho que me ladres, Es que tengo que hacer algunas cosas. He pasado todo el día contigo, y ya está bien. Mañana por la mañana me tienes de nuevo a tu lado.

—¡Pero la cena, el teatro, el *cabaret*...! —exclamó él, casi suplicante.

—Hoy, no. Me gusta dormir mucho, acostarme pronto un par de veces por semana. Puedes ir con esa Lucy... Yo voy a acaparar tu corazón, querido.

—¡Al demonio con Lucy y su asquerosa tía! —rugió Kulier, mirándola con enfado—. ¡Quédate, nena mía...!

Ella denegó con un gesto gracioso. Le tendió la mano y, volviéndose hacia Rothman, Bassett y Carounth, les arrojó un beso con la punta de los dedos. Kulier la siguió como un perrillo faldero, suplicándola no se fuese. Era un hombre realmente conquistado, feroz, pero también humilde, sin poderlo evitar.

Regresó a poco el «boss», huraño, torcido el gesto. Sacó de un bolsillo el rollo de película que le diera antes Bassett y lo guardó en un mueble alto, que abrió con una llave que llevaba en el bolsillo. Rothman, fingiendo indiferencia, le vio hacer aquello con gran interés.

—Bueno, chicos —dijo Kulier, después de sentarse y beber de un trago una copa de «*whisky*»—. ¿Hay algo de particular? Ese rollo, Carounth, lo revelarás mañana por la mañana y sacarás una buena ampliación. Yo sé la llevaré a... —Lanzó una mirada de

desconfianza a Rothman y calló—. Y usted, Rothman, ya sabe: en adelante Bassett le dirá qué es lo que quiere que se le dé. Usted lo busca, lo fotografía y nos lo trae.

—No es conveniente abusar, jefe —dijo el agente especial—, de las ocasiones para sacar copias o documentos. Sobre todo, si hay que hurtar copias de cálculos y despieces de piezas o aparatos, que no se pueden copiar allí y hay que traerlos. Pueden echarlos de menos, y ya está armado el lío.

—Es cierto —aseveró Bassett—. El que tengamos esa facilidad por Rothman no quiere decir que todos los archivos están a nuestra disposición.

—Eso a mí no me interesa —replicó abruptamente Kulier—. Yo lo que quiero es tener los datos y planos que me pidan los clientes, aunque ello lleve cierto tiempo, porque hay que ser prudentes. Bueno, entonces os podéis largar. No os necesito, sobre todo a usted, Rothman. No haga ostentación de dinero ni se meta en juergas que hagan sospechar a sus jefes del

F. B. I.

Es en lo que suelen caer todos aquellos que repentinamente se hacen ricos por medios... extraños —rió sardónicamente.

Rothman afirmó con un gesto. Y se despidió de aquellos hombres, saliendo a la calle seguidamente. Subió a su coche y pensó dónde iría, dónde podría estar Zenia para hablarla.

Bajó por Colorado Street, con dirección a Los Ángeles. Iría a casa de su novia. Seguramente le estaba esperando, y por eso no quiso quedarse con Kulier.

En South Park, dando la vuelta a Slauson Avenue, detuvo el coche. Y subió al piso de la casa número 125.

Le abrió ella, sonriéndole triunfalmente. Rothman no correspondió a aquella sonrisa. Estaba un tanto fastidiado con la conducta de Zenia con respecto a aquellos bandoleros. Demasiada coquetería, excesivos gestos procaces y zalemas, que les ponían nerviosos y podían lanzarles a cometer actos muy comprometidos para ella.

—Pasa, pasa, turco —exclamó la joven, aludiendo a los celos del joven—. Tenemos que charlar... ¡Gran día, Tom! ¡Los tenemos en el «saco», como diría ese bestia de Kulier!

—Todo eso está muy bien, querida —rezongó él cogiéndola de

un brazo mientras iban por el pasillo hacia el «*living room*», donde se sentaron—, pero me parece que haces las cosas, ciertas cosas, muy a lo vivo... ¡No puedo aguantar que ese animal te trate como si fueses su amiga!

—No te preocupes por eso —contestó riendo ella, y le besó en los labios, contenta de poderlo hacer con el hombre a quién verdaderamente amaba—. Hay que sacrificarse un poco cuando el fin es librar a nuestro país de unos enemigos solapados como éstos. Mira —se levantó y fue a un mueblecito, de donde sacó un rollo de film de muy pequeño tamaño—, he comprado algunos rollos de película iguales a los que emplea la cámara de Bassett. Cómo te van a confiar el que tú hagas las fotos de planos y documentos, hay que buscar un medio de que ellos no puedan hacer el uso que desean de esas copias. ¿Has pensado algo? En todo caso, entregarles las fotos veladas y que pase tiempo sin que tengan lo que desean. Mientras tanto nos habremos enterado quién se las compra.

—Kulier ha guardado en aquel mueble japonés del gabinete el rollo de las fotos obtenidas por Bassett —explicó Rothman como si no hubiera oído lo que decía su novia—. Habría que recuperarlo...

—¿Quieres que yo...? —insinuó Zenia contemplándole fijamente—. Esta noche saldrán todos, con seguridad, a divertirse.

—Te conoce la criada y no podrías hacerlo. Hay que ir a robarlo sin que nadie se entere. Un asalto a la villa, como un ladrón cualquiera. Y lo haré yo.

—Sí te sorprenden lo habrás perdido todo, tal vez incluso la vida —dijo reflexivamente la joven—. Y, sin embargo, ése sería el mejor medio de arrebatarles el rollo.

—He estudiado ya la forma de entrar y la disposición de algunas habitaciones. Por lo menos desde la entrada hasta el gabinete. Y no hay en la casa sino la criada, esa Petra, que no parece de mucho cuidado.

—Eso si no se queda Carounth o Bassett. O no se han llevado el rollo a otro lugar más seguro. Tal vez Kulier lo colocó en aquel mueble, de momento, pero no sabemos si tiene alguna caja de seguridad.

—Hay que intentarlo. Si lo cojo se armará un escándalo cuando noten la falta. Carounth, Bassett y Kulier se pelearán, echándose la culpa mutuamente —sonrió el agente especial, figurándose la

escena.

—Tengo otra idea mejor —murmuró Zenia, dándose cómicamente un golpe con la mano en la frente—. Es velar un rollo de éstos y dar el cambiazo por el que está allí, si lo encontramos. Bassett se llevará la culpa de haber velado las fotos.

—¡Estupendo! —exclamó Rothman cogiendo entre sus manos el bello rostro de Zenia y besándolo reiteradamente, entusiasmado—. ¡Qué sería de mí sin tu talento, mi bella Cleopatra!

—¡No me llames eso! —exclamó ella, torciendo el gesto—. Ese idiota de Kulier lo ha encontrado estupendo, pero yo lo he tomado antipatía.

—¿Y cuál es tu plan, si puede saberse, al comportarte de esa forma tan... poco decente con esos andrajosos? —inquirió Rothman arrugando el ceño—. No me gusta nada que les hagas esos arrumacos, te lo advierto. No lo creo necesario.

—Y lo que no has visto, querido —exclamó Zenia riendo burlonamente—. Pero debes tomarlo con paciencia, te lo aconsejo. Si una mujer hermosa, como yo; seductora, como yo, y lista, como yo —siguió en tono zumbón—, va a prescindir de sus mejores armas en una lucha como ésta, es porque es rematadamente tonta. Puedes creer que mi tierno corazón es todo tuyo, como lo son mis mejores pensamientos, aunque Kulier, Carounth y Bassett me tengan en sus brazos por turno...

—¡Zenia, eso sí que no! —rugió Rothman, rojo de ira—. ¡Eres una descarada, una impulsiva, una verdadera coqueta! Te apartaré de este asunto si no me prometes...

—Te advierto que llegaré hasta donde crea debo llegar, y no será para sentirme avergonzada, te lo aseguro —replicó la joven en tono decidido—. No seas majadero, querido.

Cenaron con las viandas que Zenia sacó de la nevera. Rothman no podía ocultar su disgusto por aquello que consideraba como excesivo en la forma de actuar de su novia. Pensaba que el sacar de sus casillas a aquellos hombres, una mujer sola, sin posibilidad de correr en su auxilio en un momento decisivo, era muy peligroso, no obstante reconocer el valor, la astucia y la fortaleza de Zenia. Un hombre de instintos bestiales, como Kulier, lanzado por instigación de una bella mujer, con sus arrumacos, a actuar bestialmente, era casi explosivo. Y Zenia no estaba dispuesta, al parecer, a apartarse

de su plan de conducta...

A las once, Rothman se levantó para marcharse. Ya había hablado con su novia de lo que iba a hacer por robar el rollo de film. Habían velado uno de los que compró ella, y se lo metió en el bolsillo. Era de la misma marca y características. Todo era dar el cambiazio y esperar la reacción de Kulier contra Bassett, por inepto.

En su «Pontiac» fue a poca velocidad, haciendo tiempo, hasta Colorado Street, en Pasadena. Dejó el coche algo distanciado de la «Villa Setos», y andando, muy bajada el ala del sombrero, se acercó a la mansión, junto a la verja de hierro. A través de la arboleda del jardín pudo ver el edificio, cuyos ventanales del piso inferior y el principal estaban sin luz alguna.

Para él no era un problema insoluble el franquear la baja tapia, en cuya parte superior había una verja de lanzas de hierro, unidas por barras, de una altura aproximada de cinco pies en total. Más bien era como puntos de apoyo para los pies. De unos cuantos brincos, entre subir y bajar, dejó atrás aquel obstáculo, caminando encorvado hacia la mansión por entre los macizos y los gruesos troncos de plátanos y pinos californianos, de ancha copa.

Llegó al porche. Estaba cerrado, naturalmente, pero tampoco aquello podía ser un obstáculo para él, que iba prevenido para tal contingencia. Y sacó de un bolsillo un estrecho estuche de cuero, del que tomó una llave maestra de templado acero, con varias nervaduras en el extremo. Un agente del

F. B. I.,

podía convertirse, en caso de necesidad, en un experto y bien dotado forzador de toda clase de cerraduras.

Un pequeño chasquido, después de maniobrar silenciosa y hábilmente, le indicó que la entrada a aquel edificio estaba libre para él.

El espléndido «*hall*», abarrotado de muebles lujosos y objetos artísticos, en abigarrada confusión, tenía las luces apagadas. La luz exterior, muy débil, procedente de la calle, ponía sombras y reflejos extraños. La gruesa alfombra amortiguaba totalmente el ruido de sus pasos, que se encaminaron hacia el gabinete que hacía de antedespacho de Kulier.

Recorrió el pasillo y llegó al gabinete, que olía a tabaco rubio y habano, a «*whisky*» todavía. El silencio era absoluto, y del piso

superior no llegaba rumor alguno de pasos o conversaciones.

El secreter donde guardó Kulier el rollo de film estaba en un rincón. Sobre él, un jarrón de Sèvres magnífico, blanco y azul, con flores. Por el ventanal que daba al exterior entraba una luz difusa, que parecía filtrarse por entre los gruesos cortinones, abiertos a los lados.

Era un mueble antiguo aquel secreter, y el agujero de su cerradura, grande. Una llave de buen tamaño hubo de emplear Kulier para abrirle. De muy antiguo modelo.

Rothman maniobró con otra llave maestra sobre la cerradura, hurgando silenciosamente durante unos minutos. No quiso encender su linterna «Master» por considerarlo inútil.

Tres minutos después bajaba la tapa del mueble con gran cuidado. Y entonces sí encendió la «Master», envolviendo el cristal de aumento en un blanco pañuelo que atenuó la luminosidad. Buscó con ágiles manos entre diferentes objetos, encontrando al fin el estuche de cartón que contenía el rollo de film fotográfico. No había más que aquél y se lo guardó en un bolsillo, lanzando un quedo suspiro de satisfacción.

Volvió a dejar cerrada la tapa del mueble y vio si la cerradura había sufrido algún deterioro en su parte exterior, causado por la llave maestra. No había tal. Comenzó entonces, apagada la linterna, a caminar hacia el «*hall*». Salió de la mansión, escurriéndose por el jardín como una sombra más, y al fin se halló al otro lado de la verja, en la calle.

El trabajo estaba hecho. Como lo hubiera verificado el más experto ladrón de domicilios. Para Kulier, de más funestos resultados que si le hubiesen robado todos sus artísticos objetos almacenados en la mansión.

Eran algo más de las doce de la noche cuando el agente especial encerraba su «Pontiac» en el garaje del edificio donde vivía, en el 341 de Compton Avenue, cerca del Aeropuerto Central.

Ya en la cama, lleno de alegría, telefoneó a Zenia, comunicándole haber dado el golpe con completo éxito.

PADRE:

No consientas que tu hijo vea cuadernos propios para chicas.

COMPRALE

AVENTURAS DEL F. B. I.

ENCANTARA A TUS HIJOS

V



ECOGIÓ Zenia, antes de las nueve de la mañana del siguiente día, su viejo coche, ya arreglado, y como una flecha se dirigió a Colorado Street, a la hermosa «Villa Setos».

Petra le abrió la puerta con cierto asombro y desdén, dado lo temprano de la hora.

—El señor está durmiendo —dijo apartándose a un lado para dejarla pasar.

—¡Ah! ¿Y Carounth? —exclamó ella, indecisa.

—También. Vinieron a más de las cuatro de la madrugada.

—Bien, bien. Volveré dentro de un rato. Sí pregunta por mí su señor dígame que vendré a las once.

Volvió al coche y lentamente fue paseando por las hermosas

avenidas de Pasadena, cuajadas de villas y hoteles las colinas que dominaban la ciudad de Los Ángeles, a la derecha. Desde allí se divisaba la línea fosforescente del Pacífico, en el horizonte anchuroso, sin fin.

En Altadena se bajó del «Dodge» frente a un quiosco, rodeado de mesitas y sillas, donde ya había varias personas desayunando. Ella pidió unos bocadillos de salchichas fritas y café con leche. Era aquél un lugar maravilloso, por lo agreste, en medio de una gran floresta por dónde discurrían varios arroyos. Al otro lado, un «*camping*» de «*boy-scouts*» extendía sus blancas tiendas de campaña, bien alineadas, teniendo en el centro el alto mástil donde ondeaba la bandera nacional.

A las diez y media abandonó aquel rincón tan grato y subió al viejo y rechinante «Dodge», bajando hacia Pasadena a moderada velocidad, por la ondulante carretera.

Eran las once y cinco cuando volvió a llamar a la puerta del porche. Petra sonrió al abrirle.

—Ya están levantados. Ha preguntado por usted...

—¡Zenía! —gritó Kulier apareciendo en el «*hall*», sonriente, ya vestido para salir—. Has madrugado mucho, ¿eh? Pasa y desayuna conmigo. Ven... encanto.

Hizo intento de besarla, pero la joven le miró severamente y, como un colegial cogido en falta, se contuvo él.

—Ya lo hice. Me has obligado a estar por ahí dando vueltas para hacer tiempo. ¿Te parece bien, con los deseos que tenía de verte? Tú roncando como un... no sé qué, y yo esperando, impaciente...

—¿Por qué no pasaste, cariño? Todo esto es tuyo, bien lo sabes. Oye; ¿no tienes en tú guardarropas más que trajes sastre? —La miró admirativamente, devorándola con los lascivos ojos—. Esta misma mañana te encargas todo lo que necesites, ya lo sabes. Y de lo bueno.

—Gracias. ¿Y Carounth?

—Desayunando. Después revelará el rollo que trajo Bassett, sacando ampliaciones para... para eso, vamos —sonrió torpemente—. Bueno, pasa, ya que no quieres desayunar. Me harás compañía y luego iremos a Los Ángeles.

Pasaron al comedor, una gran pieza donde los muebles Tudor, parecían como rascacielos de nogal, plata y marquetería. Zenia lo

admiró, sonriendo, sentándose al lado de Kulier, ante la enorme mesa, donde había profusión de fuentes con manjares, frutas, pastas, emparedados. Petra, silenciosamente, le sirvió. El devoraba glotonamente, como si hiciese muchas horas que no se alimentase.

—¿Está Peter en el laboratorio? —preguntó él a la sirvienta.

—Sí, señor. Ya ha desayunado.

Zenia sentía cómo latía su corazón desacompañadamente, corriéndole helados estremecimientos por la espalda. Carounth estaba en el laboratorio, revelando el rollo de películas...

—Esta noche no te escapas sin venir conmigo, reina —dijo Kulier con la boca llena, masticando groseramente—. Lo pasé aburrido sin ti... Quiero que te admiren esos idiotas de los estudios que creían que eres una muerta de hambre y te ibas a doblegar a sus deseos. Ya verán cuando lleves un vestido como los que tiene la Sheridan o la Fontaine. Y joyas de verdad, de las que valen miles y miles... Por supuesto, ese «Dodge» ya lo puedes tirar, ¿eh? ¿Quieres un «Lincoln» o un...?

Se volvió al sentir pasos. Zenia también se volvió, muy pálida. Eran pasos precipitados de hombre y como una sarta de maldiciones en continuada catarata.

Carounth, en la puerta, iba acercándose lentamente. Llevaba colgando de una mano una estrecha cinta, que goteaba, negra.

—¿Qué hay? —inquirió Kulier—. ¿Es la película?

Carounth se acercó más aún y se la puso casi en la cara, exclamando roncamente:

—¡Está velada! ¡Como si no se hubiera hecho el trabajo!

Kulier se levantó aguadamente, gris su rostro, contraído por la rabia. Cogió la película y la examinó a todo lo largo. Estaba casi blanca. La tiró al suelo y se encaró con su segundo, mirándole fijamente:

—¿No has sido tú, Peter? Te conozco y no sé si habrás sido tú el que has puesto ese rollo velado, quedándote con el que tiene las fotos...

—¡Maldito seas, Tim, con tus desconfianzas! —exclamó Carounth palideciendo, apretados los puños con rabia—. ¿Por qué no me pruebas eso que dices, en vez de soltar majaderías? ¿No habrá sido Bassett, o ese Rothman? ¿O un simple accidente al cargarla?

Zenia se acercó a los hombres, que, muy juntos, mirándose con ferocidad, parecía que fuesen a pelearse. Con las manos sobre las caderas y sonriendo cínicamente, dijo con voz tranquila, sarcástica:

—El que menos interés puede tener en traicionarnos será Rothman, me figuro yo... Si le tenéis bien cogido y le dais mucho dinero, ¿para qué os va a engañar? En cambio tú, Carounth, y Bassett, sí podéis desligaros de Tim y vender por vuestra cuenta esas fotografías...

Kulier la miró con cierto asombro. En su mente obtusa penetraban las ideas lentamente, tras de rumiarlas laboriosamente. Pero una vez admitidas, se atornillaban férreamente en su cerebro, sin poder humano que le hiciese rectificar. Zenia había sembrado ya la desconfianza en él contra sus dos acólitos.

—¡Tú qué sabes de esto, idiota! —exclamó Carounth dándole un empujón mientras la fulminaba con la mirada—. ¡Yo no he hecho sino intentar revelar ese rollo y he visto que está velado!

Zenia se rehízo, y, sin dejar de sonreír, puso una de sus pequeñas y bellas manos sobre la parte posterior del cuello de Carounth. Apretó y el hombre lanzó un grito de dolor, tratando de librarse de aquella tenaza que parecía iba a romperle la nuca. Cayó de rodillas, vociferando y golpeando al aire con sus puños, sin alcanzar a la joven.

Kulier parecía estar atontado. Todavía no entraba en su cabeza que Carounth pudiese haber hecho aquello que insinuaba Zenia con tanta astucia. Pero, al fin, reaccionó. Muy pálido, sacó lentamente una pistola del bolsillo trasero del pantalón. La amartilló rápidamente...

Zenia, como si estuviese jugando con un niño, tenía inutilizado a Carounth que gritaba cada vez más, revolcándose por el suelo, intentando librarse de aquella terrible presión sobre su nuca.

—Déjalo, tú —ordenó Tim a la joven.

Un brillo siniestro tenía sus ojos, y el cañón de su pistola, esgrimida firmemente, iba siguiendo los movimientos de la cabeza de Carounth. Ella obedeció y dio varios pasos atrás, expectante.

Carounth quedó sentado en el suelo, con una mano sobre la nuca, jadeando.

—Has hecho eso, ¿verdad? —murmuró sordamente Kulier—. Has sido tú, en connivencia con Bassett. Luego, con decirme que se

han velado, tan contentos los dos... Como si todos los días se pudieran coger los planos para sacar de ellos las fotos. Vosotros los vendéis y yo... mirando al techo. ¡Canallas!

—¡Mentira! Nunca te he traicionado, bien lo sabes —gritó Carounth, pálido de miedo, mirando la pistola de Kulier con gran atención—. Esa lagarta lo que pretende es que nos liquides para...

—¿Para qué, imbécil? —dijo Zenia riendo—. ¿Qué gano yo con que Tim no te quiera a su lado? Lo que ocurre es que te has pasado de listo, seguramente. Tiene razón Tim. Vosotros dos podéis quedaros con las fotos y fingir que se han velado los rollos. Ten cuidado, querido —se dirigió a Kulier, que miraba a uno y otro con gran atención. Éstos quieren prescindir de ti...

Kulier lanzó un bramido de rabia y le dio un terrible puntapié a Carounth en el pecho, tumbándole cuan largo era.

—¡Vete! —gritó a Zenia—. ¡Lárgate de aquí y no vengas hasta que te lo diga!

La joven obedeció, y lentamente salió del comedor. Carounth estaba medio desvanecido, sin poder respirar apenas.

Kulier, ya sólo con él, le propinó otro tremendo patadón en el vientre. Carounth se encogió, lanzando un terrible grito de dolor.

Zenia asomó la cabeza por la rendija de la puerta.

—No le mates, Tim —le dijo en tono suplicante—. Espera a ver si es cierto eso. Tienes que interrogar a Bassett...

—¡Fuera! —rugió Tim, lanzándose hacia la puerta, enloquecido ya por el deseo de vengar lo que creía era una traición de sus secuaces—. ¡Éste no se burlará ya más de mí! ¡Vete de aquí, te digo!

Carounth se estaba deslizando trabajosamente hacia la mesa, mientras discutían Tim y Zenia. Estiró un brazo y tomó de sobre la mesa un cuchillo trinchante, que esgrimió. Se puso de rodillas. Zenia y Tim luchaban, intentando él echarla del comedor.

Silbó el cuchillo, lanzado por Carounth, cuando Tim se volvió un instante. La acerada hoja se le clavó en la espalda, haciéndole lanzar un rugido de dolor y rabia.

Zenia lanzó a su vez un grito de espanto cuando Tim disparó dos veces su pistola sobre Carounth, que estaba arrodillado. Y las dos balas se incrustaron en la cabeza del segundo de Tim, que cayó hacia atrás con enorme violencia, impulsado por la fuerza de los proyectiles del calibre 38.

Zenia sujetó a Kulier, cuya espalda estaba cubierta de sangre. Se había arrancado el cuchillo de trinchar, que arrojó con furia al suelo.

—¡Déjame que te mire! ¡Te vas a desangrar! —exclamó la joven, y le empujó hacia un sillón, colocándole de bruces contra el respaldo. Le quitó la americana prestamente, mientras jadeaba él, rasgándole después la camisa.

—No temas, querido —le dijo, examinándole la herida, de la que manaba la sangre abundantemente—. No parece profunda... —Fue a la mesa y cogió una jarra de agua, empapando la camisa y aplicándosela como compresa.

Petra apareció en el umbral de la puerta, aterrada. Lanzó un grito de horror al ver el cadáver de Carounth, con un ojo saltado por una bala, y la sangre que brotaba de la espalda de Tim.

—¡Váyase! —gritó Kulier—. ¡Traiga gasas y algodón del cuarto de baño! ¿Es profunda la herida, cariño? El caso es que respiro bastante bien —hizo varias hondas aspiraciones, ensanchando su enorme pecho.

—No ha sido mucho —replicó Zenia apretando el tapón contra la herida—. El peso del cuchillo y el escaso impulso que llevaba no permitió que se clavase profundamente. ¿Tienes algún desinfectante? ¿Quieres que se llame a un médico?

—Telefonea al doctor Mulder, Cary Mulder, de Vernon Avenue. Ya otra vez...

Zenia corrió al teléfono, en el despacho de Tim. Buscó en la guía y llamó al doctor Mulder. Después colgó y llamó a la Corona Aircraft. En voz queda, mirando hacia la puerta, que había cerrado, pidió al empleado que avisase a Rothman.

—Querido, todo ha salido estupendamente —le dijo con voz suave, queda—. Kulier acaba de matar a Carounth, sospechando que éste hubiese velado el rollo. Tim está herido en la espalda, de una cochinada, pero no es grave.

—¡Por Dios, Zenia! —exclamó Rothman con acento asustado. ¿Les lanzaste al uno contra el otro?

—No... —repuso ella en todo inocente—. Solamente dije que Carounth y Bassett podían estar de acuerdo para engañar a Tim. Bien, querido mío, te dejo. No digas nada a Bassett de esto, ¿eh? Ven tú luego, cuando salgas de ahí.

Colgó y fue rápidamente al comedor. Petra estaba aplicando compresas de gasa, con yodo, sobre la espalda de Tim, que bramaba de dolor...

—Enseguida viene Mulder, querido mío —dijo tomando de las manos de la criada las gasas y el frasco—. Vámonos de aquí. Ese cadáver horrible...

Ayudó a Tim a salir del comedor, llevándole al gabinete. Lo tendió, boca abajo, sobre un diván, y siguió curándole.

—No es casi nada —murmuró examinándole la herida—. Lo que más me preocupa es el cadáver de Carounth, Tim. Le has asesinado...

—Me atacó él —rezongó Kulier en tono despreocupado—. Dame un cigarrillo.

—¿Podrás sacarle de aquí sin llamar la atención? Si la Policía se entera... ¿Es de confianza Petra?

—Sí. Es hermana de un «gángster» que murió a manos de la Policía. No dirá nada. Esta noche, después de curado, le dejaré en cualquier sitio, o en la playa. No te preocupes por eso, Ahora falta Bassett... —terminó con voz llena de rencor.

—No te conviene hacer con él lo que has hecho con Carounth —reflexionó Zenia—. Aunque él seguramente es quien ha organizado la conjura contra ti para dejarte sin participación en el negocio. Es listo y como sabe que el técnico es él y está en la fábrica...

—¿Y crees que no podría suplirle mejor aún, para mi negocio, Rothman? —replicó Tim despectivamente—. Claro que sí. Rothman tiene todas las puertas abiertas allí y porque tenga los planos en las manos nadie desconfiará de él.

—Eso sí es verdad —murmuró sonriendo extrañamente Zenia—. Lo que no sabemos es si tú puedes fiarte de nosotros. Yo ni siquiera sé a quiénes vendes las copias de los planos y los datos. No te fías de mí. No creas que me importa. Menos responsabilidad tendré.

—Cariño, ya sabrás todo a su tiempo. Del que no me fío aún es de Rothman. Los malditos agentes del

F. B. I.,

son de mucho cuidado. Creo que aprenden disimulo en una academia, como los cómicos a fuerza de ensayar y representar. Ahora lo que me preocupa es lo que hace Bassett y si podría prescindir, a mí manera, de él para encargarle a Rothman del

trabajo en la fábrica.

Zenia se sentó a su lado, zalamera, y la sirvió una copa de «whisky» y cigarrillos, conversando con él animadamente.

Un rato después penetró en el gabinete el doctor Mulder, portando un maletín. Era un hombre alto, de rostro enrojecido por la bebida, alto y esquelético. Rió socarronamente al sentarse al lado de Kulier y abrir el maletín, sacando algunos instrumentos quirúrgicos, paquetes de algodones y gasas y frascos.

—¿Otra aventurita, Kulier? —dijo, mientras se inclinaba para mirar la herida de la espalda del «boss»—. Bueno, esto es un rasguño nada más. Tendrá más importancia cuando le sienten en la silla esa... —rió maquiavélicamente.

—¡Váyase al mismísimo diablo! —exclamó Kulier, amenazándole con un puño cerrado—. Siempre suelta la misma broma. Ahora, que usted no se va a quedar muy lejos de donde yo vaya, amigo.

—¿Quién le ha hecho esta caricia, Kulier? —Inquirió Mulder, en tanto vendaba la espalda y el pecho del «boss», sujetando el tapón en la espalda.

—Su tía. ¿Se infectará esto? Me lo han hecho con un cuchillo de trinchar.

—No. Le conviene estar quieto un par de días, hasta que cicatrice la herida. ¿No habrá sido esta niña...? —contempló a Zenia de pies a cabeza, haciéndole un guiño expresivo. Ella sonrió despectivamente.

—Deje en paz a la chica, moscón. ¿Está ya todo arreglado? Pues lárguese y no ande haciendo el tonto. Y a callar, ¿eh? Le pago para que me asista y esté con los labios cosidos.

—Ya lo sé, hombre. Pero esta vez le voy a cobrar más caro, Kulier —repuso Mulder, sonriendo aviesamente—. Petra no pudo evitar que yo pasase por el comedor, y he visto al amigo Carounth durmiendo como un bendito... Dos buenos balazos, Kulier... Yo apreciaba a Carounth, diablos. Ha hecho un desatino al liquidarlo. ¿Se enamoró de este querubín?

—¡Le digo que se marche, Mulder! —tronó Kulier no muy enfadado. Le agradaba íntimamente que Zenia fuese admirada, siempre que tal admiración no llegase al punto de hacerle sentir celos—. Esta chica es mía. ¿Le parece estupenda? Y lo es, vaya si lo

es. ¡Pues es mía, mía! Ahora, se fastidia y sale de aquí callandito. ¿Cuánto es lo que tengo que darle?

—Quinientos. No he tenido la culpa de saber su secreto, Kulier. Pero seré como una tumba, ya lo sabe. Siempre me ha tenido a su disposición.

—Quinientos... —exclamó Kulier, silbando después admirativamente—. ¡Qué maldita sanguijuela, y cómo se vale de ciertas cosas! Eso es chantaje, viejo tuno.

—Eso es servir fielmente a buenos amigos, poderosos, que ganan los miles como quieren —refutó, riendo, el médico, cerrando el maletín—. ¿Y cómo se las va a componer para sacar de aquí al amigo Carounth? Yo puedo ayudarle, si le hace falta...

—Para tenerme más agarrado todavía, ¿no? Y cobrarme mil o dos mil...

—Tres mil. Vengo por él en una ambulancia, con un ayudante, y nos lo llevamos. No tiene que preocuparse de nada más que de darme los tres mil. ¿Hace?

—¡Vampiro! ¿Qué te parece, Zenia? ¡Resulta que el «boss» es él en vez de yo...! —exclamó sarcásticamente Kulier—. Se me lleva todas las ganancias.

—Que se lo lleve, querido. Así no tendrás que temer a la Policía. Además, si ahora le dices a Mulder que no, es seguro que te la guarda y se vengaría.

—¡Oiga, niña, es usted muy lista! —murmuró el médico, mirándola rencorosamente—. Yo siempre he servido bien a Kulier, y no iba a ser tan idiota que le hiciese una mala faena para perderme un cliente como él. Si no quiere que le libre de Carounth, mejor para mí. Tal vez la Policía le pesque...

—Amenazando ya, ¿eh? —contestó Zenia, sonriendo burlonamente—. Te aconsejo encargues de eso a éste buen amigo, Tim, y le des lo que pide. Y conste que a mí no me engaña, doctor, en... zorrería.

Gruñó afirmativamente Kulier, encantado de que Zenia pensase por él.

—Dentro de una hora vendrán dos hombres con un coche-ambulancia. Penetrarán en el jardín, ante la puerta. No se preocupe de más, Kulier. Vengan los tres mil quinientos, y tan amigos.

—Tráeme la cartera de mi americana, Zenia —dijo Kulier con

tranquilidad.

Ella fue al comedor y registró la cartera rápidamente, con manos ágiles, experimentadas. Estaba repleta de billetes y había algunas notas que no parecían de interés. Regresó y se la entregó al «boss». Éste contó el dinero y se lo entregó al médico.

Cuando hubo salido del gabinete, Kulier sonrió extrañamente a Zenia.

—En cuanto tenga otro médico, a éste le daré un recadito... Cada vez es más exigente y mandón. Me parece que voy a reformar totalmente mí «gang», encanto —la cogió una de las manos y se la besó, sonriéndola cariñosamente—. Tú vales más de lo que parece. Si me quisieras un poco, yo no tendría secretos para ti. Entre tú, Rothman y yo podríamos marchar de perlas. Pero no me quieres, y no habiendo cariño no puede haber entera confianza, pensamientos iguales y lealtad. Quizá, no andas buscando más que mi dinero, el lujo que te pueda proporcionar —su acento era casi suplicante, dolorido—, como tantas otras...

—Piensa lo que creas, Tim —ella se inclinó y le besó, cerrados los ojos como quién se ve obligado a tomar un desagradable purgante—. Solamente te diré que cuando te vi antes, con la espalda llena de sangre, sin saber si la herida te iba a causar la muerte, sentí algo muy extraño, muy doloroso, en el corazón. Y me culpé de no haberte querido como te mereces, porque estás siendo muy bueno conmigo. No soy una de tantas, Tim querido. Ya lo verás como no.

—¡Zenia, tú me vuelves loco con tu pico de oro! —murmuró él contemplándola apasionadamente—. ¿Crees que me merezco que me quieras más? ¡Pues dame otro beso! Y cuando esté bueno... ¡pídeme lo que quieras!

—Y tú también a mí, querido oso —contestó ella, besándole largamente en los labios—. Que no haya entre nosotros sino amor y lealtad. Sé que eres un hermoso bandolero —rió, dándole un cachete cariñoso—; pero yo quiero al hombre bravo, que se juega la vida por su amor. ¡Te ayudaré y obligaremos a Rothman a qué nos ayude! Ése no me engañará, te lo aseguro, por muy agente del F. B. I.,

que sea. Le daremos lo que quiera, pero que nos sirva lealmente.

—¡Eso, eso...! —exclamó Kulier con entusiasmo—. En cuanto le

hagas cuatro gestos como tú sabes, hasta lo hace gratis —lanzó una risotada grosera—. Pero, ojito, cariño, con permitirle pasar de la raya...

—Si tienes que prescindir de Bassett —dijo después Zenia, pasándole una mano por la sudorosa cabeza, alisándole la pelambrera, que olía a perfume caro femenino—, ¿podrás atender bien a todo el negocio? Me refiero a que no será solamente en la Corona Aircraft donde tengas destacadas gentes que te sirvan...

—Hace solamente tres meses que he empezado con estos asuntos —contestó Kulier, sonriendo—. No te lo digo, no... Tú eres una pájara, que quieres mandar más que yo. No tengo más personal a mis órdenes que Bassett; tenía a ese perro de Carounth, y ahora a ti y a Rothman. Empezamos por la Corona, y como los pedidos me llueven, ampliaré la sociedad. No podía sacar nada de la Corona, porque Rothman vigilaba bien. Carounth le vio un día salir de la fábrica y recordó que es un desfalcador, que muy hábilmente se había metido en el

F. B. I.,

para regenerarse. El muy idiota...

Zenia siguió acariciándole, mientras le contemplaba pensativamente, fruncido el ceño. Aquel hombre, en sus manos, era como una criatura perversa, de instintos primarios, pero blando, muy blando, casi rendido a su belleza e inteligencia. Le parecía inconcebible que su pobre Tom pudiese estar en trance tan terrible por culpa de aquel bestia, incapaz de un claro raciocinio, solamente peligroso por su marrullería de hombre absolutamente entregado a la práctica del mal y a las reacciones criminales...

—¿Tienes buenas pruebas para meter en la cárcel a Rothman si pretende desobedecerte? No bastaría solamente con decir que ha sido un desfalcador, sino que habría que probarlo. Si Carounth ha muerto, que era el que le conocía...

—Tengo una declaración escrita de Carounth, con toda clase de datos sobre su conocimiento de Rothman en el Ejército cuando era Daniel Homer y un día se presentó como Rothman ante el Estado Mayor de una unidad, en el frente, después de dársele como desaparecido o prisionero de los alemanes. Y la condena en rebeldía, en Texas, por desfalco al Banco de Houston. Hasta pudiera ser que lo llevase a la silla, como asesino del verdadero Rothman.

Lo tengo bien cogido, no creas. Ese secreter chino guarda buenas cosas —terminó, riendo alegremente.

Zenia contempló el mueble largamente, sin dejar de acariciar la pelambrera rubia, casi albina, de aquel aventurero sin escrúpulos. Si bajase la mano ella, hasta llegar a la nuca, suavemente, y después apretase más y más en un huesecillo, al comienzo de la espina dorsal, sonaría un poco y Kulier doblaría la cabeza como un conejo a quién se desnucaba, dándole con el filo de la mano detrás de las orejas.

Pero en la sombra había otra u otras personas, a quienes Kulier entregaría los documentos secretos, pagándoselos a precios fantásticos. No bastaba aniquilar a Kulier, sino que había que hacer lo mismo con quienes se entendían con él. Seguramente extranjeros al servicio de espionaje de otras naciones.

VI



OR la tarde, pasadas las ocho, llegaron a la Villa Setos, Bassett y Rothman, que comían en la fábrica, como casi todos los obreros y empleados.

Kulier no se había acostado. Su poderosa naturaleza apenas si se había resentido con la cuchillada recibida de manos de Carounth. Por otra parte, sus nervios excitados no le hubieran permitido estar quieto. En su mente obtusa danzaban ideas llenas de deseos, de venganza contra Bassett, a quién consideraba, como consideró a Carounth, un traidor y un ambicioso, que deseaba prescindir de él en el negocio de la venta de secretos militares a potencias extranjeras.

Se levantó cuando vio entrar en el gabinete a los dos hombres. Bassett nada sabía de lo ocurrido. Por ello, su rostro expresaba

satisfacción, y guiñó un ojo, maliciosamente, a Zenia, al verla. Ella le había dado pie para que pensase que sin tardar mucho podrían ser buenos amigos, burlando al bestial «boss» ambos. Rothman, puesto en antecedentes por Zenia, disimulaba perfectamente su preocupación, por lo que pudiera pasar en adelante, no a él, sino a su novia, aquella espléndida mujer, tan bella como astuta e inteligente. Obtenía cosas Zenia que jamás un agente especial podría conseguir, por muy astuto que fuese. ¿Cómo el

F. B. I.,

no emplearía mujeres en sus servicios?

Kulier, muy abierto de piernas, en pie, contempló a Bassett y a Rothman como si fuesen dos pigmeos. Cruzado de brazos, imponente, el ceño muy arrugado y los ojos verdes con un ribete sanguinolento, parecía que de un momento a otro fuese a lanzarse sobre ellos, destrozándolos con sus solos puños.

—¿Qué hay, jefe? —inquirió Bassett, sentándose despreocupadamente en un sillón, aunque sin quitar ojo de aquel bestia, a quién veía presa de sorda irritación.

—Coge aquel film que está encima del secreter, Bassett —dijo roncamente Kulier, sin moverse, en la misma postura. Míralo bien, y dime qué ha pasado en él... Míralo, míralo...

Bassett se levantó y fue al mueble, cogiendo el film velado. Lo miró rápidamente y palideció densamente. Quedó mudo, baja la vista, como pensativo.

—¿Lo veló Carounth? —preguntó después, dejando la cinta de celuloide sobre el secreter, encogiéndose de hombros—. Eso cae fuera de mi jurisdicción, jefe. Habrá que repetir el trabajo...

—Lo hará usted, sin mi ayuda —murmuró Rothman en tono incisivo—. Para que nos pesquen a los dos y el negocio se estropee, ¿no? No hay derecho, jefe, a que alguien sea tan bestia que...

—¡Calle, Rothman! —rugió Kulier, haciendo un ademán con la cabeza para imponerle silencio—. Este asunto es entre Bassett y yo. Usted ya cumplió y no tengo nada en contra suya. Es el amigo Bassett, mi buen colaborador, que dice que cae fuera de su jurisdicción el que el film esté velado... Mi querido y agradecido Bassett, a quién saqué de la cárcel pagando a un abogado diez mil dólares. El que me dijo que me serviría sin cobrarme nada, por estarme tan agradecido... El buen Bassett, tan listo, tan listo... —

Sonreía de una manera escalofriante Kulier, contemplando cara a cara a Bassett, que fumaba nerviosamente, sin comprender una palabra de la conducta de su jefe.

—¡Basta ya, Kulier! —gritó al fin, pálido de ira e indignación, arrojando violentamente el cigarrillo al suelo—. Di lo que piensas de una vez y así sabré por qué hablas de forma tan idiota, ¿crees que yo he velado ese film?

—Al menos eso es lo que me ha dicho Carounth. Lo ha confesado así. Para vender por vuestra cuenta los films, ofreciéndome a mí los velados fortuitamente... —contestó Kulier suavemente, ampliándose su sonrisa sarcástica—. Muy listos, Bassett, muy listos...

Zenia y Rothman se miraron durante un segundo. Ella sonrió zumbonamente al ver cómo sus planes para la destrucción de aquella banda salían perfectos en su ejecución.

—¿Qué ha dicho eso Carounth? —exclamó Bassett, abriendo ojos y boca con gran asombro—. ¿Qué yo he hecho tal cosa para vender los films, engañándote? ¡Dile a Carounth que venga, hombre! —gritó, rojo de ira—. ¡Eso lo hará él, pero no yo! ¡Carounth, granuja, ven aquí! ¡Vas a repetir eso!

Y fue a salir del gabinete en busca del que fuera su compañero, pero Kulier le gritó roncamente:

—¡No te molestes, tú! Peter ha salido de aquí... para siempre, y con los pies por delante. Ven, ven y modera tu comicidad. No me vas a engañar, descuida.

Bassett miró con asombro y terror a Kulier, y después a Zenia, que avanzó dos pasos y colocó su diestra sobre un hombro de Kulier, diciendo en tono persuasivo, muy suave:

—Te tiene más cuenta cantar claro, Bassett. Eso que intentabais hacer con el pobre Tim es completamente canallesco. Ya sabes cómo es Tim... Mejor que yo, por supuesto. Un bendito; pero hace bien en no consentir que se le traicione ni se rían de él. Es mucho hombre para eso...

Kulier se esponjó como un pavo real, ensanchando su ya enorme pecho. Su inmensa vanidad de hombre conquistador de mujeres y el que se le tuviese por un justiciero autoritario le llenaba de orgullo. Zenia había sabido, una vez más, metérselo en un bolsillo, lanzándolo contra el alelado Bassett, que cada vez comprendía

menos aquella hostilidad hacia él.

Rothman, en su papel oscuro de espectador, contemplaba a los tres con inquietud. Zenia estaba jugando con fuego, como siempre, pero sabría apagarlo si se veía amenazada por las llamas. Kulier era como un rinoceronte a quién se le pusiese delante un espantajo; se lanzaba sobre él ciegamente, sin reflexionar, cosa imposible en él. Y Bassett, frío habitualmente, calculador, capaz de perpetrar cualquier acción, por criminal que fuese, estaba ahora francamente desorientado y atemorizado.

—Mira, Kulier, yo no he velado ese film ni sé una palabra de todo eso que dices —murmuró Bassett en tono tranquilo, yendo a colocarse, prudentemente, lejos de Kulier—. Si has eliminado a Carounth porque creías que te traicionaba, allá tú. Yo creo que no lo ha hecho. Pero mucho menos lo he hecho yo. Y tú, Zenia, guárdate tus sospechas, porque lo haces por halagar al jefe solamente. ¡Qué sabes tú de nuestros asuntos para juzgar así como lo haces!

—Lo sabe todo. Y te digo que tú o Carounth estabais engañándome, o los dos, puestos de acuerdo. Ese film velado puede ser o no puede ser el que empleaste para sacar las fotos del plano. Yo qué sé... —replicó Kulier, encogiéndose de hombros—. Lo que sí sé es que vas a seguir el mismo camino que tu compañero de traición. No puedo tenerte a mi lado para que me asesines por la espalda, como lo intentó Carounth. Puedes denunciarme, pretender engañarme de nuevo... Y tampoco te voy a dejar marchar con las manos en los bolsillos. Confiesa, Bassett, y tal vez...

El ingeniero sorprendió a todos cuando en su mano, mediante un movimiento agilísimo de la mano al bolsillo trasero del pantalón, apareció una pistola de pequeño calibre. Sonrió cruelmente, dando dos pasos atrás, hasta colocarse delante del ventanal, dando la espalda al exterior.

—Voy comprendiendo ya... Has encontrado a esos dos tipos —señaló a Zenia y a Rothman— que te han ofrecido suplirnos a Carounth y a mí, y así te ahorras mucho dinero, ¿verdad? Rothman está en inmejorables condiciones para facilitarte lo que quieras de la fábrica, y esa... lo que sea, para sacarte las ganancias, halagando tu vanidad. Confiesa tú que eso es lo que quieres, no que Carounth ni yo te hayamos hecho traición. ¡Pues intenta eliminarme como

dices has hecho con el compañero! ¡Muévete, Kulier, imbécil! ¡Y tú, condenada intrigante!

Kulier, inmóvil, estaba tratando de digerir la perorata de Bassett. Y se volvió hacia Zenia, en muda interrogación, como si quisiera preguntarle si habría de cierto algo referente a ella, que pretendía lanzarle a la eliminación de Bassett para quedarse como dueña absoluta de él, en unión de Rothman.

—Palabras, palabras, Bassett —murmuró desdeñosamente Zenia, apoyándose ahora lánguidamente en un hombro de Kulier. Rothman apretó los puños con rabia. No veía la necesidad de que su novia hiciese aquellas falsas demostraciones, tan equívocas, que le sacaban de quicio—. Tim no es tonto y sabe que esa misma actitud que has adoptado, de amenazarnos de muerte, es porque te reconoces culpable. Pero, mira, yo voy a mediar, si me lo permite Tim...

Éste asintió con un gesto de incompreensión. Pero Zenia era para él como un genio indiscutible, en cuanto a inteligencia y astucia, y ya nunca sabría mover un dedo sin buscar la aprobación de ella.

—Deja esa arma, Bassett. Tim sospecha de ti, es cierto, pero no tiene la absoluta seguridad de que le traicionas, ni yo tampoco. Carounth presentó el film velado, y esto le extrañó a Tim, naturalmente. Tu compañero, fuese porque era culpable o por miedo, le tiró un cuchillo a Tim, y éste le mató de un tiro. Te concedemos un margen de confianza para que tengas ocasión de sacar una nueva fotografía y traerla, pero sin estar velada, ¿eh? Cuando Rothman lo crea posible, repetís el golpe. Y me dais el rollo. Yo sé revelarlo y sacar ampliaciones. Rothman estará siempre contigo y tendrá en su poder la máquina. ¿Te parece bien, Tim?

—No suelo equivocarme cuando desconfió de alguien —rezongó el «boss», dándoselas de magnánimo—. Por esta vez, pase, Bassett. Se hará lo que ha dicho Zenia. ¿Te conviene?

—Desde luego. Pero piensa que estoy alerta, porque te conozco bien, Tim —contestó. Bassett, guardándose la pistola—. Yo no soy tan cándido como Carounth.

—Dejémonos ya de discusiones —terció Rothman, cogiendo su sombrero para marcharse—. ¿Tiene algo que mandarme, jefe? Voy a mi casa.

—Busque una nueva oportunidad para repetir la fotografía de

ese plano. Es urgente —dijo Kulier, ya tranquilizado—. Y usted tendrá la máquina en su poder una vez cargada. Si sale velada la foto, le corto la respiración como yo sé hacerlo, muchacho. ¿Verdad, Zenia?

—Naturalmente. Sí queremos ganar mucho dinero, ha de ser siendo leales los unos a los otros —corroboró Zenia, sonriendo maliciosamente a su novio. Y con unos gestos, mientras Kulier y Bassett bebían, dándoles la espalda, ella le dio a entender que aquella noche la iba a pasar en aquella mansión. Rothman se estremeció, denegando con energía. Ella sonrió y afirmó, moviendo la cabeza.

—Adiós, Rothman —despidió Kulier a Rothman—. Ya me dirá cuándo es el momento oportuno para sacar esas fotos. Es urgente, no lo olvide. Tenía que haber sido entregada hoy la ampliación. Me han dado dinero a cuenta y he de cumplir. Soy hombre de palabra.

Rothman salió desesperado de Villa Setos. ¿Sería posible que su Zenia llevase hasta semejantes extremos su audacia como para pasar la noche al lado de aquel animal, de instintos primarios, azuzados por la belleza y el ingenio de ella, que lo envolvía con su seducción? ¿Podría ponerle a Kulier un tope cuando intentase llegar a extremos que él consideraría naturales y lógicos? Y, aparte de eso, a él le estaba dejando en un lugar secundario, que no agradaba nada a su hombría y menos aún a su sentido del deber. Era un asunto que él debía resolver, principalmente, aunque ella le ayudase, pero no invirtiendo los papeles, como estaba sucediendo.

Zenia quedó un rato pensativa al marcharse su novio. Se figuraba lo que estaría pensando de ella y de los peligros que iba a correr, según él. Hubiera querido verle, como el día anterior, para cambiar impresiones y demostrarle una vez más su infinito cariño; pero el plan que tenía pensado exigía la separación, por dolorosa que fuese.

Bassett y Kulier charlaban y bebían «*whisky*» con hielo, Kulier obraba como un fantoche accionado por manos hábiles. Zenia había dicho que había que tener paz, y él la concedía, refrenando sus impulsos salvajes de matar a Bassett, de quien desconfió como traidor. Pero Zenia no quería que matase a Bassett, concediéndole un margen de confianza, y él, como el perro de presa a quién se domina con la voz, estaba tranquilo, pero presto a saltar tan pronto

su ama se lo ordenase.

Ella llenó una copa de «*whisky*», añadiéndole soda y hielo, y bebió a su vez, pidiendo un cigarrillo a Bassett, que se lo entregó galantemente, mirándola de reojo. Zenia le sonrió apenas perceptiblemente.

—Esta noche me llevarás contigo a alguna diversión, Tim —dijo zalameramente—. A un sitio donde no se exija etiqueta, porque no tengo vestido ni nada para ir a sitios elegantes.

—Encantado, cariño. Y vas a ver si tienes vestidos para ir. Voy a telefonar a

«Mayfair's»

para que te traigan vestidos y lo que haga falta —repuso Kulier con voz tonante, henchida de orgullo. Y fue al teléfono y habló largamente con el establecimiento de lujo. Volvió hacia ella, cogiéndola una mano y besándosela casi con respeto. Bassett le lanzó una venenosa mirada.

—Dentro de una hora podrás elegir entre lo mejor, encanto. Cenaremos en Causalito o Diamond. Me agradaría más Diamond, porque así podré hablar un poco con un amigo —miró a Bassett, que afirmó con un gesto. Ella captó la señal de inteligencia.

—Iremos a Diamond. Igual me da. Deseo me presentes a tus amigos, Tim.

—Desde luego. Pero a éste con quien voy a hablar es un poco... pronto, ¿sabes? Es un tipo arisco, yo creo que enemigo de las mujeres...

—¡Estupendo! Esos hombres son muy graciosos, Tim. Son los que después se muestran más enamoradizos y fogosos, cuando una mujer, generalmente fea y vieja, les hace un guiño malicioso. Me lo presentarás, desde luego...

—Creo que no, y lo siento, nenita. Es asunto de negocios y le disgusta que una mujer sepa lo que tenemos entre manos. Más adelante, quizá —se excusó Kulier.

Zenia pareció aceptar resignadamente la negativa de Tim. Se habían sentado ella y Bassett en un diván, y Kulier en un sillón, frente a ellos. El ingeniero, hábilmente, fue llevando su diestra hacia el respaldo del mueble, y prontamente oprimió con sus dedos temblorosos la cintura de Zenia, que no hizo nada por retirarse. Una, sonrisa de complicidad se dibujó en sus labios carnosos,

sensuales. Bassett sonrió también, contemplando con extraña expresión de lástima a Kulier, que, entregado a sus pensamientos, guardaba silencio, fumando un habano, medio cerrados los ojos.

Pasó el tiempo, y Petra apareció en la puerta.

—La modista, señor —dijo, mirando con envidia a Zenia.

—¡Lo tuyo, reina mía! —exclamó jubilosamente Kulier, levantándose presurosamente y yendo hacia la puerta—. ¡Primero lo veo yo y te diré si me agrada o no! Espera ahí...

—¡Valiente idiota y cretino! —exclamó Bassett, lanzando hacia la puerta una mirada de desprecio y odio—. ¿No te parece, encanto? ¡Un beso, Zenia!

La cogió entre sus brazos nerviosamente. Ella cerró los ojos y se dejó besar. Después le apartó, sonriendo, con firmeza.

—Hay que tolerarle, Rodger —musitó ella, mirándole hechiceramente—. Saber engañarle para que no recurra a la pistola...

—Antes, a poco haces que nos enzarzásemos a tiros —se quejó él con severidad—. Parecía que estabas de su lado.

—Ya viste que no. Hay que disimular. Creo que entre tú, Rothman y yo podemos llevar este negocio, dejándole a él en la estacada. Un animal como él, que no hace nada por el negocio, no debe llevarse la mayor parte de los beneficios y dirigirnos como si fuésemos sus esclavos. Hemos de hablar, Rodger, sobre esto. Rothman será de los nuestros, de nosotros. El dinero y el miedo le tendrá en nuestro poder. Oye: ¿con quién se entiende Tim para la venta de las fotos y documentos?

Bassett vaciló antes de contestar. La contempló largamente, sus ojos brillando de deseos. Ella se inclinó y le besó en los labios.

—Te lo dije ayer, Rodger. Odio a esta bestia y jamás seré suya. Podemos entendernos muy bien, Rodger querido. Eres culto, inteligente, verdadero técnico en lo que hace falta... No sé si en amor. Si sabrás darte cuenta de que yo...

¡Zenia de mi vida! —exclamó él roncamente, oprimiéndola contra su pecho y besándola en la frente, el pelo, el cuello—. Sí, tenemos que entendernos, ser el uno del otro... ¡Le mataré y quedaremos libres, ricos, felices! Él se entiende con él... agregado comercial del Consulado de Suecia. Compra los secretos militares que le ofrezcamos. Un tal Svendsen.

—Pero ¿es el mismo cónsul, oficialmente, el que se mete en eso de espionaje? —inquirió Zenia, un poco pálida por la emoción.

—No, no. Es Svendsen, particularmente, valiéndose de su cargo. Él, a su vez, debe enviarlos a otra parte. Paga espléndidamente, adelantado. Tim cobró hace días diez mil dólares. Ya viene esa mala bestia...

—Unidos, unidos, Rodger mío —susurró ella, levantándose del diván.

—¡Ya he apartado tres vestidos! —Entró gritando Kulier y señalándola la puerta—. De esos tres no prescindas, encanto. Luego puedes elegir otros tres. Y zapatos de gasa de oro, y no sé cuántas cosas más. Anda, anda, que vas a ir mejor que la mismísima Harlow o la Darnell.

Zenia salió del gabinete apresuradamente. Su conciencia se rebelaba contra la comedia que estaba representando, de entretenida, haciéndole gastar un dinero manchado a aquel bandolero; pero también esto había que hacerlo, y hacerlo bien inclusive. El fin justificaba los medios, si el fin era exterminar una banda de espías.

Una hora después la joven, vestida primorosamente con un vestido de noche color, malva claro, muy vaporoso, que sentaba a maravilla a su esbelto cuerpo, daba vueltas, como si danzase, alrededor del maravillado Tim, que esta vez se sentía verdaderamente conmovido al contemplarla. Un collar de perlas de tres hilos colgaba del cuello de Zenia, que pensaba de dónde le habría venido a Kulier.

Y la pareja, acompañados de Bassett, hosco, pensativo, que hubo de aceptar la invitación de su magnánimo jefe, como prueba de olvido por el incidente pasado, tomaban el coche, que conducía Tim, canturreando alegremente. Un poco antes le preguntó a Zenia si aquella noche la pasaría en su mansión, y después ya viviría con él. Ella, suspirando, baja la vista, había respondido, las manos a la espalda, como una colegiala:

—Mamá me decía que solamente un único amor puede tener una mujer. Y que por él se hace lo bueno... y lo malo. Me quedaré sí... tú te quieres casar conmigo, Tim querido. Mamá decía que...

—Tu mamá, era deliciosa —gruñó Tim, que en verdad no había pensado en semejante eventualidad. Sin embargo, él la quería ya

con todas las potencias de su alma, sintiéndose hechizado por ella, y contestó con entera sinceridad y honradez—: Me casaré contigo cuando quieras, encanto. Tú eres muy diferente a las otras. Mañana mismo nos casamos...

Vista del Mar, la hermosa avenida que flanqueaba la costa del Pacífico, en El Segundo, brillaba esplendorosamente con la iluminación de sus focos, la de los balnearios y restaurantes, los zigzags de los anuncios y las luces de los yates y «*ferrys*». La playa estaba casi desierta, batiendo en ella las olas rizadas con su corona espumosa.

Bajaron del coche, dando el brazo Kulier a Zenia, penetrando lentamente en el club nocturno Diamond, uno de los establecimientos de más lujo. Todas las mesas, menos una, estaban ya ocupadas por un público compuesto de artistas de la pantalla, desde «extras» que se hacían invitar por admiradores hasta las «stars» más renombradas, con los galanes de moda, comerciantes acaudalados, reyes de la industria californiana, banqueros, millonarios y hasta nobles europeos que pensaban dorar sus blasones con los dólares de alguna estrella que desease cambiar su apellido humilde por el de un marqués italiano, francés, alemán.

La mesa reservada por Kulier estaba cerca de la pista donde en aquel instante medio centenar de bellas «girls», con perfecta sincronía, y acompañadas por una gran orquesta, danzaban cadenciosamente al compás de una habanera. Zenia miró a su alrededor, curiosamente, en tanto que Tim trataba de no pedir al camarero manjares que revelasen su gusto un tanto plebeyo. Y Bassett, hosco, al lado de la joven, la devoraba con los ojos disimuladamente, hirviendo en su pecho una pasión irreprimible hacia ella.

—Está ahí ése —dijo Bassett a Kulier cuando comenzaron a cenar, señalando con un gesto a una cercana mesa, donde estaba un hombre solo, muy alto y flaco, con un monóculo en el ojo izquierdo, comiendo pausadamente.

—Ya le he visto. Luego iré a saludarle —contestó Tim secamente—. Bebamos a la salud de Zenia —levantó su copa de *champagne*, sonriendo triunfalmente—. Por nuestro amor casto, querida mía... ¿Sabes, Rodger, que nos vamos a casar seguramente mañana? ¿No te parece espléndido que un tipo como yo se haya dejado pescar por

esta nena?

Bassett bebió precipitadamente, se limpió con la servilleta y respondió en tono cáustico, lleno de sarcasmo:

—Demasiada suerte, en efecto, jefe. ¿Mañana? Un día es corto, en efecto, para algunas cosas. Excesivamente largo o imposible de transcurrir, en otros.

Kulier se le quedó mirando como si quisiera alcanzar plenamente el sentido de aquella frase de su segundo. Zenia sonrió maliciosamente cuando una rodilla de Bassett buscó contacto con otra de ella, ejerciendo leve presión.

—No te comprendo, Rodger —dijo al fin el «boss», arrugando el ceño—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué es demasiado premio Zenia para mí? ¿Qué antes de mañana las cosas se me pueden estropear? Estoy seguro de que no serás tú el que me lo impidas, desde luego —terminó, mientras su rostro se crispaba por una creciente cólera.

—Tim querido, no quieras meterte en averiguaciones. Ni Bassett mismo ha pensado en lo que ha dicho. ¿No es cierto, Rodger? —Ella apretó su rodilla contra la de Bassett, que rió forzosamente, exclamando mientras daba una amistosa palmada en la espalda de su jefe:

—He querido decir que cuando la felicidad está al llegar, un día parece interminable, dada la impaciencia que se siente. Que parece imposible que acabe el plazo fijado. Te deseo plena felicidad, Tim.

Sonrió el obtuso Kulier, de nuevo domado por la influencia de Zenia. Y su vanidad se exaltó cuando observó que varios comensales se volvían discretamente sobre sus sillas para contemplar admirativamente a Zenia.

Terminada la cena, Kulier se levantó, ajustándose bien el frac.

—Voy a saludar a ese amigo que está ahí, nena —dijo, disculpándose—. Diez minutos. Baila con Bassett, si quieres, entre tanto. Ojo, Rodger —rió, guiñándole un ojo maliciosamente—. No te creas tú el novio...

Zenia se inclinó sobre la mesa, acercando su cabeza a la de Bassett, que estaba mirando cómo se alejaba Kulier. Le lanzó una terrible mirada de odio y se volvió hacia ella cuando le cogió una mano cariñosamente.

—Ese hombre, ¿es el sueco? ¿Svendsen? —inquirió Zenia en tono quedo.

—Sí. El que odia a las mujeres, según dice. Estaba citado aquí con Tim esta noche. A ver cómo toma el que se haya estropeado el microfilm...

Y Kulier, cuando se sentó al lado de Svendsen, con cierto respeto, hubo de permitir algo que le sacaba de quicio. El que el ojo, de un azul clarísimo, del sueco, resguardado tras el monóculo, le examinase con una terrible frialdad, como pudiera mirar una serpiente.

—Hola, Kulier —dijo con acento helado. Svendsen tenía un rostro de una impresionante impassibilidad. Tras mucho buscar en aquellas facciones angulosas, muy blancas, una sensación, se encontraría únicamente la de una ausencia total y absoluta de emotividad, afecto, alegría, enfado. Un rostro tallado en mármol blanco no sería menos expresivo que aquél—. Ya he visto que está bien acompañado. Una mujer, y ¡qué mujer!

—¡Diablos! —exclamó Tim riendo—. ¿Será posible que por primera vez en su vida sienta admiración hacia una mujer? Es espléndida, ¿verdad?

—No he dicho que sienta admiración por ella, Kulier —refutó Svendsen con su voz sin timbre, seca, helada—. ¿Sabe ella algo de nuestros asuntos?

—Nnnno... —murmuró Kulier, indecisamente—. ¿Por qué? Siempre he pensado, no obstante, que una bella mujer, inteligente, leal, es sumamente útil en asuntos como el nuestro. El factor fascinación...

—¿De veras que esa mujer no está enterada de lo nuestro? —Insistió Svendsen, colocando un cigarrillo en una larga boquilla de nácar y encendiéndolo pausadamente—. ¿Qué es de usted? Ya me entiende...

—Amiga, amiguita... La conozco desde hace dos días. Es encantadora. Se la presentaré —y se levantó Kulier, entusiasmado por el interés que aquel tipo extraño y sombrío demostraba por Zenia.

—Quieto, quieto —le sujetó al «boss» por una manga—. No hace falta que me la presente. Y tiene usted razón en afirmar que el factor fascinación puede ayudar mucho a una mujer para conseguir lo que desea. Conozco a esa muchacha... mejor que usted. Y le intimo a que... la elimine cuanto antes, sea como sea. ¿Me entiende

bien? Sea como sea... Ojalá no sea tarde ya.

—Poco a poco, amiguito —gruñó Kulier, enrojeciendo de ira—. Me va a explicar...

—Esa mujer es una «policewoman». Una agente secreto de la Policía Metropolitana, Kulier. Hace un mes vino a Los Ángeles el jefe de la Policía de Stockholmo en visita de información. Hubo una revista de agentes de todas clases, masculinos y femeninos. Yo le acompañé, con mi cónsul. Y me fijé en ella, naturalmente. Era la más bella de todas. Sé apreciar lo que es bello y lo que no lo es. Temo ahora que ella me haya reconocido igualmente y se ponga sobre aviso.

Kulier, rígido, lívido hasta parecer su rostro carente en absoluto de sangre, muy abiertos los ojos, apretaba con todas sus fuerzas la parte inferior de una botella.

—Debemos cortar durante cierto tiempo todas nuestras relaciones —siguió el impasible Svendsen, fumando con perfecta naturalidad—. Pero ahora necesito el microfilm del plano que le indiqué. ¿Lo trae?

El «boss», parecía haber quedado convertido en una estatua que expresase el más completo desconcierto y dolor. Aquél era un golpe incapaz de encajarlo en forma alguna. Una turbamulta de ideas contradictorias se precipitaban y bullían en su embotado cerebro. Era mucho el amor que sentía por Zenia ya y tremendo el desengaño que de ella recibía. No tenía fuerzas ni para reaccionar en ningún sentido. Mucho era lo que la amaba...

VII



O. No lo traigo —pudo replicar, al fin, haciendo un gran esfuerzo—. Se estropeó, se veló la película. Lo siento, señor Svendsen. Uno de estos días...

—Una prueba más de que esa mujer está tratando de hundirle. Ella lo ha hecho. Le está engañando, Kulier, y nos meterá a todos en la cárcel si nos descuidamos. Quizá ya sea tarde.

—No fue ella. Fue Carounth —dijo sordamente Kulier, lanzando un hondo suspiro—. Tuve que matarle, hiriéndome antes él.

—Ella dijo que había sido Carounth, ¿no? Está usted perdido, Kulier —murmuró quedamente Svendsen—. Esta misma noche tiene que matarla. Quizá aún no haya conseguido todo lo que buscaba, por más que usted es en sus manos un muñeco.

—¡Matarla! —exclamó Tim con el mismo acento de terrible sorpresa que si el sueco hubiese dicho que a quién debía matarse

fuese a él, a Tim.

—Matarla, naturalmente. ¿Cree que yo voy a correr el peligro de verme en la cárcel por ella? ¿Y qué le lleven a usted a la silla eléctrica como reo de alta traición? ¿Y nuestras ganancias? Jamás he consentido que en mis asuntos se mezcle una mujer. Se lo dije, Kulier: nada de mujeres a quienes se les confíe estos asuntos. Pues ha ido a entregarse nada menos que a una astuta agente de la Policía Metropolitana. Y, según me dijo ayer por teléfono, resulta que se sirve usted de un agente del

F. B. I.,

para fotografiar los planos... Es usted un inútil, Kulier. Tal vez haya tenido habilidad como asaltador de Bancos y asesino a sueldo; pero esto no es lo mismo. Váyase. No se le ocurra llamarme por teléfono ni hacer por verme hasta que yo le avise. Tenga presente que hasta que no sepa que ha eliminado a esa muchacha nuestras relaciones quedan rotas... y no recibirá de mí ni un dólar. ¡Márchese, le digo!

—terminó el sueco con un quedo, pero terrible acento de dureza.

Kulier se levantó pesadamente. Movi6 la cabeza, como si tratase de alejar de ella unos inexistentes vapores alcoh6licos que le perturbasen. Y con paso un poco indeciso fue a la mesa donde estaban charlando Zenia y Bassett. Se sent6 de golpe, colocando las manazas sobre la mesa, baja la mirada. Su rostro brutal, como esculpido a golpes de martillo, seguía lívido de horror.

Zenia y Bassett se miraron fijamente. Después clavarón sus miradas en aquel hombre, que parecía como aplastado por una desgracia irresistible, con una inmovilidad granítica en las facciones.

—¿Ha pasado algo desagradable, querido? —murmuró ella dulcemente, colocando una de sus enojadas manos encima de las suyas, entrelazadas férreamente.

Kulier levantó la cabeza y la miró con espantosa fijeza. Zenia vio con gran asombro brillar dos gruesas lágrimas en sus ojos, ribeteados de rojo.

—Vámonos —dijo él roncamente—. Llama al camarero, Rodger —cogió una botella de «whisky» y llenó un vaso, bebiéndolo de un solo trago con gran ansiedad.

—Permite que vaya al lavabo —murmuró Zenia, levantándose.

Fue aprisa, entre las mesas, y llegó a una puerta, que franqueó.

Una mujer salió a su encuentro, sonriente.

—¿El teléfono? —preguntó la joven.

—Ahí, en aquella cabina —contestó la mujer, señalándola con la mano.

Marcó Zenia el teléfono de Rothman apresuradamente.

—Soy Zenia, querido mío —susurró cuando el agente especial se puso al aparato—. S. O. S.

—¿Qué te pasa, Zenia? —inquirió él con voz un poco trémula. Te has metido demasiado, ¿verdad?

—Estoy en el Diamond, en El Segundo, ya sabes. Resulta que el que compra los planos y datos es un tal Svendsen...

—Estupendo, estupendo, cariño mío —exclamó Rothman con júbilo—, y...

—Pertenece al Consulado de Suecia. Déjame acabar, mi vida. Pero a este tipo, que ahora está aquí, ya le conocía yo de vista. En una revista... Bueno, el caso es que él también me ha reconocido como lo que soy. ¡No me deja hablar este golpeteo del corazón! Fue a hablar Kulier con él y éste volvió a la mesa destrozado, con lágrimas en los ojos. Svendsen ha debido decirle que soy una agente y que le voy a trincar, como a mi adorador. Me quiere de veras este desdichado. Está pensando en matarme, pero lucha contra su pasión...

—¡Zenia de mi alma, huye de ahí, dales esquinazo; ponte bajo la salvaguardia del primer agente que veas! —gritó Rothman, aterrado. ¡Voy por ti ahora mismo! ¡Dispara si te ves en peligro, sin avisar!

—Tranquilo, Tom, tranquilo... —dijo Zenia, mientras sonreía. Solamente te he llamado para que sepas que tienes que buscar y detener a Svendsen. Yo procuraré salir de este mal paso, no te preocupes. Si me pasa... algo, ya sabes que la solución está en ese sueco.

—¡Zenia, Zenia! —oyó exclamar ella cuando iba a colgar el aparato. Sonrió y sacó de su bolso de hilos de perlas una pequeña pistola automática. Puso una bala en la recámara, y ahuecando el amplio descote, la colocó hábilmente entre la carne y la faja, casi en el estómago. Y salió rápidamente, sonriendo.

Kulier y Bassett estaban en pie, esperándola. Tim la contempló con extraña expresión de duda y horror, contristado el rostro.

Bassett volvió la cabeza para mirar a Svendsen, que tenía a su lado a una mujer de edad, con la que charlaba reposadamente.

—Vamos, cuando quieras, Tim —dijo Zenia, colocando su brazo sobre el de él. Kulier se estremeció de pies a cabeza, y después su mano diestra apretó la de ella con gran fuerza. Bassett fue delante de ellos hacia la salida.

—¿Qué te pasa, querido? —susurró ella, ciñéndose a él mimosamente—. No me lo ocultes... Me voy dando cuenta de que te... mereces que te quiera.

—No me lo digas si no es cierto, Zenia de mi vida —gimió él, apretadas las mandíbulas—. ¿Me quieres, Zenia? Es la primera vez que yo he sentido esto por una mujer. Antes era por... no sé. Porque era un maldito burro lleno de deseos, de vanidad, de orgullo. Y ellas solamente querían robarme, esquilmarme. Ven a casa conmigo, mi cariño... Tengo que hablarte, solamente hablarte. Te quiero, Zenia, y has de hablarme con entera sinceridad.

Ante el coche, Bassett dijo a Kulier:

—Tengo que hablarte de algo importante, Tim. Que vaya Zenia en los asientos de atrás. ¿Te parece bien, Zenia?

—Muy bien, Rodger —aprobó ella, penetrando en el coche. Se alegraba de que fuese así. Tendría tiempo de pensar lo que iba a pasar en casa de Tim y cómo habría de obrar. Kulier estaba luchando ferozmente entre matarla, como traidora, o cerrar los ojos y renunciar, por el amor que la tenía, a la venganza. Era un pobre ciego a quién la terrible realidad lanzaba al abismo que no podía ver. Quizá soñaba en que ella le regenerase, y se prestaría a ello con ansia si su amor fuese correspondido. Pero si surgía la violencia, y habría de ser espantosa, proviniendo de Kulier, defendería su vida hasta el último extremo.

Rodaba el «Packard», conducido por Kulier, con escalofriante velocidad.

Bassett charlaba muy animadamente, haciendo expresivos gestos con las manos, asintiendo o denegando Kulier, mientras conducía. Zenia no podía oírlos, debido a la separación de cristal entre la parte delantera y la trasera del vehículo.

Aminoró la velocidad el coche al comenzar a subir por Culver Boulevard. Y después, sin duda deseando Kulier alargar más el trayecto, como un desahogo a su excitación nerviosa, metió el

«Packard» por Griffith Park, que se encontraba desierto. Las cerradas curvas, como las espirales de una serpiente enroscada, eran tomadas a moderada velocidad.

Zenia vio que Bassett miraba dos o tres veces hacia ella. Y que su rostro se mostraba lívido, brillando sus ojos oscuros con extraña ferocidad. Hubo de pensar la muchacha que Kulier le había hablado ya de lo que le dijera Svendsen respecto a su personalidad verdadera: una agente de la Policía Metropolitana. Y que Bassett quizá no fuese tan blando como Kulier con ella. Es cierto que el ingeniero también la amaba; pero era otra clase de hombre; sin duda alguna mucho más peligroso que el «boss», por ser más inteligente, más frío y calculador.

Sin embargo, lo que después vio, con creciente terror, la hizo modificar su pensamiento respecto al extraño semblante de Bassett cuando se volvió para contemplarla varias veces.

Casi al final de una de las curvas del Griffith Park, sin tránsito rodado ni de paseantes a aquella tardía hora nocturna, Bassett se levantó un poco sobre el asiento y levantó el brazo diestro. En su puño crispado vio Zenia la brillante hoja de un cuchillo o puñal. Y cómo se volcó literalmente sobre Kulier, bajando y subiendo con velocidad vertiginosa el arma sobre el lado izquierdo del pecho del «boss».

El «Packard», sin dirección, y aunque marchaba despacio, comenzó a hacer eses, en tanto Kulier, rugiendo como un león, acorralado contra el rincón que formaba la butaca ante el volante, pugnaba por rechazar el feroz ataque de Bassett, que con un pie frenó el coche, mientras acribillaba a su jefe con el cuchillo.

—¡Bassett! —gritó Zenia, golpeando desesperadamente el cristal de separación, aterrada por aquel espectáculo de espantosa crueldad. ¡Canalla! ¡Déjelo, Bassett!

El coche quedó parado y la joven saltó con gran agilidad, abriendo la portezuela. Bassett estaba quieto ya, jadeando de fatiga, contemplando el cadáver de Kulier con demente mirada.

—¡Qué ha hecho! —gritó Zenia, inclinándose sobre el cadáver, cosido a puñaladas—. ¡Le ha matado! ¡Está usted loco, maldito...!

—¡Quería obligarla a usted a casarse con él mañana...! —exclamó roncamente el ingeniero—. ¡Casarse con esta bestia maldita, y yo...! ¡Zenia, no me digas que no he hecho bien

librándote de él! Esta tarde te dije que le mataría, y tú estabas conforme en que había que eliminarle para seguir los dos el negocio. Ahora ya podremos querernos sin temor a su salvaje cólera. Te casarás conmigo, Zenia de mi vida. Sube otra vez al coche. Hay que tirar a este asqueroso en cualquier parte. Sube, Zenia.

—Vamos a la villa, y me dejas allí. Después sigues y haces eso que dices —murmuró Zenia, que iba recobrando su sangre fría. Consideró una loca temeridad enfrentarse en aquel instante a Bassett, cuyos instintos criminales, siempre disimulados bajo una frialdad estremecedora, se mostraba ahora en toda su febril potencia. Un enemigo más de Rothman caía, asesinado como fue asesinado Carounth. Bassett era el que quedaba de la banda, pero era el más peligroso.

Se reintegró a su sitio, en el asiento trasero, y el coche reanudó su rápida marcha, conducido por el ingeniero, que ahora canturreaba extrañamente, dando golpecitos en el volante alegremente. Zenia le contempló aún más aterrorizada, pensando si aquel hombre no se habría vuelto totalmente loco. Pensó en Tom, a quién dejara en un estado lógico de desesperación al cortar la conversación telefónica un rato antes con él. ¿Qué estaría haciendo? Tal vez buscándola por todas partes, incluso por los lugares más apartados, pensando que habría sido asesinada y arrojada a alguna playa.

Se detuvo el coche medio centenar de yardas antes de llegar a la puerta de la Villa Setos. Bassett se bajó y asomó la cabeza, despeinada, manchado el rostro de sangre. Pero sonreía tranquilamente, al parecer renacida la espantosa calma habitual en él.

—Entra en la villa y espérame. Voy a tirar a ése en cualquier arroyo de por ahí, en el canal de Altadena, por ejemplo. Cuanto más tarden en encontrarlo, mejor. ¡Mi vida, estamos libres, libres!

Bajó ella, temblorosa, rechazando la mano de Bassett para ayudarla. Y cuando estuvo en el suelo, él la estrechó salvajemente contra su pecho, pretendiendo besarla mientras casi gritaba de alegría, entrecortando las palabras fogosas que salían de su anhelante pecho.

Zenia se sublevó contra aquella agresividad amorosa de aquel asesino. Y con rapidez de serpiente, pese a que su vestido largo

embarazaba sus movimientos, le aplicó al forzado Bassett el «saka-tottarl» de la lucha judo, retorciéndole el brazo derecho con, fuerza enorme, contrayéndole los tendones.

El ingeniero lanzó un alarido de dolor, pero no cedió en su deseo de estrechar contra su pecho el cuerpo esbelto de ella. Y Zenia, entonces, con ambas manos, arrojando antes al suelo su bolso, le cogió por el cinturón y en un movimiento certero, equilibrado de fuerza y astucia, con el «Tu-ri-dasi» lo volteó como si fuese una criatura, inclinándole hacia adelante. Bassett, elevado del suelo, fue como una rana por encima del cuerpo de ella, que se inclinó también. Quedó el hombre atontado en el suelo, extendidos brazos y piernas, mientras Zenia se alejaba de él, diciéndole en tono mordaz:

—No te he matado porque no he querido, Bassett. Ni con el cuchillo ni la pistola podrás conmigo... Límpiase el frac y haz eso que has dicho. Te espero ahí dentro, querido.

Se levantó él pesadamente, gimiendo, presa de un auténtico terror por aquella mujer, como lo sintiera el feroz Kulier anteriormente.

Petra abrió la cancela del jardín cuando ya el coche conducido por Bassett estaba lejos. Zenia dijo con voz natural a la criada, que se sorprendió al verla llegar sola:

—El señor Kulier no vendrá esta noche, Petra. Dentro de un rato llegará Bassett. ¿Ha estado aquí el señor Rothman?

—¿El nuevo «afiliado»? —contentó sonriendo Petra—. No, no ha venido nadie.

Cuando se quedó sola Zenia en el gabinete, recordó con irritación que debió haber registrado las ropas de Kulier y quitarle la llave de aquel secreter, que ahora estaba contemplando con alegría. Pero ella también sabía cómo hay que forzar una cerradura cuando falta la llave.

Fue al comedor sigilosamente, quitándose los zapatos, y tomó un cuchillo y un abrelatas. Con estos dos utensilios pensaba verificar su trabajo. Por otra parte, tal como estaban ya las cosas, tampoco la importaba que Bassett o Petra notasen que el mueble había sido forzado. La Policía, dentro de pocas horas, lo haría si ella no lo efectuaba ahora.

Sin muchos miramientos, apresuradamente, descerrajó el mueble

chino. Y en su interior, bajada la tapa, vio varias carpetas y cajitas con joyas valiosas. Abrió una de las carpetas y lanzó un ahogado grito de placer después de hojear su contenido. Había cartas de Kulier, con su letra tosca, de dudosa ortografía, dirigidas a un tal «Mr. S.», que ella coligió eran dirigidas a Svendsen. Eran copia. Y otro papel, escrito igualmente a mano, con una letra correcta, pero en un inglés nada americano, dando instrucciones para hacerse con una serie de planos de aparatos de aviación de la Corona Aircraft. Era aquella nota, indudablemente, de Svendsen. Y otra, del sueco igualmente, enumerando las cantidades de dinero que daría como pago por la obtención de los documentos y planos que deseaba.

En otra carpeta Zenia halló la declaración de Carounth, de su puño y letra, acusando de asesinato, en el frente, de Thomas Rothman por el soldado Daniel Homer, desfalcador del Banco de Houston, y el cambio de personalidad de Homer por la del asesinado Rothman.

Dobló los documentos y se los metió en el escote, junto a la pistola. Fue después al teléfono y marcó el número de City Hall, con el capitán Somerville, de la fuerza de paisano de la Policía Metropolitana.

—Hola, capitán —dijo Zenia, cuando el llamado estuvo al habla—. Venga dentro de quince minutos, o antes, al 245 de Colorado Street, Villa Setos, en Pasadena...

—¿Qué pasa ahí, Zenia? —inquirió el capitán en tono amistoso—. Estábamos pensando si le habría sucedido algo malo, al no verla...

—Asesinatos, espionaje, amores bestiales... —replicó la joven sonriendo—. Venga pronto. Yo me marchó. Detengan a un tal Bassett, experto de la Corona Aircraft, como asesino de Kulier, un «boss» cuyo cuerpo debe estar ahora en el Canal de Altadena. Detengan al doctor Cary Mulder, de Vernon Avenue, que se dedica a hacer desaparecer cadáveres de asesinados. Ha hecho desaparecer el cadáver de un tal Peter Carounth, un «gángster» asesinado ayer por Kulier...

—¡Eso es una película de miedo, muchacha! —exclamó el capitán con asombro—. Ya he apuntado. ¿Algo más? Ahora lárguese de ahí, está al llegar ese Bassett. Déjeme el asunto, Zenia.

—¿Ha preguntado por mi Rothman, capitán?

—No. Váyase de ahí, mujer. En bastantes líos se ha metido ya. Dentro de diez minutos estamos ahí. Adiós.

Zenia colgó el aparato y se puso los zapatos. Salió al «*hall*» y de una mesita cogió la llave de la verja del jardín. Abrió para salir y retrocedió empujada por Bassett, que empuñaba una pistola. Sonrió él ferozmente al verla, diciendo con voz sarcástica:

—Ibas a marcharte, ¿verdad? Sin pagar tu deuda, preciosidad. ¡No te acerques a mí, porque ya sé cómo las gastas! Lo de antes fue a traición...

—Me marchó o no me marchó, Bassett —repuso la joven con perfecta tranquilidad, contemplando con cierto temor, no obstante, el rostro de Bassett, todavía manchado de sangre, así como su frac y la camisa de pechera almidonada, también salpicada sangrientamente. ¡Voy a quedarme contigo, ya ves!

—Claro que te quedas. Y vamos a repetir el numerito de antes, de lucha —murmuró él en su escalofriante tono de sarcasmo—. Vamos a luchar... y si te venzo, ya sé el premio que me voy a llevar. Yo no soy Kulier, aunque te quiero, ¡maldita seas! ¡Vamos, camina delante de mí, hacia el gabinete! —La intimó con la pistola, apuntándola a la cabeza.

Zenia palideció levemente, sin abandonar su sonrisa desconcertante. No era la primera vez que se veía ante un desalmado que la quisiera matar, o algo peor, y le había vencido. Su profesión era la de luchar con las armas de la astucia, del ingenio, y, en caso preciso, empleando la fuerza.

Por el corto pasillo ella caminó, pero no vuelta de espaldas completamente, sino algo de lado, observando a Bassett de reojo. El hombre ya sabía lo temible que ella era en una lucha cuerpo a cuerpo, y debía temer de él un golpe que la privase del conocimiento, dado a traición.

Esto intentó Bassett precisamente a la entrada del gabinete, cuando ella hubo de acercarse a él para franquear el umbral. Levantó el brazo armado y, con la culata del arma, la propinó un fuerte golpe que dirigió a la cabeza de Zenia. Más ésta se volvió y dio un salto atrás con extraordinaria agilidad, cerrados los puños, y encogido el cuerpo, alerta.

—¡No te valdrá, lagarta! —rugió Bassett al ver fallido su golpe. ¡Te meteré una bala en el cuerpo y después haré lo que me parezca

contigo!

—Si puedes, mequetrefe —replicó ella, y dio otro salto, pleno de grada, pero también lleno de ímpetu, estirados los brazos desnudos y las manos abiertas. Y cuando quiso Bassett, apresuradamente, poner una bala en la recámara de la pistola, rehuyendo el bulto al encontronazo con ella, era tarde. Zenia le abrazó el cuello, atrayéndole hacia su pecho violentamente, pero en vez de una caricia sintió él que los dedos largos, nerviosos de la bella le cogían la mandíbula inferior con fuerza terrible por la parte del cuello, echándole la cabeza hacia atrás hasta un límite. Imposible de sufrir.

Bassett lanzó un aullido de dolor y golpeó con saña la espalda de Zenia, que seguía empujándole la cabeza hacia atrás, mientras con los codos le sujetaba los hombros férreamente para que el cuerpo permaneciese inmóvil.

—Suelta la pistola, querido... —dijo ella fríamente. Y acompañó sus palabras con un espantoso rodillazo en el bajo vientre de Bassett, que rugió como un toro moribundo—. Suelta la pistola... ¿No querías luchar conmigo, hombrecito? Lucha, lucha, querido mío. Sí me vences, ya sabes...

Bassett no soltó la pistola, pese al dolor insoportable que sufría, bajo aquellas manos de acero, sabiamente manejadas. Trataba de hacer que la bala que estaba en el cargador subiese a la recámara para disparar. Gimiendo desesperadamente, sin ofrecer resistencia, sus manos, a espaldas de la joven, manejaron el arma. Y la bala penetró en la recámara con un chasquido.

—¡Traidor! —exclamó Zenia, que oyó el rechinar siniestro. Y le soltó, pero le cogió la mano que empuñaba la pistola y se la retorció mientras le fijaba al suelo, pisándole con ambos pies sobre uno de los de él. Bassett reunió todas sus fuerzas y disparó cuando ella colocaba la boca del cañón de la pistola sobre los entreabiertos labios de su enemigo, babeantes de rabia.

Le rechazó violentamente, ya muerto, con los ojos espantosamente abiertos, arrojando la sangre a borbotones.

—¡Le mató! —gritó Petra, espantada, a espaldas de Zenia, que se sentía, jadeando—. Era un tipo asqueroso y yo me alegro. No se apure, muchacha —siguió en tono lleno de rencor—. Si hay que declarar algo yo diré lo que he visto. Que un hombre armado no ha podido con una indefensa mujer. Aunque no sé si realmente es

usted una mujer... o Joe Louis. ¡Qué bruta, Dios mío!

Por el jardín se oyeron pasos precipitados, voces en tono enérgico. Y la puerta del porche se abrió violentamente, apareciendo varios agentes de uniforme de la Policía Metropolitana, al mando del capitán Somerville.

—Ya sabía yo que para vencerla, Zenia, habría que matarla antes —exclamó el capitán contemplando el cadáver de Bassett—. Bueno, cuente qué ha pasado.



MADRE:

**Ha salido una publicación infantil, de dibujos,
moral y amena:**

**AVENTURAS DEL F. B. I.
¡ENCANTARA A TUS HIJOS!**

VIII



OTHMAN dejó su «Pontiac» ante la puerta del Diamond, el club nocturno. No hacía ni un cuarto de hora que le avisara Zenia, y ya estaba allí para detener a Svendsen y saber de su novia, si era posible.

En el «hall» preguntó por el «*maître*» a un portero.

—¿Está aún aquí el señor Erik Svendsen, un funcionario del Consulado de Suecia? —inquirió cuando estuvo frente al gigantesco empleado del club nocturno.

—Reservó su mesa y aún no se ha marchado. Está en el guardarropa. ¿Quiere que le avise?

—No. ¿Es por aquí? —empujó delante de él al «*maître*», que arrugó el ceño, oliéndose que aquellos modales no podían pertenecer sino a un policía o a un «gángster».

—Es ese señor —dijo a Rothman, señalando a un gigante, muy delgado, un poco cargado de espaldas, que estaba recogiendo un pañuelo de seda y el sombrero de copa.

—¿El señor Svendsen? —preguntó el agente especial cuando estuvo frente a él, mirándole agresivamente.

—En efecto. ¿Qué hay? —replicó con su voz sin matices el sueco, mirándole de arriba abajo.

—Soy agente especial del

F. B. I.

—le mostró el distintivo—. Ha de acompañarme a City Han. Deseamos hacerle unas preguntas.

—¿Detenido? Muéstreme la autorización judicial. Soy diplomático sueco, no un salvaje americano con plumas en la cabeza —murmuró secamente Svendsen.

—El

F. B. I.,

no necesita poderes judiciales para detener ni aun a diplomáticos extranjeros, no siendo dentro del edificio de la embajada o consulado. Usted viene conmigo, amigo —exclamó Rothman con firmeza, cogiéndole sin delicadeza alguna de un brazo.

—Perfectamente. Suélteme. ¿Usted conoce esa frase francesa que dice «buscad a la mujer»? No falla en ningún caso. Algún imbécil lo pagará. Vamos.

Ante la puerta, Svendsen señaló su coche, un «Plymouth» azul.

—No tengo chófer. Guiaré yo. Suba y vamos a City Hall —dijo con perfecta tranquilidad.

—Aquél «Pontiac» es el mío —contestó Rothman, un poco indeciso—. Podemos, ir también en él. Bien, vamos en el suyo, es igual. Usted guiará. Debo advertirle que cualquier tentativa de violencia por su parte significaría una declaración de culpabilidad y rebelión, y que estoy autorizado para repelerla en forma adecuada. Suba, señor Svendsen.

Sin contestar, el sueco subió al coche, colocándose ante el volante. El agente especial se sentó a su lado, tentándose con el brazo izquierdo el bulto de la pistola, en su funda bajo la axila del mismo lado.

—¿Puede indicarme por qué se me detiene? —inquirió cuando arrancó el coche a velocidad moderada por el Segundo Boulevard,

hacia el centro de la capital—. Quisiera se enterase mi cónsul de este atropello...

—Lo ignoro. He recibido la orden de hacer que me acompañe ante mis jefes. Quizá alguna reclamación, un error... No se apure, que no será atropellado si no hay motivo, como parece ha atropellado usted nuestras leyes y hospitalidad.

Svendsen no contestó. Fija la vista hacia adelante, refrenó aún más el coche hasta pararlo. Sonó algo raro dentro del capot y arrancó de nuevo para volverse a detener. Se volvió el sueco hacia Rothman, que sonreía maliciosamente.

—Sería milagroso que anduviese sin gasolina, ¿verdad? —murmuró Svendsen muy seriamente—. No me acordé de pedirla en el restaurante, y ahora... —Apoyó ambos brazos sobre el volante—. ¿No habrá por aquí cerca un surtidor?

—Más arriba, en Compton Boulevard —rezongó Rothman—. Creo que tendremos que empujar el coche unas doscientas yardas.

—No seré yo el que lo haga —refutó abruptamente el sueco—. Vestido de etiqueta... Empújelo usted, ya que es el que quiere llevarme a un sitio que no me agrada.

—Vamos a dejarlo en aquel aparcadero y tomemos un «taxi» —propuso Rothman abriendo la portezuela para salir.

—Perfectamente —y se dispuso a seguirle a Rothman. Éste se volvió de espaldas a él y Svendsen, de un formidable puñetazo en la nuca, lo abatió. Sacó acto seguido una pistola y con la culata le golpeó varias veces con verdadera saña, tumbándole sobre el asiento, a su lado.

El coche arrancó de nuevo, y a toda velocidad tomó por Carson Street, hacia Torrence, apagados los faros de carretera. La avenida estaba desierta y el coche volaba, hábilmente dirigido por el sueco.

En Alameda Street, ya cerca del puerto, aminoró la marcha al pasar el puente sobre el río Los Ángeles, pues estaban allí dos agentes del Tráfico en sus motocicletas. Siguió después, a velocidad reducida, por Terminal Island, a orillas del río, que desembocaba en la bahía de Long Beach.

Rothman volvió en sí lentamente. Atontado como estaba, su cerebro volvió a la realidad del momento, recordando que estaba en poder de Svendsen. Abrió los ojos y percibió que seguía en el coche. A su lado, el sueco, manejaba el volante sin prestarle atención, sin

duda. Pero si hacía un movimiento, sería notado por el espía y lo volvería a golpear o quizá le quitase la vida.

Permaneció inmóvil, tal como quedara cuando Svendsen lo dejó, recobrándose de los golpes recibidos y con la mente despejándose rápidamente. Su naturaleza era de hierro y unos golpes en la cabeza no hacían mucha mella en él.

Notó que Svendsen le había quitado la pistola que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Y pensó qué haría aquel hombre con él cuando detuviese el coche en alguna parte. ¿Intentaría asesinarle, arrojando después su cadáver a los muelles o en alguna de las varias playas de la costa?

El coche tomó ahora por la 6Th Street, en Terminal Street, a San Pedro, para coger la carretera ondulante de Palos Verdes, a orillas del mar. Rothman, elevando la cabeza sigilosamente, con gran cuidado, pudo ver por la ventanilla las luces del restaurante Tustin, enclavado en la cúspide de la colina de San Pedro, a la derecha, e instantáneamente se orientó. El sueco iba a llevarle seguramente a los acantilados de basalto de alguna de las puntas o cabos de aquella costa: Point Portuguese, Point Vincente, Point Long... Y el final era previsible: Iba a deshacerse de él de un modo eficaz y sin dejar rastro.

El coche se salió de la carretera, notándolo Rothman por el traqueteo de las ballestas, rodando después por una zona herbosa. Una brisa fría entró por la ventanilla abierta, mezclada con el penetrante olor del mar, que sonaba poderosamente.

Svendsen detuvo el coche. Y Rothman cerró los ojos, permaneciendo en una absoluta inmovilidad. Su corazón comenzó a latir desaforadamente ante la incertidumbre de lo que iba a pasar. ¿Iría el sueco a intentar arrojarle al mar sin meterle una bala en la cabeza? ¿Se contentaría con precipitarlo al abismo, creyéndole aún desmayado y, por tanto, no juzgando necesario rematarlo?

Sonó la portezuela del lado izquierdo del coche al abrirse, bajando el sueco, que dio la vuelta al vehículo para abrir la del lado derecho. Rothman se preparó, abriendo los ojos. Reinaba bastante oscuridad en aquel lugar como para no distinguirse un rostro dentro del coche.

Svendsen abrió la portezuela y se inclinó para coger al agente especial por debajo de las axilas, tirando de él bruscamente para

sacarlo del coche. Rothman, haciéndose el pesado, con los miembros flácidos, se dejó llevar como si estuviese desvanecido. Svendsen era muy fuerte, a juzgar por la facilidad con que le arrastraba. Faltaba todavía que siguiese arrastrándole hasta el borde del acantilado. Y Rothman vio que distaba de la orilla como unas cincuenta yardas.

Svendsen lo levantó en vilo y se echó el cuerpo del agente especial sobre un hombro, con los brazos colgando a espaldas del sueco. Y comenzó a caminar a pasos largos y apresurados hacia el borde del abismo, donde rugía el oleaje fragorosamente.

Era el momento... Y Rothman, repentinamente, envaró su cuerpo, haciéndole vacilar a Svendsen, que intentó arrojarlo al suelo precipitadamente. Pero los brazos del agente especial ya le habían apresado las corvas, haciéndole caer hacia atrás violentamente, encima de él Rothman, que se dedicó con entusiasmo a machacarle la cara de serpiente con terribles puñetazos cortos. Una lucha sorda, sobre la hierba, comenzó. Svendsen, queriendo arrojar al abismo al agente especial. Y éste intentando salvar su vida y reducir al espía para llevarle a City Hall.

Rodaron aparatosamente por el suelo, ya que el sueco poseía un vigor poco común, pese a su delgadez casi esquelética. A los golpes de Rothman replicaba con los suyos, potentes y bien dirigidos. A las llaves de «judo» y de lucha libre, con fintas que las inutilizaban o atenuaban grandemente. Era un peligroso adversario, y Rothman se dio cuenta de ello prestamente al sentir el duro castigo que estaba recibiendo.

La orilla del acantilado estaba lejos, y esto le tranquilizaba al agente especial, que confiaba en poder reducir a su enemigo, aunque no fuese más que por su supremacía en peso y en «fondo» para tolerar los golpes y no cansarse antes que aquella anguila encolerizada, que tan pronto estaba encima de él como debajo, pero siempre batallando ferozmente.

La cabeza de Rothman chocó violentamente contra una piedra, en un viraje que dio con el cuerpo para colocarse encima de Svendsen. Durante dos segundos tan sólo aflojó su presión sobre el cuello del sueco, sintiendo un amago de desvanecimiento. Esto bastó para que Svendsen se levantara de un salto, sacase la pistola cuando Rothman se arrodillaba, un poco repuesto, y disparase sobre

él habiéndose alejado varios pasos.

Rothman lanzó un gemido y cayó de bruces. Svendsen partió a la carrera hacia el coche, creyéndole muerto. Realmente Rothman no había recibido el balazo, sino que, para evitar otro, fingió caer como fulminado. Y se levantó un poco vacilante, derrengado, corriendo tras el sueco, que ya estaba haciendo marchar al coche por el prado, penetrando en la carretera seguidamente. Dos disparos más hizo al alejarse, y pronto las luces de los faros pilotos, rojas, se perdieron en una curva de la carretera.

Rothman, apretados los puños por la rabia, burlado, quedó en la carretera, sintiendo cómo el ruido del motor del «Plymouth» se iba apagando rápidamente. Había tenido en sus manos al espía, cabeza principal de la banda, y se le escapó sin poderlo evitar. Ahora a bastantes millas de todo lugar habitado, quedaba inutilizado para seguirle y capturarlo de nuevo. A no ser que algún coche pasase por allí, a aquella hora tardía...

Como estaba más cerca de la población de Palos Verdes Estates que del Royal Palms Country Club, para el juego del golf, que habían dejado dos millas atrás, el agente especial se dirigió andando, con paso rápido, hacia la población de Palos Verdes, adonde evidentemente se dirigía Svendsen con su coche.

Iba por un lado de la carretera, esperando que si algún coche pasase hacia donde él iba pudiesen llevarle. Entregado a todos los diablos, andaba apresuradamente, pensando la cantidad de millas que habría recorrido ya el fugitivo sueco en su huida. ¿Cómo encontrar de nuevo su rastro?

Un ruido de pasos furtivos, a su espalda, le hizo volverse con la rapidez del rayo, deteniéndose en seco. Alguien había pisado la arena de la cuneta, no lejos de él. Había allí una aglomeración rocosa y matorrales con algunas gráciles palmeras de grueso tronco, cuyas hojas se balanceaban movidas por la brisa del mar.

Había suficiente claridad para distinguir si alguna persona se acercaba a treinta o cuarenta yardas de distancia. Pero no para distinguirla si se ocultaba tras las rocas o las palmeras y matorrales.

Rothman pensó inmediatamente que podía ser el mismo Svendsen quien la estuviese siguiendo para matarle. No era ilógico pensar que pretendiese tal cosa si creía que suprimiendo a Rothman se quitaría de delante, no solamente un enemigo, sino a alguien que

podía avisar rápidamente dónde se encontraba, bloqueando en poco rato el lugar las patrullas de la Policía, así como los accesos de carreteras y caminos.

Rothman, caminando despacio, fue hacia unos matorrales y rocas para espiar a su vez al que creía era Svendsen. Lo malo era que el sueco tenía dos pistolas y él estaba desarmado. No demostraba mucho valor el espía cuando no le salía descaradamente al encuentro para aniquilarle cuando contaba con tanta supremacía sobre él.

A un costado suyo, pudo verlo bien, brilló un fogonazo y la detonación seca de una pistola. A menos de veinticinco yardas. La bala pasó silbando agudamente a la altura de su hombro. Otra detonación más, y la bala silbó por encima de su cabeza. Svendsen le había tomado como blanco para ejercitar su puntería.

Corrió desalentadamente el agente especial, huyendo de aquel peligro mortal al que no podía contestar. Y los pasos, largos, del sueco tras él sonaron inmediatamente, intentando acortar la distancia para asesinarle con más seguridad. Nunca Rothman se había visto en posición tan precaria ni tan desairada, huyendo como un ratero vulgar en vez de hacer huir, como parecía lo más indicado para un representante de la Ley. Sin contar con la posibilidad de que una bala bien dirigida le dejase seco en aquella solitaria carretera.

Su astucia innata le indicó algunos medios para evadirse de aquel peligro tan real como grave. Lo primero, correr desesperadamente hasta alejarse del gigantesco sueco. Después, pasar de perseguido a perseguidor, esperándole en un lugar adecuado para sorprenderle e inutilizarle. En ningún momento había pensado escurrir el bulto, rehuyendo su deber de capturar a Svendsen.

Así, respirando fuertemente, se lanzó a un «*sprint*» desaforado, cual si pretendiese batir las 200 yardas en un concurso universitario. Pegados los codos a los costados, levantando bien las piernas, su carrera era perfecta, a un lado de la carretera, sobre el macadam duro y liso.

Que dejaba atrás a Svendsen se lo indicó el que éste hiciese tres disparos sobre él casi seguidos, y cómo se debilitaba el ruido de sus zancadas.

Pasó al lado de algunas rocas y volvió la cabeza. No vio a Svendsen ni sintió sus pasos. Llevaba más de las 200 yardas de carrera. El sueco estaba muy atrás, indudablemente.

Corrió aún más, doblando una pequeña curva y buscando ya un lugar adecuado para esconderse y esperar a su enemigo. Pero a la luz de las estrellas vio el brillo de un coche, parado en la carretera, cien yardas más adelante. ¡Si fuera el «Plymouth» de Svendsen, dejado allí por él para dedicarse a perseguirlo a muerte!

Corrió hacia el vehículo, entre las rocas, los matorrales, inclinado para no ser visto por su perseguidor. Y comprobó que era el vehículo del espía, de color marrón oscuro. Sonrió astutamente y fue a esconderse rápidamente entre las rocas y malezas, a unas quince yardas de distancia. Svendsen tendría que ir forzosamente a buscar su coche cuando viera que su búsqueda había sido vana. Y le podría cazar «a la espera», tranquilamente, aun cuando la caza estuviese armada y el cazador no tuviese sino sus puños.

De rodillas, comprimiendo los latidos de su corazón, alborotado por la carrera, y asomando solamente la cabeza por entre la roca tras la que se había guarecido, estuvo escuchando y mirando con gran atención a todo su alrededor. Solamente el fragor del mar, batiendo sobre el acantilado, a unas cien yardas de allí, turbaba el silencio.

Pasaron así varios minutos, sin ver ni oír Rothman a su enemigo. Aquello no le gustó nada porque parecía evidenciar que Svendsen presumía que se le tendía una emboscada, precisamente en las cercanías del coche, y que no se decidía a acercarse sin estar seguro de que el agente especial no se hallaba por allí. Pero todo era cuestión de ser más astuto que él y esperarle pacientemente si lograba no ser descubierto y acribillado a balazos.

Los pasos quedos de Svendsen sonaron repentinamente a sus espaldas. El espía estaba reconociendo los alrededores del lugar donde estaba su coche antes de decidirse a subir en él y marcharse. Era más astuto que valiente, teniendo como tenía dos pistolas para defenderse.

Rothman se tiró al suelo, muy despacio, pegándose a la roca y haciendo que el matorral que le ocultaba se inclinase sobre él, cubriéndole totalmente. Svendsen se acercaba cauto, registrando todo minuciosamente, quizá con una pistola en cada mano.

Estaba a pocos pasos de él, moviendo con los pies los matorrales. Le vio durante unos segundos, volviendo constantemente la cabeza en todos sentidos, quizá más alarmado que él mismo. Iba ya hacia su coche, en retirada.

Cuando lo tuvo a menos de dos yardas de distancia, Rothman saltó como una serpiente del suelo y se le fue encima, tensos los brazos. Svendsen volvió la cabeza, e inmediatamente el cuerpo, lanzando como un bufido de sorpresa o terror. Pero ya tenía encima al agente especial, que le abrazó férreamente, sujetándole los brazos al cuerpo. Llevaba el sueco, efectivamente, empuñadas las dos pistolas, que no podía manejar ahora.

Levantó en vilo a Svendsen, y con un movimiento brutal lo arrojó al suelo, para instantáneamente írsele encima, golpeándole el rostro con furia salvaje. Las dos pistolas que esgrimía su enemigo no debían ser utilizadas, y a ello tendía, intentando privarle del conocimiento con aquel espantoso bataneo de sus puños sobre el rostro de serpiente del otro.

La resistencia de granito de Svendsen volvió a ponerse de manifiesto cuando, pese a la paliza que estaba recibiendo en el rostro y el pecho, no solamente no se entregaba, sino que devolvía golpe por golpe, como un rato antes, esgrimiendo aún las pistolas como mazas. Dos veces disparó, cuando creyó que podía hacerlo sobre el cuerpo de Rothman; pero éste le desviaba las manos, retorciéndole las muñecas desesperadamente. Era una lucha igualada, ya que si intentaba Svendsen usar las pistolas, había de dejar de golpear, recibiendo una lluvia de golpes demoledores.

La suerte se puso nuevamente a favor del sueco cuando, tratando de evadirse de un directo a la mandíbula que le dirigió Rothman, le propinó un fuerte golpe en una sien con el cañón de una de las pistolas. El agente especial lanzó un grito ahogado y cayó sobre él sin conocimiento, brotando la sangre de la herida.

Svendsen se lo quitó de encima a toda prisa, y sin otro pensamiento que escapar ahora de aquel hombre tenaz, que parecía invencible, dio unas cuantas zancadas, abrió la portezuela del coche, subió a él y arrancó a toda velocidad hacia Palos Verdes Estates.

Rothman pudo escuchar todavía el ruido del motor del coche, cuando recobró el conocimiento, a los pocos segundos. Y pateó el

suelo rabiosamente al comprobar que nuevamente se le escapaba ahora quizá sin remedio, porque no creía que Svendsen intentase otra nueva aventura como la pasada. Ya era milagroso que no le hubiera metido unas balas, en el cuerpo antes de huir.

Con un pañuelo sobre la sien herida, conteniendo la hemorragia, y con paso vacilante, se encaminó hacia Palos Verdes de nuevo. Todo sé había reducido, desgraciadamente para él, a recibir, una buena tunda y una herida que pudo haber sido mortal.

Cinco minutos después oyó a su espalda el ruido del motor de una motocicleta. Y seguidamente el alarido de una sirena de las que usaban los agentes de la Fuerza de Tráfico de la Policía Metropolitana.

Se plantó en medio de la carretera cuando la luz del faro de la moto se hizo visible a larga distancia. Agitó los brazos y se echó a un lado, porque la máquina avanzaba a toda velocidad. El motorista pasó ante él, frenando ya, y a corta distancia se detuvo.

—He oído ruido de disparos —dijo el agente, mientras sacaba su revólver de la funda y le apuntaba—. ¿Ha sido usted? ¡Levante los brazos! Está sangrando, y eso...

—Soy agente del

F. B. I.

Regístreme y verá mi documentación —dijo Rothman apresuradamente—. ¡Aprisa, que tenemos que seguir a un coche en el que va uno que quería asesinarme!

—Tal vez, amigo. ¡Túmbese en el suelo boca abajo! —murmuró el agente, desconfiado—. Y no haga nada extraño, porque le meto una bala en la nuca.

Rothman obedeció. Con los brazos y piernas estirados, dejó que el agente le cachease, sacándole la cartera y mirando su insignia.

—Así está bien. Uno no sabe a veces con quién trata, ¿verdad? —aclaró el agente, ayudando a levantarse a Rothman—. ¿Es mucho eso de la cabeza?

—Un chichón. Vamos, que el tipo ese tiene un buen coche y lo vamos a perder la pista.

Montó el agente especial en el soporte trasero de la «Harley Davidson» y partieron seguidamente a una velocidad endiablada, en seguimiento del «Plymouth» de Svendsen. La motocicleta, en las rectas, podía desarrollar más velocidad que un coche de gran

potencia, y el agente del tráfico sabía manejarla a la perfección.

A la vista ya de Palos Verdes Estates, bordeando el litoral sin haber logrado divisar el coche fugitivo, se detuvieron a la entrada de la población ante dos motoristas, policíacos, que al lado del surtidor de gasolina charlaban con el empleado.

—¿Han visto pasar un coche color marrón, un «Plymouth» limousine? —inquirió Rothman de los agentes.

—No hace dos minutos —contestó uno de ellos, saludando a su compañero que llevaba al agente especial—. ¿Pasa algo?

—Es un criminal —respondió Rothman—. ¿Hacia dónde iba?

—Ha cogido el empalme de Walteria, a unas tres millas de aquí. Mejor será que les ayudemos a perseguirle, ¿eh? Estábamos aburridos...

—¡Aprisa! Usted —se dirigió Rothman al empleado del surtidor, que escuchaba curiosamente la conversación—, haga el favor de telefonar a los del Tráfico de Walteria y Redondo Beach, así como a los de Torrance, que estén atentos al paso de ese coche, un «Plymouth» modelo 49, color marrón, y lo detengan. Va armado el hombre, adviértalo.

Las tres «Harley», rugiendo, partieron como rayos por la ancha carretera hacia el empalme de Walteria. Al llegar al cruce, uno de los agentes tomó la dirección de Redondo Beach, por si el coche perseguido iba por allí siguiendo la costa. Y el otro agente se adelantó, tomando la curva y empalme hacia Lomita, ya en el interior, por Pacific Coast. La tela de araña se iba tejiendo ya en torno al espía sueco.

En Lomita, dos agentes del Tráfico y un coche patrulla, ya advertidos por el empleado del surtidor de Palos Verdes Estates, estaban a la entrada del pueblo.

—Aquí no hay novedad —dijo el sargento del Tráfico, cuando Rothman se acercó al coche patrulla—. Pero espere un momento, que están telefoneando a Redondo Beach y Redondo.

Un agente salió de la estación de servicio a toda prisa.

—¡Visto en Redondo Beach, sargento! —exclamó excitadamente—. Pasó como un bólido hacia Hermosa Beach con un coche patrulla detrás y una moto.

—¡Y nosotros también! —gritó Rothman, subiendo al coche patrulla—. Es cosa del

F. B. I.,

sargento. Podemos acortar por Camino Real y llegar a Hermosa al mismo tiempo casi que el «Plymouth».

—Adelante —gruñó el sargento—. Oiga, Delaney —dijo a un agente que maniobraba en el aparato emisor de radio, en la parte delantera del coche—. Avisa a las patrullas de Manhattan Beach, El Segundo, al aeropuerto de Torrance y a Lawndale que estén atentos y vigilen los cruces de carreteras. Caerá, agente —dijo en tono convencido a Rothman, ofreciéndole un cigarrillo—. Dentro de unos minutos habrá medio centenar de coches y motos buscándole por todas partes.

El coche patrulla corría velozmente por la carretera-autopista que conducía a Camino Real. Miró la hora el agente especial. Eran las cinco casi.

Hasta pasadas un par de horas no habría luz diurna. Y en aquellas dos horas Svendsen, favorecido por las sombras, podría escapar.

El agente operador del aparato emisor-receptor del coche, no cesaba de escuchar y hablar nerviosamente, transmitiendo verbalmente a su jefe cuanto estaba ocurriendo en aquella persecución.

—Hay algo raro, jefe —dijo el agente, volviéndose hacia el sargento—. Ha pasado por un camino de circunvalación, no vigilado, en Hermosa Beach, y luego ha tomado la carretera de la costa, pero no ha llegado a Manhattan Beach...

—Se ha esfumado en el camino, entonces —gruñó Rothman con mal humor—. A no ser que haya tomado la bifurcación de Sepúlveda Boulevard.

—Tampoco. En ella estaban esperándole, y detrás de él iban dos coches patrullas. Algo ha ocurrido en el camino entre esas dos poblaciones.

—Diríjase al trozo de carretera entre esos puntos —dijo serenamente el sargento al conductor—. Un coche no puede esfumarse como si fuese un mosquito.

El coche dio la vuelta, yendo a coger el empalme de Gould Avenue, comunicándolo así el agente de la radio a los demás coches patrullas. Pronto dos coches patrullas más, aullaron sus sirenas, siguieron al del sargento. Todas las carreteras afluentes a

Manhattan Beach, el Segundo, Hermosa Beach, Hawthorne y Lawndale hervían de motocicletas y coches patrullas, buscando en los caminos vecinales al coche color marrón de Svendsen, desaparecido misteriosamente. Cuando iba a ser apresado entre dos grupos de seguidores, al frente y por la espalda, en una carretera con una sola bifurcación, también tomada, el «Plymouth» se había esfumado.

Se hizo el copo, media hora después, y, las radios de los coches dieron la noticia de que seguía sin aparecer el coche fantasma.

El teniente Pedley, del Tráfico, un hombre joven y nervioso, que se había incorporado a la persecución, llamado cuando estaba en su sector de Compton, conferenció con el sargento y Rothman.

—Lo que ha sucedido es que Svendsen ha arrojado su coche al mar desde un acantilado, o a la playa, y está tratando de esconderse caminando a pie —indicó el agente especial—. Habrá que pedir auxilio a la Policía Marítima para que vigilen la costa y vean si está el coche estrellado por algún lugar entre Hermosa y Manhattan Beach. Por allí casi todo es playa.

Pronto, varias canoas, salidas de Redondo Beach y el Segundo, recorrían lentamente el litoral, barriendo con sus potentes reflectores los acantilados y zonas de playa. Y los hombres de los coches y autocares, afluyendo al lugar de la cita, comenzaron a recorrer a pie, preparadas las armas, toda la distancia entre Hermosa y Manhattan, por la carretera, los acantilados, la playa y una zona al interior, hacia Lawndale y Gardena, comprendiendo el aeropuerto de Torrance y el parque de Alondra.

No era tarea fácil, entre las sombras de la noche, recorrer aquellos lugares, cuajados de pequeñas avenidas y bulevares, entre las colonias de villas y hoteles, a centenares. Se imponía, según Rothman, llamar a cada puerta de aquellas moradas y solicitar permiso para registrarlas. Svendsen se podía esconder perfectamente en un jardín, transponiendo la verja, o ir saltando de uno a otro mediante pequeñas escapadas cruzando calles.

De los Ángeles llegaban refuerzos en autocares. La perfecta organización del

F. B. I.

y la Policía Metropolitana había movilizado centenares de agentes cuando no hacía una hora que Rothman subió al soporte de la moto

del agente de Tráfico para perseguir al sueco.

Llegó al fin la noticia de que el coche «Plymouth» estaba, estrellado, al pie de un acantilado batido por el mar. Y que dentro no había ningún cadáver ni rastro de sangre.

—Ha tirado el coche al mar y está escondido —dijo Rothman. No hay más remedio que buscarle por aquí.

—Todas las carreteras que conducen a Los Ángeles y al Este están bloqueadas, por si ha robado algún coche y trata de salir de estas zonas —aseguró el teniente Pedley.

Rothman, con el sargento y tres agentes de uniforme, seguía llamando a la puerta de los hoteles y villas para preguntar si un hombre, extranjero, muy alto y con un rostro extraño, que describía, podía haberse escondido en la casa, la mayor parte de las veces los ocupantes, asustados, lea dejaban entrar y el registro se verificaba.

Cuando comenzaba a alborear, el agente especial llamó a la puerta de un pequeño hotel, enclavado en el centro de un jardincillo muy cuidado, sin tapia alguna, solamente haciendo de cerca una fila de matorrales o setos.

—No debe de haber nadie aquí —dijo el sargento después de llamar reiteradas veces—. Y eso de dejarse una casa sin visitar no me gusta. Es donde pueden haberle dado asilo, o escondido si no hay nadie.

El dueño de un hotelito, veinte yardas más abajo, y vecino del propietario de aquel otro que parecía estar sin nadie dentro, se acercó fumando en su pipa.

—Tiene que estar el viejo Paddy —dijo en tono resuelto—. Hace un buen rato, cuando ustedes me despertaron con sus malditas sirenas, me asomé a la ventana y vi a Paddy asomado a aquel balcón —señaló el de la fachada con la mano.

—¿Vive solo? —inquirió Rothman con vivo interés.

—Su mujer se marchó hace dos días a Ontario. Esta noche estaba solo. A las once estuve charlando con él...

—Hay que echar abajo la puerta, sargento —dijo el agente especial, arrugando el ceño.

—Y rodear la manzana —agregó el teniente Pedley. Y con su silbato emitió varias veces un agudo pitido.

Una docena de agentes, silenciosamente, rodearon el rectángulo

comprendido por el jardinillo, pero más alejados, entre los árboles de las calles adyacentes, ante una posible agresión de Svendsen, si se hubiese escondido allí.

Dos irlandeses se destacaron, provistos de ametralladoras ligeras, en disposición de ser usadas, y apoyando las bocas de las armas sobre la cerradura, dispararon varias veces, saltando aquella hecha añicos. Rothman, a su lado, dio un puntapié a la puerta, que giró sobre sus goznes suavemente. Llegaba el instante crítico, si Svendsen estaba allí.

Penetró en el pequeño «*hall*» el agente especial, seguido por la avalancha de agentes, que prosiguieron sin parar en su carrera hasta una especie de gabinete diminuto.

—¡Está muerto, Paddy! —gritó un agente—. ¡Asesinado!

Rothman corrió escaleras abajo, pistola en mano, seguido del teniente Pedley.

El viejo Paddy estaba tendido en el suelo, en pijama, con una cuchillada en el cuello, que casi se lo segaba. Había luchado, porque los muebles estaban en desorden.

Rothman y el teniente se miraron, desconcertados. Los agentes registraban la pequeña casa desde la cueva hasta el tejado. Svendsen no estaba, pero estaba el hombrecillo asesinado, aún caliente su cuerpo.

—Entró aquí el sueco maldito, le asesinó, y cuando vio que esto era un escondite muy precario, viendo que registrábamos todos los edificios, se ha marchado —dijo Rothman con acento lúgubre.

—Eso indica que está aquí, en esta barriada, lo cual es una buena cosa para nosotros —afirmó el teniente Pedley—. La tenemos cercada totalmente y no escapará. Sigamos la búsqueda.



AVENTURAS DEL F. B. I.
La enciclopedia del
ARTE
EMOCION
VALOR
y AMENIDAD

IX



O era tarea fácil registrar más de dos centenares de edificios, con sus jardines, cruzada la barriada por muchas calles estrechas y senderos pintorescos, con bosquecillos, pistas de tenis, casetas de piscinas, garajes. Los hombres de la Policía Metropolitana y los agentes del

F. B. I.,

procedían rápidamente cuando los habitantes de aquellas moradas les abrían las puertas sin oponer resistencia; pero otras veces los del

F. B. I.,

habían de proceder violentamente, allanando la puerta que se intentaba no abrirles.

En uno de los hoteles, una joven se asomó a una ventana. Estaba muy pálida y sus ojos miraron espantados a Rothman y al teniente

Pedley cuando el primero pidió se le abriese la puerta del porche mientras los agentes de uniforme rodeaban el edificio, apuntando a las ventanas con sus armas.

—No hay nadie aquí, teniente —dijo la joven en tono seco, pero asustado—. Estoy sola y ningún hombre he visto en mi casa. No quiero que se me moleste.

—Esta casa es grande, señora —dijo Rothman con impaciencia—, y puede haberse escondido ese hombre sin notarlo usted. Le advierto que ya ha asesinado a un hombre, el dueño de un hotel. ¡Déjenos pasar y la dejaremos en paz dentro de cinco minutos!

—No... quiero que... se me moleste —gimió la joven, intentando dar a su voz vacilante un tono enérgico, disponiéndose a cerrar la ventana. Pero Rothman y el teniente Pedley vieron, con asombro, que una mano que no era la de aquella bella mujer cerraba la hoja de la ventana. Una mano grande, de dedos largos y fuertes.

—Está con ella... —murmuró Rothman, sin apenas despegar los labios—. ¿Lo ha visto?

—Sí. La tiene aterrada, quizá amenazándola con el cuchillo —dijo Pedley.

La ventana se había cerrado, y tras ella fueron corridas unas cortinas verdes.

Rothman se separó de la puerta, como si renunciase a su empeño de entrar en aquella casa. Pero se dirigió, pegado al muro, hacia una ventana del piso bajo. Los agentes se habían replegado, a una señal del teniente Pedley, en busca de mejor resguardo contra las balas.

Un grito desgarrador de mujer hizo brincar a todos. Rothman dio un culatazo con la pistola que le habían prestado, rompiendo los cristales de la ventana y encaramándose al alféizar, cuando otro terrible grito de agonía le contuvo, estremeciéndose.

Una granizada de balas de los agentes que apuntaban al balcón central del edificio, en el piso principal, rompió el silencio de la barriada, ya iluminada por los rayos del sol.

—¡Ha tirado a la mujer al jardín! —gritó el sargento, limpiándose la frente con un pañuelo—. ¡Es él y ha asesinado a la pobre chica!

El cuerpo de la bella muchacha, de cuyo pecho brotaba un raudal de sangre, se había estrellado contra las losas del senderillo

que daba al porche.

Todas las ventanas del piso bajo fueron asaltadas por los agentes, en tanto que otros hacían fuego sobre las del piso principal para impedir a Svendsen que se asomase.

—¡Los de las bombas lacrimógenas! —gritó el teniente Pedley. Échenlas por las ventanas de arriba para obligarle a bajar. ¡Pronto!

Varios disparos hechos por Svendsen en el piso inferior dieron en el blanco. Dos agentes, encaramados ante una ventana, cayeron pesadamente hacia afuera, heridos de bala.

Un coche de la Metropolitana se detuvo en el cruce de dos calles, cerca del hotel sitiado. Bajaron de él Zenia y el inspector del F. B. I.

Somerville.

Rothman se la quedó mirando, sonriendo, lleno de felicidad. Los agentes que intentaban penetrar por las ventanas de abajo se habían retirado para permitir que las bombas de gases lacrimógenos penetrasen en el interior del edificio. Después se daría el asalto.

—Ya hice mi parte, querido —murmuró ella, mirándole con ternura—. Todo salió bien. La banda no existe. Todos murieron...

—A fuerza de coquetear con ellos, ¿no? —replicó Rothman, riendo forzosamente.

—Tal vez, tal vez... —murmuró Zenia, arrugando el ceño—. Y ahora, ¿por qué no entráis ahí? ¿Sois pocos para un hombre solo?

Rió el inspector Somerville, un hombre alto, recio, de ojos grises burlones.

—Usted, quietecita, nena —dijo después, cogiéndola de un brazo—. Esto es cosa de hombres. No valen la diplomacia ni las miradas fascinantes ahora.

Rothman hizo una seña al inspector para que no dejase suelta a la temible Zenia, muy capaz de ser la primera en asaltar el edificio.

Y escurriéndose fue, pegado de nuevo al muro, hacia una de las ventanas. Los agentes no lanzaron por ella sus bombas lacrimógenas, pero redoblaron sus disparos sobre las otras tres restantes.

Saltó el agente especial al alféizar con un brinco suave, silencioso, de gato. Y de otro, empuñando la pistola, cayó adentro. Llevaba una careta especial contra los gases que le daba un aspecto siniestro.

Caían las bombas en las habitaciones inmediatas y las balas se estrellaban con chasquidos detonantes contra las paredes, silbando otras al tomar nueva dirección por ir desenfiladas al chocar con ángulos en paredes y techos.

No oía disparar a Svendsen ni sus pasos. Esto era lo peor. Iba a cazarle y podía ser él el cazado. Había poca iluminación diurna, debido a las cortinas que había ante las ventanas.

Llegó a un gabinete, arrastrándose sobre una alfombra. Las balas penetraban silbando y se oía el chasquido de las bombas, llenando todo de un humo color chocolate que flotaba pesadamente.

La escalera, en el «hall»... ¿Dónde estaría aquel asesino? ¿Arriba o en las habitaciones del piso inferior?

Se detuvo a la mitad de la escalera, oyendo una tos seca. ¡Estaba en el piso superior! Y afectado por los gases, que seguramente le impedían ver.

Subió de tres en tres los escalones.

Svendsen cruzó ante él, con su frac destrozado, llevando un pañuelo blanco sujeto al rostro con una mano, la izquierda; en la diestra, la pistola. Fue como una aparición repentina, que se esfumó al correr él, sin quizá reparar en la presencia de Rothman, al penetrar en una habitación, que cerró por dentro.

El agente especial terminó de subir la escalera y acercóse a la habitación, cuya puerta era recia, de roble. Afuera sonaban los disparos de los agentes, y en el piso inferior ya pisaban otros agentes, asaltando el edificio.

Disparó sobre la cerradura para forzarla. Desde dentro contestó Svendsen con siete u ocho disparos seguidos.

—¡Ríndase, Svendsen! —gritó Rothman, quitándose durante un momento la careta—. ¡Antes de que le matemos!

Otra rociada de balas fue la respuesta. Y Rothman empujó la puerta, que no cedió. Estaba echado el pestillo de dentro.

Dos agentes, con sus espantables máscaras contra gases, portando ametralladoras de mano, dispararon varias ráfagas contra el cerco donde suponían estaría el pestillo interior. La madera, segada materialmente por los balazos, parecía arder, mostrando huecos que se ensanchaban alrededor de un punto determinado.

Svendsen disparó rápidamente desde dentro, intentando alejar de la puerta a sus enemigos. Después reinó el silencio.

Los agentes, sin exponerse a recibir un balazo si se colocaban frente a la puerta, daban terribles culatazos sobre la hoja de roble, cuyo pestillo seguía echado aun. Svendsen seguía en silencio.

—¡Hay que echar esto abajo! —rugió Rothman, dando terribles patadas sobre la puerta, que parecía como si estuviese blindada.

Una nueva granizada de balas de «Thompson» fue perforando el borde que encajaba en el marco. Y Svendsen no contestaba con sus disparos. Rothman se sintió intranquilo. ¿Se habría suicidado aquel hombre? Quizá era lo más lógico, siendo como era un espía y un asesino, que estaba perdido irremisiblemente.

Zenia y el inspector Somerville, abajo, en el «*hall*», contemplaban aquello con emocionado interés. La escalera estaba llena de agentes, así como el descansillo, fuera de la recta ante la puerta que intentaban forzar Rothman y los demás agentes.

Un grito, abajo, les puso en conmoción. Sonaron varios disparos y otro grito de agonía:

—¡Se escapa...!

—¡Se escapa! —gritaron varios agentes más, en la escalera, volviéndose y pugnando por bajar, atropellando a los que estaban más abajo.

—¡Se escapa! ¡Se escapa...!

Una batahola de agentes, en confuso grupo, bajando y rodando por la escalera. Rothman, lívido de rabia, empujaba a su vez al teniente Pedley, al sargento, que vociferaban como locos, quitándose las caretas antiguas.

—¡Se escapa! ¡Por el jardín! —aullaban unos agentes, mientras disparaban con sus ametralladoras—. ¡Ha bajado por la ventana, que no estaba vigilada!

Rothman se tiró desde el piso principal abajo, después de bajar a horcajadas cuanto pudo por el barandal. Y se lanzó a todo correr al jardín, precediéndole algunos agentes, que disparaban.

Se adelantó a ellos, por la calle, gracias a su «*sprint*», que le asemejaba a un galgo.

Varios agentes quedaron atrás, resollando, y al fin divisó, con enorme asombro, a Zenia, que era la única que iba tras el zancudo Svendsen, con su aleteante frac, cuyos faldones le asemejaban a un extraño pajarraco. La joven le iba a los alcances, ágil y vivaz, la cabellera bellísima rubia tremolando al aire como una bandera.

Svendsen se volvía de cuando en cuando para disparar sobre Zenia, que daba un salto de pantera, desviándose, sin por eso renunciar a la persecución. Rothman temblaba por ella mientras corría desesperadamente, adelantando a su novia y al mismo sueco, distanciando de Zenia unos cuarenta yardas. Sí una bala alcanzaba a la joven, sería espantoso, después de los grandes peligros que había sorteado felizmente.

Llegó a alcanzar a Zenia, que corría buscando las tangentes, cuando Svendsen doblaba una esquina y disparaba sobre ambos.

—¡No hay que matarle! —gritó Rothman cuando una vez Zenia apuntó con su pistola al espía asesino—. ¡Déjame y vete!

Ella denegó con un gesto de la cabeza, apretando los labios, y forzó aún más la carrera, igualando en velocidad a su novio. Llevaba uno de sus cómodos trajes hechura sastre, con la falda corta de amplio vuelo, que no la estorbaba para correr.

Svendsen perdió terreno al revolver una esquina. Giró sobre sí mismo y disparó de nuevo. Después arrojó al suelo el arma cuando vio que el cargador se había agotado. La bala se perdió en el espacio y él quedó a menor distancia de sus seguidores.

—¡Es... nuestro! —gritó Zenia, haciendo que sus bellas piernas se moviesen con velocidad vertiginosa, en tanto que Rothman disminuía un poco las suyas para que ella le igualase.

Llegaron a una amplia avenida, la Alamitos, desierta. Svendsen la cruzó como un buitre perseguido, sin poder volar, aleteando. Se metió por entre los árboles, pretendiendo hacer regates a sus seguidores. Con ello, siendo estos dos, contribuyó a que la distancia disminuyese, porque Zenia, astuta, le buscaba la salida de los regates, ya extendidos los brazos para atraparlo.

Svendsen jadeaba, abrumado por la fatiga. Pero en su mano brillaba un cuchillo de larga hoja.

—¡Cuidado, Zenia! —gritó Rothman, yendo a su lado y sacando su pistola—. ¡Que tiene un puñal! Voy a tirarle a las piernas...

—¡No! ¡Las necesitará para ir a la silla calentita...!

Diez yardas, nueve, ocho, siete, seis... Svendsen no podía ya con su cuerpo y daba traspiés, jadeando como si se estuviese muriendo.

Cinco yardas, cuatro, tres, dos...

Y ambos. Rothman y Zenia, al mismo tiempo, con un terrible impulso, pusieron sus manos sobre los hombros de Svendsen, que se

revolvió, repartiendo puñaladas con furia vesánica, cubierta de espuma su boca y con los ojos de serpiente circundados por un ribete rojo.

Zenia le echó la zancadilla, derribándolo como si fuese un talego, mientras Rothman le retorció la mano que esgrimía el cuchillo. Fue una lucha corta, en la que la mujer no puso el menor esfuerzo, buscándole con perversa intención y astucia el K.O., rápido por medio de llaves y retorcimiento de tendones.

Lo pusieron en pie, casi desvanecido, con las piernas colgando como un pelele, víctima de la paliza más atroz que hubiera recibido en su vida, pero intacto, sano, en disposición, como dijera Zenia, de poder ir por sus propios medios, a la silla eléctrica cuando fuese el momento oportuno.

Los agentes de paisano y uniforme, con el inspector Somerville jadeando, fueron llegando a todo correr, así como las «motos» y los coches de patrulla.

Zenia y Rothman se miraron, sonriéndose, cogidos de las manos, después que Svendsen fue metido en un coche y los agentes buscaban los suyos para abandonar el lugar.

—Unidos para el peligro, querido —dijo la joven, y llevada de su excitación, aplicó una llave al cuello de su novio, que lanzó un grito de dolor, pero la oprimió contra su pecho, besándola.

Zenia y Rothman entraron en el despacho del inspector Somerville. El agente, preocupado, muy nervioso. Se sentaron ante la mesa donde el inspector trabajaba. Miró a los dos jóvenes, sonriendo a Zenia.

—Quería decirle que yo no soy Thomas Rothman, jefe —dijo el joven, baja la mirada—. Es una historia un poco larga. Pero debe saber que usuré la personalidad de un soldado que se llamaba Rothman. Yo soy Daniel Homer, excontable del Banco de Houston. Quise salvar a mi padre de un compromiso de juego y cometí un desfalco en el Banco...

El inspector Somerville, muy serio, le contempló fijamente.

—Siga, Homer. Es interesante eso que dice —murmuró el anciano.

—Estoy declarado en rebeldía, por rehuir la presencia ante el Tribunal. Mentí cuando me presenté en Quántico. Quería regenerarme, ésa es la verdad, y hacer que mi falta fuese borrada

con acciones buenas. He ido devolviendo lo que debía al Banco de Houston, y ya terminaré de pagar. Solamente me queda entregarme a usted, a la Policía.

Zenia sonrió compasivamente, imitándole el inspector Somerville.

—De manera que usted creyó, cuando se presentó para el ingreso en el

F. B. I.,

que nos había engañado, ¿verdad, amiguito? —repuso el inspector en tono sarcástico—. Como si el

F. B. I.

fuese una agrupación de majaderos, donde cualquier fuera de la Ley puede infiltrarse para esconderse... Bien; pues sepa que cuando ingresó en Quántico todo eso que ha contado lo sabíamos ya. Pero supimos ver también que era un hombre honrado, honesto, y que había comenzado a pagar su deuda al Banco. Acordamos darle cuerda larga, ofreciéndole una oportunidad para borrar su mal paso a fuerza de buenos servicios en favor del

F. B. I.,

que era como hacerlo por las buenas causas.

Rothman, asombrado, miró casi asustadamente al inspector, que seguía sonriendo burlón. Y a Zenia, que le había cogido una mano y se la estrechaba cálidamente, mientras le devoraba con la vista.

Todo este tiempo, hasta el día de hoy, ha estado sujeto a vigilancia. Le hemos colocado en un sitio donde su misma honestidad y honradez peligraban a causa del espionaje. Era una prueba como la del fuego, porque surgió la oportunidad suya de hacerse rico al verse complicado en el asunto que ustedes dos han resuelto solitos. Le vigilaban, Homer, y pobre de usted si hubiese vacilado o fallado...

—Te hubiese matado —dijo Zenia con voz firme, pero apretando aún más la mano de su novio, que sonrió felizmente—. Yo era la que te vigilaba más estrechamente, y fui inmensamente dichosa cuando me contaste en el apuro en que te encontrabas y cómo estabas decidido a proceder como era tu obligación. El inspector supo cuando yo, porque se lo conté, lo que te pasaba, y esperamos lo que ibas a hacer. Realmente, sabía que serías un hombre, un verdadero hombre. Un agente del

F. B. I.,
en una palabra.

—Así es que, Homer —terminó Somerville, cruzando ambas manos sobre el vientre—, su historia no tiene nada de nueva ni de original. Su expediente ha sido limpio, con hechos meritorios. Tenía una interrogante muy grande, que borraré con mucha alegría. Su deuda con la justicia no existe. Pague al Banco, y después váyanse ambos a dar un paseíto, charlando de fechas y compromisos. Y sepa adorar a Zenia como ella le ha adorado a usted siempre, hasta extremos que usted ya conoce. ¡Benedícite!



CONCURSO DE VERANO - 1951

EDITORIAL ROLLAN, deseando corresponder una vez más al entusiasmo del público por sus novelas, crea un CONCURSO DE VERANO con

5.000 pesetas
EN PREMIOS

- 1.º 2.500 pesetas
- 2.º 1.500 "
- 3.º 1.000 "

En los próximos números de las publicaciones de EDITORIAL ROLLAN, F. B. I., EXTRAORDINARIA DEL OESTE y SELECCIONES NEVADA

hallarán nuestros lectores las bases para poder optar a tan MAGNIFICOS PREMIOS



LA BESTIA ESCARLATA

**¡EL SER SIN CORAZON!
¡EL SIMBOLO DE LA CRUELDAD!**

LA BESTIA ESCARLATA

es el título de la gran obra por siempre esperada
en este género literario.

FRANK MC. FAIR

ha creado esta novela y no puede comparársela
con ninguna por la dureza de los personajes, la
fuerza arrolladora de la intriga y el desenlace
desconcertante, que cautivarán a los buenos lectores

LA BESTIA ESCARLATA

Narra la vida de una persona que carecía de
sentimientos impulsada por un instinto inhumano
con un derrotero trágico e implacable

AVENTURAS DEL F. B. I.

**¡JAMAS SE HAN EDITADO MEJORES
CUADERNOS INFANTILES! que las**

AVENTURAS DEL F. B. I.

**¡TODOS LOS JOVENES TIENEN INSIGNIAS DE
AGENTES ESPECIALES DEL F. B. I.!**

